

# EN EL REINO DE LA SAL

Jorge Arturo

Editores  Alambique

Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución  
Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0  
Unported License.

Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



EN EL REINO  
DE LA SAL

JORGE ARTURO  
EDITORES ALAMBIQUE

CR861.6  
V455h

Venegas Castaing, Jorge Arturo  
En el reino de la sal, Jorge Arturo  
1° ed. –San José, C.R.: Editores Alambique, 2007.  
170 p.; 13 x 21 cm. Colección Quijongo N° 10.

ISBN 9968-839-16-7

I. Literatura costarricense-Novela. I. Título.

**Editores Alambique** es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: *el verdadero artista todo lo saca de su corazón*.

El arte no establece ni afinca, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de la cubierta exterior hecha por el autor basado en una foto de su mano, diagramación, corrección de estilo y filológica, edición técnica y literaria, realizados por el Consejo Editorial de **Editores Alambique**.

Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

ISBN 9968-839-16-7

© EDITORES ALAMBIQUE

© Jorge Arturo

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica/Printed in Costa Rica.

*In the desperate kingdom of love.*  
P. J. Harvey



## I

El polvo forma pequeños remolinos contra la tierra que se obstina en parecer un animal recién desollado. Junto a la tuca aplanada dispuesta en la base de un árbol está El Albino. Alto, más flaco de la cuenta, de poco hablar, a medio río entre los treinta y los cuarenta años. Tiene el pelo tan plateado, hasta en las cejas y las pestañas, que rechina, pero tiene los ojos renegridos, como huequitos por donde el alma buscara escaparse. Está recostado contra un tronco que ha adquirido brillo de tanta frotadera. Su mirar agazapado escarba cualquier cosa que encuentra. La boca ligeramente torcida remarca lo colorado que siempre lo tiñe cuando la cólera, la excitación o el guaro, le trepan como bichos. Es un chilillazo de leche envenenada.

Cinco hombres hacen fila mientras se pasan un viejo rifle; cuatro han disparado. La bullaranga se mezcla con los chillidos de un cachorro de perro, igual que el olor a tierra con el de sus orines. A un puñado de metros está atado por un mecate a un tronco que alguien arrió, el que sirve para guindar las gallinas recién despescuezadas. De corto pelambre negro y de hocico puntiagudo, aquella escupa de animal intenta zafarse con todas sus fuerzas. El Albino brama:

—¿Quién sigue?

Los demás aúllan, se embuchan el guaro que pueden y se apretujan alrededor de los que disparan. Las mujeres se frotan las manos. Las más jóvenes sienten las miradas pegajosas que el alcohol escarba en los hombres. Los mocosos, ignorando lo que pasa con los mayores, se atiborran de comida a medio masticar.

—¿El pedazo de hijueputa que lo pegue o lo entierra o se lo lleva! —grita El Albino provocando el griterío:

—¡Güipi-Güipi! ¡Güipipía!

La bala del último hombre raspa y quema el lomo del cachorro. Todos sueltan una carcajada que lo impulsa a lanzar otro disparo, que pasa a centímetros de las patas. El perro, con los pelos tiesos de orines y tierra, suelta un chorrillo de mierda que muchos señalan. Ríen con nerviosismo. El Albino arrebató el rifle al que recién disparara, le da una patada en el culo y escupe:

—¡Es una bala por vuelta, cabrón!

El siguiente falla al comenzar una segunda ronda, lo que hace que Sandoval salga de quién sabe dónde y arrebató el rifle. Está tirante, afilado, como siempre. Escondido detrás de sus ojos azules, su delgadez, su “Qué alto es usted”, su pelo negro, ensortijado, en el que comienzan a aparecer algunos colochos blancos. Siempre enfundado en un pantalón y camisa de mezclilla, casi blancos de tanto

uso. Aquel hombre, una herida hecha carne, echa su reto que levanta una roncha de murmullo crudo por el lugar. Sin quitar su vista de El Albino apunta hacia el pedazo de ladrido tembloroso, que se ha quedado paralizado entre los remolinos de polvo. La bala no había tocado la pata trasera izquierda del perrillo y Sandoval, con el azul de los ojos barrido por la sangre, sentenciaba:

—¡Me lo llevo!

Antes de soltar chillidos y aplausos, entre los concurrentes amasan el silencio que cabe entre el ardor del cachorro, la mirada de triunfo del tirador y el centelleo que cruza los quemados ojos de El Albino, que frunce su sequedad y el ceño.

—¡Un aplauso para Sandoval! —exige antes de recoger el perro para hundirle el índice derecho en el hueco que la bala dejara entre la pata, y que de inmediato exhibe—. ¡Se lo ha ganado a lo macho!

Enseguida El Albino le tira el animal. Su nuevo dueño lo agarra en el aire, sosteniéndolo del pellejo del lomo. Luego recoge el casquillo para alzar ambos trofeos hacia la multitud que corea su nombre. Del nudo de temblores del zaguatillo, gotillas de sangre puntillan el polvo. Sandoval lo ignora pero con el cartuchillo y un pedazo de alambre le hará un collar al perro. Y le pondrá Pato. Y será lo último con vida que verá.

## II

La rojura se diluye con lentitud entre el agua fría y el blanco del asiento de porcelana. Sandoval piensa que ésta es la verdadera entrada a la garganta profunda de la civilización.

—Así debió ser el principio del universo —masculla sentado sobre la taza del mundo.

El que habla es el otro Sandoval, el joven: más flaco de lo habitual, recién estrenando los treinta y cinco años. Ahora lleva encorvado el metro ochenta y tantos de palidez casi verdosa, que remarca la barbilla partida, sin terminar de ocultar el tono moreno de una piel que en su buena época tenía un ligero matiz caramelo. Los ojos café son tan oscuros que se ven negros. Lleva el pelo tan corto que apenas se le notan las canas. Hace poco se ha rasurado barba y bigote no tanto para “mirarse más joven”, según decía cualquier conocido que se topaba, como para no parecerse demasiado a sí mismo.

—Así debió ser el verbo de Dios: un gargajo de sal contra el agua de la nada —se habría dicho si el ardor del estómago lo



hubiera permitido. Comenzaba a sudar la camiseta de algodón blanca, amenazando con mojar la camisa de manga larga, de mezclilla celeste como su pantalón, pero azul, la ropa que siempre usa.

Sandoval mira el reloj que le baila en la muñeca, como si con esto apurara la llegada del autobús. Al silencio del lugar se une el de esperar, la gran lombriz del miedo, punta de lengua o colmillo fríísimo que se le encaja, que lo pica justo cuando la gota, despedida por el ¡clic! de sangre sobre la transparencia del agua, da en medio de los globos de carne. Enseguida el papel, recuerda, hacia atrás. No como algunas mujeres que se lo pasan hacia delante. A cada momento todo le cruje, aunque su traquear sea húmedo: lo que siente y lo que piensa, el cuerpo donde vive; el tiempo.

Cada vez descubre cómo cambia su crucifixión privada: una rosa contraída, una bicicleta ondulada, la mariposa goteante, una niña que recoge flores... Y el infaltable final, plegar el papel como le enseñó su padrino, hasta formar un paquetito que en su caso ocultaría el asco y la atracción, y quizás hasta la preocupación por si lo suyo fuera contagioso, de ver lo que sobra, lo que le sucede para que sangre por ahí. No quiere que lo descubran ni en aquella estación, ni en la casa donde creció, si bien cada vez la visita menos. Está seguro de que no lo sabrán, no antes de que pueda ir hasta la tierra del otro Sandoval, el padre de su madre, a reclamar lo que es suyo, y de paso conocer qué sucedió con él y con la que debió ser su familia. La que le corre por las venas y la tripa. La que se le escapa. Porque lo único que oyó de aquel Sandoval da para tener una breve evocación de repugnancia. Con dificultad recuerda a su madre maldecir, sin acordarse de las palabras.

—Bueno —se dice—. El otro para eso alcanzó, no como yo que si acaso he dado para la pena. ¡Qué asco! Es preferible el repudio que lo mío. Así no cabría la humillación de provocar el pobrecito con el que la mayoría intriga. Más valdría morirse primero, pero no siempre se puede.

### III

Es mediodía. La leña arde con fuerza, casi no hay humo. El último chanco acaba de ser despellejado, troceado y colgado junto a los restos de una vaca. Los hígados, riñones y corazones comienzan a hervir con los pedazos de papa, yuca y raíz de chayote, junto con el laurel, el orégano, las cebollas, el chile, el culantro coyote y el criollo, en la gran olla de turno que el jefe político

mandó a traer. La carne es salada y untada con hierbas y ajos. Unos pedazos son envueltos en hojas de plátano para ser colocados sobre unas parrillas hechas con palos de guayabo que, puestas sobre las ollas donde hierven las verduras con las vísceras, le darán un sabor especial. “Al puro vaho”, explican las cocineras mientras se secan el sudor, previo a ensartar los costillares en unas largas picas de hierro y ponerlas sobre carbón encendido. En el patio del rancho, las más jóvenes comienzan a dejar la masa de maíz a punto para palmeaar tortillas.

Las mujeres pronto se cambiarán para lucir faldas tan multicolores como sus blusas. Los varones, también descalzos, presumirán pantalones de colores oscuros y camisas blancas, las cuales con sus remiendos dan un aire indudable de festejo. Al final de la tarde sumarán más de cuarenta. La casa o como se acostumbraba decir, “el ranchón”, donde suceden estos preparativos es el lugar de El Albino. Rodeado por enormes árboles de mango, limón, mandarinas y naranjas, se levanta hacia el fondo de una mediana explanada, a la cual se llega por un camino de tierra rojiza, pavimentado por el uso y flanqueado por hileras de piedras negras, brillantes, enconadas.

En este camino se anudan todas las sendas y trillos antes de llegar a confluir frente al ranchón: un hocico encalado de arriba abajo, un mordisco doloroso por lo que allí se trama. Pronto esta ruta comunicará con las tierras del otro lado del río, que sólo podía cruzarse a pie en las épocas de las grandes sequías cuando de no ser por aquella tierra generosa, donde se levantaba la puya del ranchón, la mayoría habría muerto. Justo donde hoy está el pozo, encima del inmemorial ojo de agua que nunca se secaba. Para los antiguos habitantes aquél era un lugar sagrado, que los grandes espíritus les dieron al decir la leyenda que la tierra era fuego, al despuntar el principio de lo creado.

#### **IV**

Sandoval se mete las faldas con lentitud, contrae el cinturón y fija la hebilla. Se pregunta una vez más si esto hay que hacerlo antes o después de lavarse. Oprime un par de veces el botoncito blanco: un líquido viscoso se convierte en la espuma que cubre sus manos. Al restregárselas bajo el chorro confirma en el espejo lo que cuchichean quienes conocen de lo suyo, compañeros de trabajo, pocos: envejeció de pronto. Si bien los que tenían mucho de no verlo, al descubrirlo más flaco, rasurado y con el pelo corto, exclaman con sorpre-

sa y cierta envidia, por lo joven que se ve.

Unas recientes arrugas, que hacen juego con el pelo que de repente se volvió canoso, muestran a quien él ve como el de siempre, al tiempo más viejo y más joven: Sandoval, el que morirá antes de lo que cualquiera habría imaginado, o deseado. Las que sí están bastante marcadas y hasta verdosas son las ojeras. Por un instante cree distinguir a alguien adentro de los ojos. Su otro yo, el muerto, crece más rápido de la cuenta; no sólo lo alimenta su enfermedad sino la lástima. De pronto un reflujo ácido le trepa por la garganta. Quiere creer que no es miedo sino hastío.

—¡Qué asco! —escupe.

No por la viscosidad, que entre verde y roja zigzaguea hacia el agujero del lavamanos, sino por la claridad: un muerto asusta porque recuerda a quien lo ve que es el próximo. Más si el muerto aún camina. Ha descubierto que cualquiera que se sabe condenado despide un olor que los demás perciben. Sin darse cuenta. Lo que provoca que el instantáneo miedo, seguido por la inmediata repugnancia, se convierta en una sensación de superioridad; sorda y seca pero tan poderosa que es imposible detener su arrastre.

Sandoval se enjuaga la boca hasta que se siente listo para tomar una de las pastillitas que parecen las botonetas de chocolate que le encantaban de niño. Con el cuenco de su pálida mano se lleva un sorbo de agua, lo siente más quemante que otra cosa mientras se queda apoyado sobre los codos en el mueble de los lavamanos. Cierra los ojos y espera. Respira hondo, con lentitud, son los únicos sorbos de vida que le agradan pues no piensa en nada. Sólo se queda frente a una imagen de sí que ni determina y traga aire hasta que un calorcito se apodera del cuerpo con suavidad. Por un rato no sentirá dolor. Será uno más entre el montón, aun al estar al tanto de que el malestar de su crujir está hinchándose para volver en unas ocho horas, suficiente para pasar el viaje. Sale del cuarto. Si cualquiera de los presentes hubiera reparado en él, apenas lo notaría pálido. Ninguno se da cuenta de que está ahí. Como si practicara para cuando esté muerto.

Nadie sabe, excepto su abogado, a lo mejor la secretaria del bufete, que va en busca de aquella supuesta herencia.

—Mirá —insistió el “licenciado”, un cuarentón de los que corrían día por medio, alto, delgado, pelo corto, las sienas entrando en canas, moreno, célebre por labioso, correcto y conquistador desde su eterno, caro e impecable traje negro—, por qué no esperás a que

haga el estudio notarial en el registro para ver cómo está realmente el asunto de la propiedad que te dejaron. Máxime que averigüé que hasta un hotel hay construido. Estas situaciones siempre resultan complicadas... Lo recomendable sería esperar a que te recuperaras...

El abogado se levantó, se acercó al ventanal y miró los techos y las hileras de cerros desde el cuarto piso del hospital, para de paso no tener que aguantarle la mirada a Sandoval. No es fácil mantener la misma determinación en la mentira que quienes lo conocen acordaron sostener sin haberse puesto de acuerdo: “Vas a mejorar... Primero Dios las cosas van a salir bien...” Pero Sandoval ya había decidido que quería conocer lo que era “suyo”. Qué le interesaban a él los asuntos legales. Mucho menos meterse a reclamar. Lo importante era que no podía echarse atrás; él, que siempre encontraba cómo huir ante lo que fuera que valiera la pena. Ahora “tenía” que ir a conocer la posible herencia de la tierra que, según la supuesta escritura que su madre hizo guardar a sus padrinos, debía corresponderle a él.

Dos semanas antes, Sandoval juró que las cosas se confabularon para que terminara yendo a aquel hotel. Si tan sólo no se hubiera dejado llevar por el impulso, cosa extraña en él. Si no hubiera llovido tanto. ¿Por qué no se quemó la televisión o vino un apagón?... Y tenía que pasar y pasar programas hasta que la pereza lo dejó en uno que terminó por llamarle la atención... Fue cuando supo lo del polaco y el judío, y el animal endemoniado de la rabia: mecha quemándose desde la entraña, hizo que llamara al hotel y exigiera una reservación. Aplastado por el impulso ni siquiera ofreció un pensamiento ante el aluvión de empuje. Tuvo la seguridad de que tenía que ir hasta esas tierras y hacer justicia: por él y por el judío, y por el que fuera... Recuerda haber sentido una furia “heroica y solidaria” a partir de la cual su acto era una reivindicación para los que alguna vez les robaron lo que por derecho propio les pertenecía...

Si tan sólo hubiera esperado unos minutos. Para que todo volviera a estar igual que siempre o, a lo sumo, para pensar en hacer una cosa así: irse a un lugar que ni conocía, tan lejos y tan caro, a pelear algo que en el fondo ni quería, era una completa locura, inclusive para uno que sabe que pronto no le afectarán los costos de lo que fuera. Si no hubiera visto lo del polaco y el judío... Sólo al ser demasiado tarde, Sandoval se reclama cómo fue que esa vez no se dejó llevar por lo que guiaba su existencia: buscar una excusa para no moverse. Nada pudo evitar el furibundo e impulsivo ataque que lo hizo llamar al hotel, “Modalidad todo incluido”, que estaba sobre

“sus tierras”, que pronto reclamaría.

—Ningún polaco de mierda me va a quitar lo que es mío —recuerda haberse matraqueado.

Sin darle valor proporcionó los datos para pagar por adelantado una reservación que creyó de tres días, y no de tres semanas, como se enteró: o perdía el dinero o iba. Si bien gastar últimamente no era una preocupación, no iba a permitir que le robaran. “Por principios”, reflexionó, pero era por emperreamiento, por rabia.

Mientras ve la llegada del enorme autobús pintado con grandes rayas azules y amarillas quiere creer que no está tan mal el no tener otra que ir. Aunque lo tiene sin cuidado el indudable valor que aquello puede representar, sabe lo fácil que sería convencerse de que hay pocas cosas peores que tener la posibilidad de heredar las que fueron las tierras de su abuelo en su estado de salud actual.

—Mire —respondió el doctor—, en otros casos prohibiría ir, a usted quizás le ayude. Ah, y no olvide seguir el tratamiento al pie de la letra y descansar lo que pueda... tenga fe...

Lo cual no era sino una manera diplomática de decir “aproveche antes de que no pueda ni moverse, sin que le estallen las entrañas”.

—Tres meses —recuerda que el *doc* aclaró al exigirle la verdad.

## V

Desde que El Albino llegó y levantó su ranchón, ninguno de los descendientes de los antiguos habitantes, que habían huido montaña adentro, consideraba digno ni sagrado aquel lugar de tierra roja. Desde un principio desconfiaron del hombre de mirar agazapado, y la boca un poco torcida, que se teñía de colorado si la cólera, la excitación o el guaro le trepaban. Igual que ahora, que no puede respirar más de la cuenta, ni mostrarse más grande que todos, debido a lo que está por comenzar; no todavía. Sentado como un escorpión en la enorme tuca aplanada que mandó a poner debajo de un árbol de mango, cuyo tronco hacía de respaldar, para pasar las tardes bebiendo y maquinando.

Con ver el ranchón era suficiente para entender quién era el más macho de la región. Rodeado por largos corredores era la construcción más grande, incluida la casa de Sandoval, de la que llegaría a ser una comarca. De madera hasta los pisos, con techo de teja de doble canoa, tenía al interior del amplio corredor frontal un aposen-

to enorme lleno de bancas y mesas, donde El Albino reunía a sus incondicionales: los Gallos, el cura o el político. Luego estaban dos grandes cuartos a los costados y dos al fondo, cada uno con camas dobles cubiertas con varias esteras que serían cambiadas por unas colchonetas rellenas de paja “las cuales”, decía la esposa de quien era una escupa de sol, “una vez que se acostumbra al polvillo que les sale, son de lo más suavcito para dormir”.

El Albino ordenó hacer una gran cantidad de armarios con maderas finas que ponía en cualquier parte de los anchos pasadizos, y más en el interior de los cuartos. Al que los hizo advirtió que no contara que era para guardar las “demasiadas cosas que tengo”, con lo cual se aseguraba que no quedaría nadie sin enterarse de quién era el más rico. En cuanto a la limpieza permitía que solamente su mujer se encargara de los armarios.

La cocina, asentada en la parte de atrás, era enorme, con más mesas de la cuenta, bancos, unas cuantas sillas y una infinidad de cacerolas y cucharones que colgaban cerca del fogón alrededor de una enorme pila. Unas tarimas ordenaban los sacos de arroz, frijoles, maíz y cuanta cosa mandaba a traer. Un mueble guardaba los platos, jarros, y los cubiertos de distintos juegos que se revolvían hasta terminar perdidos o enterrados. Allí sólo usaban las cucharas, cuando no los dedos. Hacia atrás de la cocina funcionaban como bodegas tres cuartos pequeños. Uno para los sobrantes de granos. Otro para las herramientas y las armas. El último, el más alejado, para las garrafas de guaro que el propio Albino supervisaba en su hechura, tanto en sus tierras como monte adentro, y que acumulaba cada vez más, pues se había asegurado que sólo él pudiera ofrecer licor. Lo más llamativo era que mandó a pintar las paredes, por dentro y por fuera, con una mezcla de cal que reforzaba más o menos cada par de meses. Así nadie podría siquiera intentar pensar en que hubiera algo más blanco en toda la región.

## VI

Sandoval sabe que por primera vez el asunto de pagar no es problema, si bien cada pastillita, lo último en el mercado para este tipo de enfermedad, cuesta un ojo y la mitad del otro; no le preocupa ahorrar. A un muerto nunca le falta plata. Al final, otra de las cosas que terminó de convencerlo fue que quería gastar. No más para ver qué se sentía no estar amarrado a la costumbre de crecer sacándole el jugo a lo que viniera, de vivir rodeado de una estrechez que chu-

paba plata, sed, piel, cualquier cosa. Por aquello se permite dormir en el asiento del autobús con aire acondicionado, con televisor a colores y un servicio sanitario más fino que el de su casa. En unas horas estará en las tierras de sus antepasados, donde se levanta el hotel al que llegará como un huésped más. Sandoval no tardará en descubrir que para nada iba a reclamar lo suyo y sí a despedirse de él. No es que esto lo ayudaría a morir mejor. De hecho no le interesa siquiera, por lo que se dijo en un principio: “Nadie debería morir sin ver cuáles son sus raíces, sin conocer quién es, de dónde viene, hacia dónde puede ir, qué hace uno con su vida”. Sólo es agua entre los dedos. Que para morir no se necesitan raíces, ni razones; sólo aire, y a veces ni eso.

No. Quiere ir, de alguna manera las situaciones se ordenaron, o él las acomodó, para que no quedara más que hacer lo que está haciendo. Y que le produce un apagado vértigo, como la espuma que se hace en el fregadero. Girar hacia el irrelevante agujero de lo que no puede evitar resultaba irresistible a quien siempre escogió quedarse en el margen de lo que pasara. Saberse ínfimo, derrotado por sus propias costumbres lo había hecho sentirse a salvo; tal su forma de posesionarse del lugar donde todos nos sentimos poderosos. Quiere creer que nada puede apartarlo de realizar aquel viaje. Por insignificante que resultaba ninguna fuerza podría detenerlo. Ni el aburrimiento. Y si existiera, él no la tiene porque no la quiere.

El universo ha tirado sus dados sin caras. Para llegar a donde están girando: el agujero del tiempo en el que pronto su cuerpo, y el resto que él y los demás creen que es seguirá a sus pensamientos tendrá que ir hasta esas tierras. No es que le diera por creer en el destino sino que descubrió al fin el verdadero poder de la inutilidad. Mejor, del agotamiento. No tenía de dónde elegir otra cosa que la que hacía, sin poner en práctica lo de siempre: aceptar la derrota como una excusa para no enfrentarse. Aunque en este caso significara averiguar lo que pudiera acerca del otro Sandoval, el padre de su madre. De quien, al final de su historia, se empecinará en creer que es el único en su familia que mereció morir.

## VII

El Albino, sentado y bebiendo aguardiente de su garrafa personal, husmea la distancia. Nada se le escapa, igual que de costumbre, en especial lo que pasa alrededor de los grandes fogones que mandara a hacer afuera del ranchón, frente a la cocina donde la carne es asa-

da a fuego lento, como le gusta, sin que por ello se chamusquen sus frondosos árboles. También presta particular atención a las decenas de garrafas con guaro que ha estado trayendo desde la semana pasada, no quiere tocar las del negocio, y que han ordenado según sus deseos a la entrada de los cuartillos de las bodegas.

—Hoy será uno de mis mejores grandes días —se jacta, mientras marcha otra vez a darle el visto bueno al aguardiente recién llegado.

Los demás creen que la fiesta de El Albino es por lo de su calle. Si supieran ninguno habría venido.

### VIII

Si no hubiera llovido tanto. Esa tarde toda el agua del planeta se desgajó contra su casa. Sobre su universo de herrumbre una lluvia quemada y una humedad viviente carcomiéndolo todo. Encendió la televisión para sentir que no sólo había agua arrancada. Imaginó que solamente su casa resistía aquella lluvia enloquecida. Por eso, y no por el ardor de tripa, se cobijó lo más que pudo y miró sin escuchar.

Fotografías en blanco y negro muestran a soldados nazis que rodean a un general. Es un antropólogo, dicen los subtítulos, a cargo de un pequeño campo de concentración en Polonia. No entiende el nombre de la imagen de un tipo joven, bien parecido, en impecable uniforme militar. En el lugar se busca probar que los alemanes, al tener estructuras óseas puras, son superiores. Se experimenta con alrededor de trescientos judíos a los que se les aplican distintas concentraciones de ciertos venenos, variaciones en las descargas eléctricas, así como en la temperatura del agua en la que los sumergían: desde la de supercongelación hasta la instantánea ebullición, aplicadas por separado o en sucesión, y un etcétera que Sandoval no quiere ver.

El objetivo era estudiar cómo cada cosa “inflúa en los cambios de las dimensiones de los cráneos y de otras partes de tales organismos imperfectos”. Imágenes en distintos matices de claridad y sombra muestran las salas. Varios hombres tiznados toman nota, evalúan, ven frascos, accionan pinzas. Alguien en bata blanca mide la columna vertebral de un niño. Ahora aparece un anciano y la pantalla se llena de color. Sandoval apenas entrevé las letras de la imagen. Un nombre, y un hombre, contra el que no pudo “la ciencia”, la desnutrición y las enfermedades que trataron de roer el envoltorio de huesos y piojos en que lo convirtieron, al igual que unos cuantos que no terminaron asesinados.

Mientras una voz narra la historia del viejo, surgen retratos de



una casa pequeña y sencilla en alguna calle de Polonia, donde vivió con su padre, madre y hermana. Sandoval se los imaginó dándose besos y largos abrazos antes de ir a la cama, en especial los de la hermana, hasta que el recuerdo del olor de la leche caliente lo erizó. La pantalla muestra un escritorio de brillante madera. Sobre este, fotos en claroscuro de un cuartito con una cama y una repisa, la sala principal con algunos libros y la vieja silla del padre, sobre cuyo regazo los pequeños se sentaban a escuchar las historias de su pueblo.

“Sobreviví”, recuerda Sandoval que dijo el viejo, casi con vergüenza. Ni su padre, ni su madre, ni su hermana lo hicieron. Por esto regresó a la calle de la infancia, donde todavía estaba el hogar paterno... Un encuadre muestra una vivienda en medio de dos casas de tres pisos; hay plantas como manchas detrás de las ventanas. La voz del anciano explica cómo una vez que se recuperó, luego de que los aliados lo rescataron del campo de concentración, tocó a la puerta. Sandoval imagina que sale un tipo flaco, desdentado, con barba de varios días, de mediana estatura, piel blanca y cabello rubio, enfundado en un pantalón, camisa y abrigo oscuros y gastados:

—¿Qué quiere? —El acento delata que quien abre es polaco.

—Bueno... quería entrar y ver por unos momentos la casa, suficiente con la sala.

—¿Y por qué? —El individuo responde con hosquedad.

—Es que yo crecí aquí, sabe...

—¿Eso no es cierto! —Descarga el polaco, agarrando el borde de la puerta con fuerza— ¡Mi familia siempre ha vivido aquí!

—¡Ahora me llama mentiroso! —Chilla.

—Ahí está la prueba... esa silla.

—¿Cuál silla ni qué silla! No ve que siempre ha sido sólo mía...

El polaco trata de cerrar la puerta pero el otro es más rápido: entra y pone la silla patas arriba:

—¡Ve! Aquí está la prueba de lo que decía —y muestra el apellido de su familia, labrado por debajo—. Es en esta silla donde mi hermana y yo nos sentábamos...

Sandoval cree oír: “...en los regazos de mi padre... nos cantaba, nos contara historias, mientras mi madre...” Oye que se cuenta que el polaco no escucha. Interrumpe, sin darse por enterado que el apellido del judío, incrustado a cuchilla en la madera debajo del sentadero, ha puesto de manifiesto su roñosidad y falsedad.

—Yo sé para qué está aquí —ladra—. Quiere quitarme mi casa pero no lo voy a permitir. Voy a llamar a la policía y ya verá a quién

van a creer.

—Mire, no se enoje, yo quería ver una sola vez más mi... la casa.

—¡Ya sé! ¡Ahora entiendo! —Atropella el polaco— ¡Sé a qué vino... ustedes siempre hacen eso, verdad!

—No sé a que se refiere...

—Cree que me va en engañar... ¡No! Sé lo que ustedes hacen: guardan su dinero, sus joyas, entre las paredes, el cielo raso, debajo del piso, en alguna parte de las casas. Le doy el veinte por ciento si me dice dónde la guardó.

—Mire, eso no es ciert...

—Bueno le doy el treinta por ciento. ¡Hasta ahí!

—La verdad, lo único que quería era volver a v...

—Pues no le doy nada y lo que encuentre es ¡sólo mío!

El polaco agarra del abrigo al judío, lo arrastra a la salida y lo tira a la calle, dando un portazo, con demasiada fuerza para alguien tan flaco. En la pantalla, de nuevo el anciano se frota las manos.

—Vea usted —y éste se dirige a quien lo entrevista, de frente a la cámara de televisión, como si hablara con Sandoval—. Años más tarde regresé y no encontré a nadie. Los vecinos me dijeron que desde el día en que me fui, el polaco comenzó a escarbar por todas partes, hasta que tuvo que salir. La casa quedó tan perforada que nadie pudo volver a vivir ahí. Vea.

Una foto a color muestra a las dos construcciones de tres pisos, con las fachadas pintadas de amarillo, rojo, azul y verde, en cuyo frente brillan anchos y cristalinos ventanales con cortinas blancas y celestes. Y en medio una vivienda de dos pisos, llena de agujeros, con el techo roto, los marcos torcidos y carcomidos de unas inexistentes ventanas, y un alarido congelado en lugar de puerta.

## IX

Al despertar, Sandoval descubre, a través de la ventana, los racimos de los innumerables verdes que picaban la montaña. El autobús acaba de vencer el subibaja de la cordillera y ahora muerde las planicies rumbo a la playa. La madrugada y el ligero tono ahumado verdoso del vidrio dan un resplandor de irrealidad en el chorrear del amanecer por entre los pastizales y sembradíos. Es el final del invierno, mucho más húmedo y caluroso que de la cuenta. Las columnas de árboles, que parecen ligeras marcas de tonos oscuros, igual que las gotas de blanco, negro, gris y café en que se han convertido las vacas y los caballos, se preparan para recibir la

mordedura del sol.

Como nadie se sentó al lado, puede estirar sin problemas las piernas hacia el pasadizo. Poco después descubrirá que aquel era un viaje de un puñado de turistas extranjeros y él. El aire acondicionado da la ilusión de que hace un día fresco. Nadie se imagina que el sol no terminaba de despuntar y ya el calor se podía untar. La suavidad con que la luz colma las cosas, la sensación de inmovilidad que da el viajar a tanta velocidad en línea recta en la interminable sabana, hacen que quienes están despiertos, Sandoval y un niño rubio, infinito, de unos ocho años, un par de asientos atrás, sientan que el tiempo se ha estancado.

Sólo más tarde, al tomar la desviación de adoquines rojos que los conducía por un par de kilómetros en medio de una montaña de excesiva vegetación hasta la recepción del hotel, el niño rubio abrió la ventana, y el resto de los pasajeros despertó al sentir el puñetazo del calor. Al principio nadie habló, pero pronto todos accionaron el botoncito que escondía el vidrio de la ventana. “Buscan refrescarse”, piensa Sandoval. “¡Cómo se ve que estos sí que no saben lo que hacen!”, concluye. Como si quisieran confirmar sus pensamientos, comienzan a asomarse copiando al niño rubio, que lleva la cabeza por fuera. El chofer intenta una llamada de atención que ni termina, en un inglés tipo mazorca desgranada. Como respuesta, lo primero que asoman de sus cuerpos son las cámaras fotográficas, imbatibles, precediendo una bandada de traqueteos de botones y palanquitas.

Todo está consumado, el resorte secreto e invencible que puja en cada turista de querer llevarse lo que ve, más allá de lo posible, con la mayor cantidad de fotos, se ha disparado. Rabiosa, surge una lluvia de picotazos de flash, aunque inútil, debido a la excesiva luz de la mañana, que sin misericordia inunda lo que encuentra. En segundos, las cámaras, especie de águilas con cara de perro jadeante, vuelven a quedar recargadas, expectantes, oteando desde los cuellos. A pesar de que el golpe del desperdicio de sol hace que le ardan los ojos, Sandoval comprende que cualquiera actuaría de esa manera si fuera la primera vez que ve tal abuso de luz y de colores.

Tragado por el autobús, un gusano que atraviesa la montaña al superar las zigzagueantes pendientes, no protesta. Se pone los lentes negros para aliviar la irritación y el aburrimiento que le producen sus compañeros de viaje. A toda costa tratará de ser una parte más del asiento, sin hacer nada que pueda convertirse en un obstáculo para la furia de ver de los turistas. Tienen derecho de maravillarse ante las hileras de árboles de cuanto verde existe, cargados con mareas de flores y frutos de donde brotan miríadas de mariposas de

tanta variedad que era difícil diferenciar alguna fuera de las *Morphos* de líquido azul palpitante. Aquellas marejadas tornasoladas iban y venían hacia el bus, saltándolo si salían de los costados o sorteándolo si aparecían de frente, desapareciendo como si fueran parpadeos de los árboles. De pronto, al superar una curva sobre una ligera pendiente, fueron sorprendidos por tropas de monos que desde el follaje producían chillidos de múltiples modulaciones, bamboleándose entre las ramas. Sandoval sonreía: parecía que alguien los había contratado, o que salían para hacer huir a la bestia de lata y humareda. Más duró la orden del deseo al cerebro que los turistas en desenfundar de nuevo las cámaras fotográficas para quedarse congelados en dirección de los otros monos. Una brevedad de aturdimiento, que cualquiera interpretaría como respeto, precedió la ráfaga de *flashes* que en instantes no dejó mono alguno.

Lo único que se oía era el ronroneo del autobús en medio de un silencio más espeso que el humo que dejaba escapar, el cual fue roto por el accionar de una cámara fotográfica más. Se trataba de un “Sin duda japonés” quien, al exprimir su primera cámara, desenfundó otra más grande con tanta rapidez que Sandoval no pudo evitar una mueca, entre desagrado y asombro, que el extranjero confundió con una sonrisa de complicidad. Pronto, un estallido de frases de admiración de otros turistas, en distintos acentos europeos de inglés, se desgranó por la enramada como testimonio del primer enfrentamiento con el trópico salvaje. Sandoval insiste en su mueca mecánica que semeja una risa, en lugar de comenzar a tirar pasajeros por las ventanas. La mujer rechoncha y rubia, de pelo corto y con un inconfundible acento alemán lo descubre y le contesta con una sonrisa. Pensará que aquel tipo moreno que no toma fotos es un oriundo amable que siempre ríe porque en este país sí aman al turista, según dicen unos pequeños desplegados en las agencias de viajes.

Sandoval saca una botella con agua y se embucha otra de sus pastillitas. El ardor quiere gatear, no hay que atenerse. El resto de media hora de camino se consume en silencio hasta que desembocan justo donde la montaña se rinde ante la vista del mar: un paso cercado por dos largas lenguas de zacate meticulosamente recortado y regado, flanqueadas por palmeras enanas y alternadas bouganvilleas amarillas y azules. “Casi es placentero”, se dice y el autobús se detiene frente a un trillo de piedras blancas que conduce hacia la recepción. Contrario a lo sucedido si el viaje hubiera sido hecho por criollos, quienes se habrían apelotonado hacia la puerta con el vehículo en marcha, los extranjeros bajan

tranquilos según el orden del asiento.

Al salir de la gruta de metal, los anteojos oscuros de Sandoval no pueden detener las diminutas puñaladas de la luz contra las cuencas. Se eriza: a diez pasos cuelga como un ahorcado la enorme tabla de alguna madera exótica que recibe a los visitantes con unas letras talladas a mano, bajo las cuales hay un relieve de un barco velero con una especie de marino con pinta de pirata, que cruza un mar de astillitas de distintas maderas incrustadas con precisión. La frase SANDOVAL HOTEL AND RESORT le produce una fría punzada en la boca del estómago. Se queda de último, aunque no soporta el resplandor del sol: palabra por palabra siente que le sangran los ojos.

## X

En la recepción lo espera un individuo pequeño, joven, moreno, de ojos verdemiel, enfundado en un pantalón azul hasta las rodillas y una camisa color crema, en cuyo lado izquierdo resplandece una tablita azul con letras amarillas: MANAGER JUNIOR. Al desplegar una sonrisa demasiado aprendida, el hombrecito saluda en una especie de inglés rechinado de exageradas y arrastradas “erres”, al tiempo que levanta las cejas y frunce el entrecejo antes de hacer tronar sus dedos. Enseguida, sobre el mostrador, aterriza un vasito de plástico que pretende ser de vidrio o quizá hasta de cristal.

—Es nuestro ponche de frutas sin alcohol. El famoso *coptel* de bienvenida hecho con agua de manantial —aclara con afectación.

—Se llama “Sándoval Trópical Cocktail” —añade la chica que trajo el ponche, en una siniestra pronunciación que pretende pasar por inglés, bajo un chorro de abundante ondulado pelo negro a media espalda.

Inevitable resulta la respuesta mecánica de volver a ver, en especial al oír el nombre del brebaje. Luego, descubierta la muchacha, imposible no ver el ceñido pantaloncito azul en el que se comprimió. Con deslealtad, unas rayitas amarillas con un ajustadísimo *San*, seguido por un fruncido *Do*, y un casi engullido *Val*, por un milagro no terminan de escurrirse por entre unas redondas y apretadas nalgas, quizás menos achocolatadas que el resto del cuerpo, cuyo torso es envuelto por una ajustada y delgada camisa de algodón del mismo color crema que las medias y los zapatos tenis.

Sandoval pone sobre el mostrador sus documentos y un papeli- to con un número de reservación, “El cual no hará sino agilizarle

lo concerniente con el registro en nuestro hotel...”, recuerda que insistieron por teléfono, días atrás, al terminar de dar los datos y confirmar la reservación. Ahora, en la recepción, Sandoval trata de no sentir lo que la muchacha comienza a recordarle en el cuerpo. Decide poner toda su atención en pasarse el papelito por entre los dedos usando sólo una mano. Al ver que no funciona lo cambia por un lápiz que toma de una jarra mitad azul, mitad amarilla. Para remachar, se dice, al menos para no sentirse tan mal por no poner atención en lo que hizo, que sacaría el jugo al hotel durante los días de su hospedaje. Para luchar contra la visión de las pequeñas pero perfectas piernas de la chica, Sandoval se agarra al recuerdo de cuando trató de cancelar la reservación. Llamó una semana después de hacerla, al recibir el estado de cuenta de su tarjeta y enterarse del monto que cobraron:

“Vea, señorita, lo que yo quiero es hospedarme si acaso tres días y no tres semanas como me rebajaron...”

“Mire señor”, contestaron gerencialmente, “lamentamos mucho no poder ayudarle, por políticas de la empresa no se hacen reintegros o cancelaciones una vez pasados tres días y menos al tratarse de una superoferta, a no ser que cobremos un setenta y cinco por ciento del total descargado, pues la tarifa aplicada es la de superpromoción de...” y una retahíla que no terminó de escuchar, porque en un ataque de cólera arrancó el teléfono.

Sandoval siente que el olor a mujer le penetra cada poro, en un último esfuerzo trata de aferrarse al recuerdo de su furia, para que la piel no pueda traicionarlo. ¡Jamás pagaba por adelantado! Cómo no se dio cuenta de que era tanto dinero. “Se incluyen las tres comidas, el café y bocadillos a la hora que quiera, y lo que pueda consumir en licores nacionales, además del uso absoluto de nuestras instala...”, evoca y piensa que de seguro todo está calculado. Que deben de entrenar a los operadores telefónicos para que enreden a los que llaman y ¡ya está! Enseguida salen con la mierda esa de “las políticas, las ofertas y promociones.” Y al final, lo único en lo que se puede confiar en estos días: ¡pagar y ya está!

Trata de que le dé más cólera hasta que le regrese la compostura, en su caso sería más exacto amargura, mientras el MANAGER JUNIOR, ajeno a lo que no fuera él en sus continuos esfuerzos por mostrarse cortés, hace como si revisara los documentos para terminar por asegurar que al ser un cliente preferencial su situación está en orden. Pronto fija la tarjeta de crédito del cliente a una cajita, por encima de un recibo con tres copias que aplasta al empujar el pasador en su ida y vuelta.

—Por favor, si es tan amable me firma sobre la “x”. Usted comprende, son reglas del hotel... para cubrir alguna situación no prevista que jamás será su caso, señor... —y el encargado verifica el nombre del recién llegado al devolverle los documentos—... Por supuesto: Señor Sandoval! ¡Caray qué coincidencia: igual que nuestro hotel! Esto amerita otro *coptel* de bienvenida, cortesía de la casa.

Pero el señor Sandoval lo rechaza con un mecánico gesto de gentileza. Murmura algo que quiere pasar como que está cansado. Si bien reconoce que podría agradecerle al MANAGER JUNIOR que desviara su atención de la muchacha que humea demasiado cerca de él.

—¡Con mucho gusto, estamos para servirle! Será después...

Carraspea, frunce el ceño y le da la copia de cliente del comprobante junto con un sobre con dos llaves magnéticas. El original, la otra copia del comprobante y una tercera llave magnética, van a parar a un sobre amarillo con el número de su habitación, grabado en tinta azul por un sello en forma de la letra “ese”.

—Garantizamos reserva absoluta y seguridad total —agrega el MANAGER JUNIOR mientras guarda el sobrecito, sobre el que ha estampado su firma sin necesidad.

La caja fuerte está al fondo del mostrador, cubierta por una de las muchas y grandes fotografías en blanco y negro que adornan la pared de viejas casas, paisajes rústicos, y diversos, antiguos y pintorescos personajes, sin duda de la comarca. A los lados, cuelgan fotos, siempre en blanco y negro, de distintas y antiguas películas de toda clase de barcos veleros.

—¡Elena —ordena el hombrecito—, habitación C26! Acompañe aquí al señor... Sandoval. ¡Caray qué coincidencia: igual que nuestro hotel!

De inmediato compone dos chasquidos que son respondidos por un flaco muchachito con cara de idiota, enfundado en un pantalón amarillo que le rebasa las rodillas y una camisa azul, ribeteada por una delgada cinta amarilla con unas minúsculas letras “ese” en un pálido azul, que sólo el recién llegado ve.

—El botones llevará el equipaje en instantes. Por ahora no se preocupe más, está en las mejores manos. Bienvenido y que lo pase de lo mejor: HAVE A GOOD TIME...

Y el MANAGER JUNIOR dice otras cosas que ni él mismo oye.

## XI

En segundos Sandoval sólo camina. Camina y ve. Por entre anchos pasadizos. El piso hecho de minúsculos ladrillos rojo mate, pulido y limpio en extremo. Las paredes acabadas con un repello que es imitación perfecta del adobe. “Una antigua técnica de construcción que consiste en...”, reza un cartelito en inglés, francés, alemán, holandés y español que nadie lee. Están pintadas con una franja azul pálido, de la mitad hasta el piso, y otra amarilla suave que se difumina hacia el cielo raso, cóncavo, con un tono de amarillo cremoso. De un lado cuelgan pinturas al óleo. Tienen imágenes de todas las variedades de mariposas que habitan estas tierras, según explican otras plaquitas doradas al pie de cada cuadro. Del lado opuesto se despliegan óleos de paisajes marinos con diferentes formas de un barco velero, firmados por cada artista. Sandoval piensa que aquello debió costar una fortuna sin que le importe.

Al pasar por el salón principal descubre el modelo de los cuadros: un barco velero hecho de madera, sobre un podio dorado. “Se trata de una de las dos reproducciones a escala que existen en el mundo con más de cuatrocientos años de antigüedad. Es el tesoro del hotel y uno de los principales atractivos que posee, además del maravilloso sitio donde está levantado, las comidas más exóticas, la mejor playa y, por supuesto...” diría en su oportunidad Elena, su guía por las instalaciones, “... por la atención de su personal”.

Ahora Sandoval apenas lo determina. Ahora sólo camina y ve. Ve que si se adelanta una nadita, o la guía se demora medio paso, podría rozarle la punta de las cimbreantes nalgas. Sabe que ella lo sabe. ¡Cómo no iba a percibirlo! Aún si detrás viniera un carrito de supermercado, no habría algo en el mundo que pudiera evitar ver aquel trasero. Como si lo hubiera oído, la chica marca más su paso mientras lo vuelve lento. Aunque algunas veces dijo a compañeros de trabajo, que “la atracción de los sexos es un programa de computadora corporal dado por la selección natural de nuestra especie”, no puede evitar que la sangre corra con más fuerza, ni mucho menos seguir enganchado a aquellas curvas. Al ser consciente de lo que sucede se sobresalta: ¡Hacía tanto que no le pasaba! Por nada del mundo quisiera que aquella extraña tuviera la mínima sospecha. En teoría no tiene problema en admitir que ante las hembras humanas es una licuadora que en lugar de botones tiene una palanca hormonal, movida al antojo de la prominencia del trasero, la estrechez de las caderas y el volumen de las tetas.

No entiende de dónde un recuerdo, de uno de los tantos cursos



que dejara botados en la universidad, brota como un eructo, “Serotonina”. Le da cólera; primero, nunca le gustó la palabra; segundo, este recuerdo ni siquiera actúa como hipo o distracción; tercero, y es lo que peor lo pone, debido a la presencia de la muchacha no puede ni intentar evitar que una hormona se disemine por su cuerpo para dominarlo. “Igual que la locura, o el cáncer...”, piensa, “que hacen lo mismo, pero sin muchacha”.

Un trago de saliva lo hace consciente de que, con el bambolear de sus brazos, en el próximo paso será inevitable que toque la punta de la nalga derecha. Está perdido. Por primera vez en mucho tiempo no le salta la excusa. La que evitaría arrojarse al sacrificio del cráter de humedades de la especie. Cuando el roce parece inevitable, la chica se hace a un lado y se detiene. La descarga de una fila de dientes blancos y perfectos precede la relampagueante ceremonia de meter la tarjetita plástica en la ranura de la geometría plateada del llavín. Sandoval está seguro que pagó hasta el último parpadeo de la luz, en el dineral que le sacaron, legalmente, en este hotel que lleva por nombre su apellido.

El parpadeo en la parte superior de la caja cromada, pasa de rojo a verde. Ella acciona la manija. Al abrir la puerta para darle paso, se inclina al señalar el interior de la habitación con el movimiento en semicírculo del brazo. ¿Accidentalmente? su blusa deja ver unos morenos y firmes pechos, coronados por unos despuntados y diminutos tortolitos violáceos. Él pasa y siente que la garganta cruje, quiere creer de lo seca que está. Vuelve a ver, tratando de escapar, hacia el fondo del pasillo que insiste en permanecer solo.

—Las toallas vienen enseguida —dice Elena muy profesional.

Él quiere agarrarse a la frase a ver si logra salir de la impotencia en la que lo han dejado la idiotez evolutiva del macho. Y su arraigada costumbre de hacerse a un lado ante cualquier cosa que pudiera tener un mínimo de vitalidad.

—En el mini bar —agrega detrás de sus ojos azules, cuya pupila tiene destellos dorados— encontrará bebidas, chocolates y semillas tropicales, recomiendo las de marañón por si no las ha probado. Aquí está mi tarjeta. Recuerde, me encontrará a su servicio los días que esté con nosotros.

Mientras la muchacha estira su mano para despedirse, él, de una forma inconsciente que le provoca cólera, estira una mueca que pretende ser una despedida con beso, la cual rectifica de inmediato. Espera que ella no haya notado su comportamiento, que se le salió “por lo cansado del viaje”. Es demasiado tarde: mientras él intenta, al menos en su mente, alargar su mano para responder la despedida,

ella se pone de puntillas y le planta los labios en la mejilla que raspa la suya, debido a la barba de dos días. Una insospechada descarga hormonal la llena de una incontrolable humedad.

Al percatarse de lo que les pasa, ráfagas de rojo trepan por los cuellos hasta anudarse en las caras. No saben por qué pasó aquello. Como es tarde para arrepentirse, él haría como si nada ocurrió. Ella al contrario. No porque le gustara el nuevo cliente. Llegará a decirse que tal vez fue el olor a hombre lo que la atrajo y no le dará más importancia. Elena vuelve a sonreír como si nada pasara, luego de inclinarse para hacer una reverencia juguetona.

—Recuerde que estoy a su servicio a toda hora por cualquier emergencia —agrega—. Permítame —muy profesional toma un lapicero azul, que le obsequiará, con el dibujito de un pirata en la cubierta de un velero en amarillo, y hace unos trazos.

—Aquí está el número de mi localizador —continúa— puede tener acceso desde cualquier teléfono del hotel. Es una disposición del reciente programa de edecanes personalizados, un servicio exclusivo de nuestra empresa, por lo que le ruego que no deje de llamarme si necesitara alguna cosa.

Él intenta sacar algún billete, la muchacha lo detiene, cubriendo su mano con las suyas. La suavidad lo paraliza.

—Por favor —responde sin saber que el recién llegado tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas, para acompañarla hasta la puerta. Tenía no sólo la primera sonrisa real en meses, sino una erección.

—Hasta pronto señor... Sandoval —agrega.

—Gracias —responde, mientras guarda la tarjetita, labrada con relieve de pirata y velero, donde más tarde descubriría, en una clara letra con tinta roja: *Elena. Localizador S15*, arriba de una raya delgada, sobre la leyenda EDECÁN-GUÍA.

Como no sabe qué hacer o qué decir ni ella tampoco, por un instante se quedan inmóviles, sintiéndose más incómodos que idiotas.

—Qué coincidencia, verdad —Dice al fin la chica—. No recuerdo que tuviéramos a un huésped con el nombre del hotel.

Y sonríe tan franca, tan saludable, tan de verdad, como si flotara, que él se ve sorprendido al pensar que en otra realidad, quiere hacerse creer que en su juventud, le habría plantado un beso tan suave y largo que en lugar de irse entraría. No como ahora que cierra la puerta sin alcanzar a ver el centelleo que le ilumina los ojos, demasiado azules.

## XII

La mujer es pequeña, de las blancas que más parecen coloradas. Las venas azules cunden por todas partes. Más seca que flaca, de pelo negro y enredado, “arrepentido” le dicen a aquel mechero. Descalza pero de pies que se han empeñado en ser más finos de la cuenta. De caminar lento, como para no ser notada, ensartada en un vestido que hace mucho fue de florcillas moradas sobre un fondo blanco. Se dejó llegar con sus hijos. El varoncillo, delatoramente moreno, un agazapado de entre diez y doce años, flaco y tan callado que le decían *Pedrada*. Nunca deja de mirar como si pudiera escurrirle cada gota de secreto a lo que surgiera. La hembrilla es un cuerazo de hambre, un tizón esmirriado, si acaso un año menor. La misma cara del tata. Las ropas están viejas y remendadas, limpias y sin arrugas.

—Sandoval —y un “mi marido” se arrepiente en el buche de la recién llegada — vendrá más lueguito.

La mujer gorjea con los ojos fijos en el suelo, frente al tronco donde El Albino supervisa y recibe a quienes llegan. El dueño del ranchón, y de cada vez más por los alrededores, como un cuervo blanco, los ve entrar con el rabillo del ojo. Al que menos le gustó desde que llegó a aquellas tierras fue a “El Gran Sandoval”. “El Marino Sandoval”. “El que sabe leer”. “El de los ojos azules”. “El que habla inglés”. Unos añillos mayor que él. Está seguro, aunque nunca lo dirá, que era el único como él. Pero a partir de hoy las vainas iban a cambiar por completo.

—A cada chanco le llega su hora —escupe para engullir un gran trago de guaro fresco. Tanto le gusta que deja la garrafa probada sólo para él.

La recién llegada se estaciona más adelante que sus crías, quienes se quedan idas al mirar el ranchón, que les saca las babas con su blancura. Hasta ese momento descubren que las paredes pueden pintarse. El Albino le señala a la mujer de Sandoval la parte de atrás, donde hacen tortillas. Ella agacha la cabeza y pasa con las manos escondidas entre el vestido. Tan nerviosa va, mirando de reojo hacia donde está, que no se fija en una raíz salida con la que tropieza para caer en un escándalo de bruces.

Un soplido de polvo antecede la imagen de una mujer escurrida y descuidada, pero de carnes firmes, que se pone colorada de la vergüenza de haber quedado con el culo al aire, las piernas abiertas y la cara llena de tierra roja. Al menos no se raspó. Los demás vuelven a ver a El Albino antes de reír o no, mientras los hijos le ayudan a levantarse. Éste la avista como quien no quiere la cosa, hasta que un

golpe de sangre lo cimbra desde el pantalón haciendo que su miembro se dispare: la mujer de Sandoval no lleva calzones. “Miserable”, rumia y de inmediato, para disimular, lanza una carcajada a la que cada uno responde, aún las mujeres, agazapadas, seguida por una señal para que la lleven hacia la cocina. Allí la recibirá la esposa de El Albino para lavarla.

“Hijueputas”, traga ella al recordar las palabras de Sandoval: “Es mejor no ir. El Albino es un muerde quedito y lo que quiere es adueñarse de todo. Acuérdesse que está confabulado con el jefe político y con el cura. Si usted va entonces yo voy a tener que ir para que después no digan que Sandoval deja sola a su hembra.”

Eso fue lo que la decidió a venir, no la excusa de que se comprometió a cocinar y se sabía que pocas preparaban los chicharrones ni palmeaban tortillas como ella. Quería que vieran y dijeran que era la hembra de Sandoval. Si bien no le importaba a él. Acaso en el fondo ni a ella.

—Tal vez era mejor no venir —masculla, mientras sacude las manos y paladea el agrio sabor de la tierra. La esposa de El Albino, de cucullas, le echa agua con un guacal. A los hijos los dejaron con el resto de la güilada, cerca de la entrada principal.

—Ya está —dice la patrona escurriéndose los dedos.

La pequeña mujer, si acaso un par de años más que ella, tiene una cintura demasiado gruesa para quien no ha parido, grandes tetas, pelo largo enmarañado de gris y negro azabache, piel de chocolate y sonrisa amplia. Es “la patrona” la que limpia las rodillas, los muslos, la delicada base de las nalgas. Si no la paran le andará por el cuerpo. Pero justo cuando ambas podrían caer en la cuenta de lo que les ocurre, en un arranque, la esposa de El Albino se hunde en el ranchón. Al ratito sale con un parpadeo de peine que alguna vez fue de carey.

—Hoy nadie puede dejar de estar bien galano —indica la dueña, al acercarse para alisarle las enredadas hebras.

La accidentada se deja hacer mientras recuerda la frase que Sandoval le dice cada muerte de obispo al buscar aparentar un último cariño, como si alguna vez hubiera existido: “Estás floreando”. Solamente atina a alisarse y alisarse el vestido, que está lo más desarrugado posible. La esposa de El Albino trata de sostenerle las manos, que se abalanzan contra la tela sin hacerle caso. No tiene otro remedio que tomarla de la sien, pasarle agua fría con los dedos y hablarle fuerte, mientras la ve a los ojos. La otra se queda quieta, sostenida del aire, permitiendo ser peinada, con una suavidad des-

conocida para ambas. Asco, rabia, vergüenza, desolación, deseo, miedo, se entremezclan y arremeten contra lo que queda de voluntad con tanta fuerza que ni se entera donde está parada. Ni entiende por qué ni cómo algo revienta la presa del alma y del cuerpo, para que una humedad comience a brotarle entre las piernas.

### XIII

Hacia el filo de la tarde la mayoría está más que fortalecida de guaro. Hasta las mujeres se han bajado sus tragos. En manada comienzan a bailotear sin preocuparse de sostener la cada vez más crecida bestia de la entraña humana. Sandoval, con pasos lentos, llega tarde a propósito. Se ve que también se ha echado sus tragos. Para no darse por menos trajo dos gallinas y una garrafilla de su propio licor. Pasa sin saludar a nadie, directo hacia donde está El Albino.

—Nada como lo de la casa, verdad—señala al ahorcar las gallinas, para luego dárselas y agregar—: ¡Feliz día!

Engulle una larga bocanada del guaro de su garrafilla, para ofrecérsela al anfitrión, cuya cara se inyecta de sangre por una brevedad. Los demás quedan inmóviles. Por menos, aquel bicho como el filo de un machetazo, había acuchillado a varios. El Albino percibe cada detalle de lo que pasa a su alrededor como un carroñero el último respiro de un animal ajeno. Sin embargo, su plan no puede echarse a perder por estas provocaciones. “Ya vas a ver hijueputa”, se dice, en tanto la imagen de la mujer del recién venido, caída y con el culo al aire, “sólo para él” sacude su mente antes de alojarse en la jareta.

—Salud, compadre —responde éste con crudeza al limpiar la boca de la garrafilla con una mano y embucharse un trago más largo que el de su oponente.

—Pues que así sea —dice el otro, seguro de haberle ganado.

Los demás vociferan con gozo animal y los músicos, traídos por el político, renuevan su barahúnda. Sandoval arrebató la garrafilla a El Albino. Este se queda quieto, con la sangre que le hierve, y entra como un garaanón en medio de los otros, algunos de los cuales se apartan con una leve inclinación.

—¡Esperate hijueputa! —Masculla mientras vuelve a ver de reojo donde la mujer de Sandoval y su esposa palmean las tortillas—. ¡Esperate!

## XIV

Dentro de poco el cielo comenzará a teñirse de un azul casi frío. Ahora, el calor está en su punto máximo, por el sol, el guaro y la brincadera. El Albino hace una señal para que sus hombres de confianza, los temidos Gallos, arreen a los que llegaron a su fiesta hasta la parte del fondo, hacia abajo del costado del ranchón que da al río. Al acercarse son recibidos por una contrahecha tarima de madera, alta y donde caben unas cinco personas. Atrás, un gran pedazo de tela ajada trata de ocultar un irregular montículo. A un costado hay un juego de pólvora listo para comenzar a gorgotear.

Los Gallos iban siempre vestidos de blanco y se dedicaban a hacer cumplir las órdenes del patrón al costo que fuera. Dos hermanos están a los lados de la tarima, las manos sobre las cachas de sus cuchillos. Pálidos, altos, pelirrojos, de ojos oscuros, y secos de carnes aunque muy fuertes, les decían por igual Gallo'e Queso. Otro se ha quedado cerca del ranchón; es moreno, de mediana estatura, panzón y calvo, excepto por cuatro hilachas de pelo cenizo, tiesas y largas con las que trata de cubrirse una ancha y abultada cabeza, por la que chorrea un interminable sudor. Le decían Gallo'e Sopa. Finalmente estaba el que era la mano derecha del propio Albino. Agazapado, subido detrás de la tarima, de mediana estatura, como un tizón, tiene la cara marcada por varias cicatrices de cuchilladas. De poco hablar, se veía que la rabia lo mordió desde pequeño. Lo llamaban, siempre y cuando no estuviera presente, Gallón.

Una vez acomodado el gentío, El Albino hace otra señal hacia el ranchón. Gallo'e Sopa mueve su brazo y un puñado de peones resguarda la salida del jefe político. Entrado en los cuarentas, gordo, con mirada extraviada de miope severo, con la barba de varios días, había estado en el cuarto de El Albino con una de las muchachitas que éste le conseguía. Avanza con la camisa blanca pegada a la abultada panza de la sudadera y el pantalón hecho una arruga azul. Se acerca con pasos irregulares. Enfundado en unos lustrosos y poco usados zapatos de cuero negro, que a toda costa pretende que se vean normales. Los músicos que el político trajo comienzan a tocar con gran fuerza. La gente chilla y se medio inclina ante su lento pasar. El reparte grasosas sonrisas desde el fondo de un grueso y disparejo bigote. Al alzar su sombrero blanco muestra una cabeza con algunos mechones de canoso pelo, que siempre trata de estirar. El trayecto se hace más lento de lo deseado para El Albino, pero se domina. Tiene que tener paciencia si quiere que todo salga bien.

Por fin, los vidriosos ojos del jefe político pueden contemplar al grupo de pobres. El Albino le da un apretón de manos y hace otra señal hacia el ranchón. Responde, con paso firme, la salida del cura párroco, a quien tampoco nadie descubrió hasta entonces. Desfila magnánimo. Precedido por un mocoso flaco y descalzo, vestido con una túnica púrpura, a quien el cura llama su monaguito con quien estuvo, “en oración y ayuno”, en el cuarto contiguo al del jefe. Con el paso agitado parece una gorda culebra de gelatina cuya lengua bífida es el rosario de madera negra, coronado por un crucifijo de plata, enroscado en el cuello. De mediana estatura y de piel blanca, era ágil para el mantequero que había amasado con los años. La cara rosada y lampiña daba paso a una sonrisa grande, al fondo de la cual brillaban con intensidad unos ojos café claro.

El cura sube a la tarima donde están los otros dos, que se encorvan para besar el enorme anillo rojo de su mano derecha. Los tres vuelven a ver al grupo y saludan. El gentío contesta con un aplauso que comenzó quién sabe quién. El Albino le indica al jefe que pase al frente al tiempo que da un paso atrás en compañía del cura. El jefe responde con una palmada en el hombro para luego volverse hacia los presentes. Se queda como si los mirara directo a los ojos, antes de proclamar con voz chillona:

*Estimado pueblo. Estimado cura párroco. Estimado Albino.*

*Estimados todos, estimadas todas, toditos, invitados y niños.*

*Hoy celebramos, celebramos el día más importante para esta comunidad que mañanea tempranito para montarse en el carro del progreso y en el tren del bienestar. Y no sólo de aquí sino de todos lados. En nombre de la patria, de estas tierras que nuestros padres, lábrriegos séncillos, trabajadores, habitantes honestos y sin miedo a nada, crearon para beneficio de todos, haciendo de esta costa pobre una costa nuestra y rica, sobre todo espiritualmente, puesto que está en manos de Dios. Porque hay que recordar que nuestra patria, más que un territorio es una forma de ser. En nombre de Diosito, repito, de estos padres nuestros, y en nombre de nosotros mismos, que tampoco le tenemos miedo a nada y mucho menos al cambio si éste significa progreso.*

*Porque dígamen si no, dígamen si todos no debemos aspirar siempre a lo más alto, porque es muy bonito, compatriotas, y si no, por lo menos aspirar a lo que venga. Dígamen si no. Pero bueno, hoy lo importante es que el progreso llegó a estas tierras de cielos límpidos. De hecho ¡ya ha llegado! Benditos seamos porque vivimos en un país que es, en sus mejores conquistas y esperanzas, no sólo ejemplo entre nosotros, sino que algún día, que yo sé que*

*pronto vendrá, lo será para otras naciones y por qué no, para el mundo entero también.*

Los demás rompen en aplausos. El jefe político remarca el agitar mecánico de sus brazos y echa gotas por cualquier lado.

*Si seguimos luchando así, con humildad, pronto tendremos lo que realmente nos merecemos. Nuestro país, con sus tradiciones y su gente, es inmortal. Y hoy, en la compañía de ustedes, estamos reunidos para rendir homenaje no sólo a la obra que hoy inauguramos, y que es el mismísimo progreso hecho realidad, sino al hombre que ha aportado un importante y gigantesco granito de arena. Un hombre, qué digo un hombre: un compañero, un caudillo natural y necesario de estas tierras bendecidas por Dios, un padre responsable, y eso que no ha tenido más hijos que sus propios compadres y comadres, un hombre que, sobre todas las cosas, es el más leal de los amigos y amigo de todos.*

*Me refiero, por supuesto, a aquel que es conocido de la manera más cariñosa y humilde como El Albino. Este hombre, visionario como pocos, es aquel que con muchísimo esfuerzo ha logrado enrumbar sus pasos en favor del progreso y de la patria que sin duda desde ya se lo agradece y nosotros, por supuesto, también. Y no sólo se lo agradecemos sino que lo celebramos. ¡Sí!, como lo oyen, hoy estamos aquí para celebrar. Para celebrar por lo más alto. Para celebrar por lo más alto el haber terminado la primera calle de lo que un día cercano será un pueblo pujante y de lucha tenaz. La calle que nos comunicará con la carretera no solamente del progreso sino de las mejores posibilidades. La calle por la que podremos mandar nuestros productos y recibir lo que nos haga falta de la capital, de la provincia y de otros lados. La calle que comunicará algún día los barcos que de seguro nos van a escoger como el mejor lugar para desembarcar. La calle por la que nosotros podremos hacer que las cosechas de nuestros campesinos valientes y viriles, y lo demás que hagamos, se vayan a darle la vuelta al mundo, codeándose desde ya entre las mejores. ¡Sí pueblo mío!, de quien soy apenas el más humilde de sus servidores, junto con el curita y el mero Albino, para quién pido el más sentido de los aplausos.*

—¡Sí se puede! ¡Sí se puede! ¡Sí se puede! —Grita la turba.

Entonces, el jefe político quita el pedazo de trapo que intentaba cubrir, detrás de la tarima, un cuadrado metálico con brillantes letras plateadas que comienza a relatar:

CALLE EL ALBINO  
INAUGURADA EL...



El griterío lo interrumpe, y aunque ninguno sabe leer excepto el jefe y Sandoval, comienzan a chillar:

—El Albino, El Albino...

Éste, que ha aprendido a deletrear su nombre, se adelanta al político y con un par de movimientos secos detiene el escándalo. Algo dice acerca de agradecerle a cada uno su cuota de sacrificio. Agrega, con más fuerza, que hay mucho por hacer pues todavía existen algunos que se oponen al progreso. Vuelve a ver a lo lejos a Sandoval, quien no se movió de donde estaba. “Pero que prontito” no podrán parar las fuerzas del avance. Un aplauso y unos pocos chillidos acompañan la sonrisa de satisfacción grasienta del jefe. Cree que con ponerle aquel nombre a la calle logrará mayor lealtad, por si hiciera falta. Que el resto de los miserables esté cada vez más de su lado al sentir que si El Albino tiene tal honor en realidad es del pueblo. Y que, en una que va y en otra que viene, quien quita un quite y para la siguiente calle tal vez les toque a ellos. Se pasa y repasa la gorda y babosa lengua del pensamiento interior. Se dice que esta es otra más de sus jugadas maestras. No sospecha.

El grupo se acalora más y, con el aparecer de la primera estrella en el firmamento, todavía con su puñado de claridad, alguien suelta las bombetas del juego de pólvora que ha aguardado su turno a la par de la tarima. Un puñado de luces, un grito de colores, se queda colgando por un pestañeo de la oscuridad que se estrena. Antecede el que los músicos, desde el corredor principal, por igual borrachos, comiencen como salvajes a rechinar sus instrumentos.

—Salud —es lo último que se oye de El Albino.

Enseguida sólo hay brincos, gritos y ardor de gargantas y de entepiernas en el regreso hacia el ranchón.

Sandoval ha permanecido rascándose la barbilla. No se ha movido del lugar que escogió para acomodarse, diagonal al ranchón. Desde ahí puede ver y escuchar al político. Se ha mostrado como quien no quiere la cosa. Al regresar todos a volver a comer, beber y brincar con la música que pronto será una inundación, se cuida de no dejar duda de su desprecio. Al estar el homenajeado a unos pasos, Sandoval se levanta como si no hubiera ocurrido nada y se echa un trago tan largo que provoca la admiración de la concurrencia. Al llegar El Albino, le ofrece la garrafillo con un “¡Salud compadre!” retador. El otro no responde. Sigue su camino detrás del jefe político, que busca cómo meterse en el ranchón.

—¿Qué? ¿No le habrá entrado tembladera por un trago? —reta,

Sandoval creyendo que ante los demás le gana otra partida.

El Albino se detiene. Toca el mango de su “muchachito”, un largo y afilado puñal de hoja negra que no se quita ni para dormir, y detiene a Gallón que se abalanzaba sobre Sandoval. Se riega una callazón pegajosa. Contrario a lo esperado, en vista de que por varios segundos ambos cruzaron una fría mirada, El Albino responde:

—Está bien. Que hoy nadie se sienta mal porque le desprecian algo, menos un trago. Eso sí vamos a tomar del mío —a una seña pronto traga de una garrafa que Gallo’ e Sopa trae de la cocina.

Luego se la tira a Sandoval, que la coge en el aire, antes de sentenciar:

—Déjesela, yo se la regalo.

Es cuando decide no seguir al político. Se enrumba hacia la cocina, en medio del griterío de quienes, menos Sandoval, vigilado por los Gallos, ven como ganador del duelo al dueño del ranchón.

## XV

—Hijueputa —masculla Sandoval al tirar a un lado la garrafa que acaba de lanzar El Albino y agarrar la suya—. Nadie me va a decir de cuál guaro tomar —brama a unos que le dan palmaditas.

Embobado en lo que solamente él cree un triunfo, no alcanza a ver lo que sucede donde la esposa de El Albino y su mujer hacen las tortillas. Ni a advertir cómo este hombre, un colmillo de luz emponzoñada, sacaba a la primera y empujaba hacia un rincón a la segunda. Menos que al instante le quitaba el viejo vestido de flores moradas que le regaló Sandoval a los pocos días de que dijera que estaba embarazada de él. Respondió entonces, siempre seco y distante, que él apechugaba. Si lo de la panza era así pues a partir de ahí sería su mujer y se quedaría a vivir en su casa. Ahora el fondo de la tela insinúa, bañado en tizne y cubierto de grasa y polvo de tierra colorada, algún perdido ramillo de flores de un apagado lila. Afuera, la esposa de El Albino cuida la puerta, dándole una engullida a un jarro escarapelado con guaro del más fuerte.

La mujer de Sandoval pudo haber gritado, puesto resistencia. Pero una cosa sorda se lo impidió. Lo mismo que toda la vida. Al ponerla de bruces sobre una mesa, sus pezones sintieron lo único suave y agradable hasta ese momento: la cálida superficie donde quedaban pedazos de hoja de plátano. Las manos pegajosas de aquel bicho humano hurgaron con brusquedad entre la vulva, abriéndole

las piernas con una firmeza innecesaria ya que ella no peleó con el cuerpo. Sólo con la cara. Y con el amargor que desde que llegó adonde Sandoval la fue llenando de a poquito. Un amargor sin furia, como para ir raspándola.

—Es una seca —gruñó El Albino, mientras se agachaba para lamerle el nudo de pelos, agrios de sudor y dulce de los olores de hembra, que nunca nadie había chupado.

Los tufos mezclados con el del guaro casi le hicieron estallar el pantalón. Antes de enderezarse para penetrarla, se detuvo un largo rato en relamerle el ojo violeta que trata de esconderse entre los globos salpicados por diminutas pecas de las nalgas, como canela espolvoreada. Era por ahí por donde más le gustaba coger. Todos lo sabían. Ella pudo haber gritado y pedir ayuda a su hombre. “El Gran Sandoval”. “El que sabe leer”. “El de los ojos azules”. “El que habla inglés”. Algo la detuvo. No que tuviera algún tipo de goce. Se sentía tan poca cosa que no le alcanzaba para sentir placer. Menos para tener rabia, de sí misma ni de nadie. La sequía sólo daba para el asco. Primero desde el día en que su papá la sobó entre las piernas hasta que le sacó sangre. Segundo porque su “mama”, al encontrarla aplastada y medio muerta, en lugar de ayudarla le gritó que la culpa era de ella por ofrecida. Luego la azotó con el chilillo de arrear los chanchos hasta que no cupo más dolor en el cuerpillo y en el alma y se cayó al piso de tierra. Se le hicieron tantos verdugones que no le quedó otra que andar sin calzones. Tanto anduvo así, excepto al venirle el mes, que al hacerse mujer no los pudo usar.

Fue por la novedad, no por el gusto que no llamó ni gritó. Lengua y humedad de dedos tibios y besos entre sus piernas. Y hasta atrás para sin demora escabullirse hacia delante y alrededor de los lados de su secamiento. Ni cuando El Albino metió entre la vulva el quemante pedazo de carne gordo, como una culebra de leche cuajada. Ella no supo que la violaba para vengarse del otro, no por estar con ella. “Era hacérselo a una tabla”, comentaría él después. Ella ni sospechaba que podía dar y recibir placer. Hacer el amor era dejarse meter los pingajos de carne tiesa que siempre la raspaban, limaban, lijaban. Aguantar una punta rechoncha que siempre la rallaba, quemaba, picaba, dejándola desgarrada y acuchillada. Más esta vez en que, seca como con Sandoval, ella no había aceptado la blanca puya de cuajada negra.

Pronto, aquel maldito se regaba sin que por ello dejara de tenerla tan tiesa como un leño. Por ello untó un poco de manteca de cerdo, de la que quedaba del adobo de la masa, entre las nalgas. No por si ella, o quienquiera, sintiera rico, sino porque a él le gustaba aquella

tibieza grasienta. Un grito congelado de fuego la penetró por detrás. Hasta que al ratito, con mucho menos fuerza, los goterones que asqueó el tizón blanco terminaron de abrasarla. Por ello, al metérsela por última vez entre la vulva estaba más seca que al principio, si bien él ni se enteró. Como estaba marchita desde adentro no notó el largo y caliente chorro salido de quien sabe dónde. Ni sintió siquiera asco en el instante en que, al sacársela, goteando, le diera vuelta y con un golpe seco en la cabeza, la dejara de rodillas:

—Chupe bien. Si me la muerde le mato el hijo —sentenció.

Ya sin fuerza para regarse otra vez sacó su guindajo colorado, alzándola por el pelo para tirarla hacia el piso tiznado.

—Otro día viene por más —recuerda que carraspeó al subirse el pantalón, para sumar, triunfante, considerándose aceptado—. Espero que le haya gustado como a mí.

Tales palabras le cortaron la respiración, algo se le rajaba en lo más hondo del vientre y le mordía el alma. No aguantó más y se desplomó. Jamás Sandoval hizo ni la mínima sugerencia de que le gustaba. Ni siquiera al regarse, siempre más rápido que El Albino, y sólo una vez. Se sentía mareada, a punto de vomitar, con el corazón hecho un puño de temblores. La mujer ignoraba que esta bestia de prójimo le robaba lo que la mantuvo derecha para sobrevivir: el poder refugiarse en la sequedad del ignorar que alguien podía tener placer con su cuerpo, sobre todo ella.

Meses más tarde, cuando no quedaban dudas de que la mordedura y la sequedad le inflaban la panza, Sandoval supo que los cuchicheos en el campo eran ciertos y que había sido traicionado. Él no tocaba a su mujer desde por lo menos un par de meses antes de esa celebración. “¿Fue El Albino, verdad?”, arrojó, obteniendo por respuesta un bajar de cabeza y un llanto seco, mudo. La sangre se marchitó al venírsele el mazazo del recuerdo. Nadie ignoraba que a aquél le gustaba coger por detrás untando grasa, de cerdo preferiblemente, y no sólo con mujeres. No le dirigió más la palabra. Mucho menos la mujer volvió a sentirlo en su entraña. Ni siquiera para el dolor. Durante los meses de desprecio silencioso en que lo deseó como perdón de algo que ella no pidió.

—Todas son unas putas —carraspeó, El Albino, triunfante, ufanándose de haber sido aceptado.

Después abrió la puerta, agarró del pelo a su esposa, una perra que cuidaba la entrada, y le escupió que ayudara a la mujer de Sandoval, empujándola para terminar de amarrarse el pantalón.

—Un trago, quién tiene un trago —fue lo último que ésta, adolo-

rida, oiría de aquella bestia humana en mucho tiempo.

Su esposa deja caer el jarro de guaro y la levanta.

## XVI

“A mí me gusta que llueva en la playa. O me gustaba. Ahora no me interesa nada. Ni siquiera estar aquí. O en otra parte. Estoy aquí y lo que me queda es averiguar qué pasó con el padre de mi madre. No que me importe mucho sino que es lo único que habré decidido, antes de que llegue la quebrazón. Uno no escoge morir, ni siquiera cómo. Uno elige tenerle miedo a la muerte. Uno decide cambiar dolor por sufrimiento. Del dolor no se salva nadie. Hasta aprender se consigue. Pero el sufrimiento sólo sirve para sufrir. Y para prepararle el terreno al pobre diablo que cada uno carga. Ése ante cuyo reventar no es mucho lo que se puede hacer salvo asistir al carnaval de la miseria y la estupidez propias. Y, por si no bastara, de las ajenas. Es lo que nunca nos fallará a los humanos: la estupidez. El verdadero, infalible y confiable motor de todas las cosas. Ni siquiera el miedo y sus gusanillos de vanidad y avaricia. Podría decir que por esto vale haber elegido saber acerca del padre de mi madre. Pero mentiría. Vale porque no vale nada. Elegido no me quedó de dónde echarme para atrás. No encontré cómo. Lo intenté. No demasiado, es cierto. Será que estoy cansado. Que así es la muerte: un agobio de tiempo, que es su propio desperdicio, te llena hasta que se rebalsa. Vale porque es hasta donde me llegó el me da la gana. No porque Sandoval signifique menos que un eructo de nombre que me pueda ligar a gente que no me interesa”. Así piensa el joven Sandoval.

Mientras, espera en la media luna que forma una calle hecha de ladrillos rojos frente al primer puesto de recepción del hotel. Poco menos que de inmediato olvida todo. Por una brevedad hasta del dolor de entrañas y del sudor se distrae. Acaba de descubrir dónde está sentado: una banca de fina madera rojiza, labrada con la figura de una batalla en mar abierto entre dos veleros idénticos. El trabajo en artesanía tiene tal nivel de detalle que siente cómo de un momento a otro alguno de los piratas va saltar de la banca para continuar con la pelea. O para llevárselo hasta alguna cubierta.

Cuando comienza a sentir un ligero mareo, dos roncospitazos lo sacan del trance. Frente a él, un muchacho pequeño, flaco y moreno, de pelo liso, con camisa y pantalón azules, sale desde un chillido verde que unta de humo los alrededores y le da una llave. Es el carro de alquiler que consiguieron. Un jeep Land Rover verde, de los viejos, de los más duros pero más fuertes.

—Mire don Sandoval —recuerda que el muchacho explicó— Éste es el carro que usted necesita. Es de los que le permiten a uno

llegar a cualquier lado... Aunque sea en partes de tan dura que es la carrocería... Bueno, es lo que hay.

Con su aprobación, que no es otra que un “Qué me queda”, el muchacho se lleva a la bestia a diesel para que lo laven. No dice, pero con arrimarse al aparato resulta incuestionable, que uno de los usos que le daban era traer los chanchos para los asados. En el hotel eran famosos. Preparados a la leña, y siempre adobados con una mezcla de naranja, clavos de olor, hojas de laurel, jengibre y sal marina. Al fin, y después de varias lavadas con cada jabón, espuma limpiadora, abrillantador y desodorizante conseguidos por la administración, el jeep quedó casi sin olor a cerdo. Sandoval se dejó tragar por el viejo aparato, incómodo por lo rústico de los asientos y la tapicería, lo duro de la compensación y del manubrio, y se puso en marcha rumbo al pueblo. Esta vez ni reparó en el paisaje que en adelante fue como si no existiera.

Fue fácil para Sandoval llegar a la vieja estación de combustible. Llenó el tanque y la garrafa de mayor tamaño que encontró. Existía una sola máquina con dos antiguas mangueras: una para la gasolina y otra para el diesel. La estación quedaba a media cuadra de la parada de autobuses: unas oxidadas y careadas láminas de zinc. Éstas luchaban por ganarle el equilibrio a una estructura de hierro que en sus tiempos fue roja, frente a los ventarrones que se dejaban venir de cualquier lado. A dos cuadras quedaba el polvareda que decían era la plaza de fútbol. Frente a la iglesia. Rodeándolos, estaban cuatro caramancheles. Un almacén de abarrotes con dispensario de medicinas, manejado por chinos. Un cuartillo donde atendía cada vez perdida, cuando no se necesitaba, uno que decía ser doctor. Un restaurante chino. Y un cuchitril con un descolorido rótulo de “Comidas Típicas”, también atendido por orientales. Una cuadra hacia el mar, con una panorámica inmejorable de los atardeceres, estaba la famosa *La Marisquería: mucho más que una marisquería*. Donde había orquestillas cada quince días, o se bailaba con los bramidos de una vieja rockola multicolor. Con el tanque lleno, y la garrafa de repuesto llena, Sandoval se sentía listo para hacer el viaje hasta donde La Negra. Para estar más que preparado decidió adentrarse en la ruta que recorrería en pocas horas. Desde el comienzo descubrió que era la más grande e informe colección de huecos y cráteres que hubiera visto. Sonrió para sí al recordar que el muchacho que consiguió el jeep advirtió: “El camino está medio malillo”.

No fue difícil averiguar quién era la persona más vieja del pue-

blo: La Negra. Elena misma, quien la conocía desde niña, y la llamaba “Madrina”, sabía dónde vivía. Si bien no lo pudo acompañar esa vez, pues tenía que trabajar en el hotel, hizo un mapa que lo guió hacia los primeros gruñidos de su pasado. El camino, irreal por lo intransitable, no lo despellejó de cansancio. Al comenzar la tarde, Sandoval encontró la choza de la vieja con el mejor humor que recordara en semanas. Tal vez motivado por los nudos de los árboles por entre cuyos troncos pasaba. Con ellos el territorio tejía “el camino”: una trocha apenas sostenida por el vuelo de los pájaros que inundaban los parajes, sumergida entre dos mares intensos. Uno de aguas azules, cuya espuma chorreaba luz de luna conforme las olas, mansas y chispeantes, rompían contra la blanca arena. El otro, hocico del cual colgaba la playa, hecho con los más intensos, brillantes y diversos verdes.

El ruido de jeep hizo que los trinos se ovillaran contra los anaranjados con que la tarde se teñía. Sandoval se apartó del vómito de ondulaciones que formaban el litoral, hasta vencer una loma donde estaban las tres grandes piedras negras que Elena le remarcó. Y desde donde se podía ver el rancho de La Negra: techo y paredes de palmas.

Al amparo de dos grandes palmeras, una mujer gorda y del más brillante azabache, se planta, expectante, frente a la tabla que sirve de puerta al rancho. Se la ve apuntalada por un viejo rifle. Espera, mientras carga el arma. Parece flotar entre el ancho vestido rojo. Sin mangas y de cuello abierto, se ve incendiado por el estampado de unas flores azules, verdes y amarillas. Suben por la cabeza hasta apaciguarse entre el pañuelo que cruza la entrecana y ensortijada cabellera. Todo hace resaltar su redonda cara, coronada por unas resplandecientes mejillas, unidas por una fila de dientes blancos, perfectos. Sobresale una lustrosa y poderosa nariz. Ambos conocen que la primera mirada es la que vale. Contrario a lo que creían, un corrientazo les recorre el cuerpo más rápido que la costumbre de la desconfianza. Y el cuerpo sí sabe. Sandoval se baja del carro y se estira. Traquea igual que una vieja flauta de huesos, piensa, olvidándolo al dar los primeros pasos en dirección de la mujer. Lleva una bolsa que envía Elena. Se miran, no dicen nada. Opuesto a lo de siempre, sonríen. La Negra habla primero:

—¡Ave María Purísima! —Se santigua—. Los mismos ojos...

Él cree que entiende. Igual decide continuar con el plan: primero entrega la bolsa que mandó Elena, aclarándole que viene recomendado por ella:

—¡Elenita! ¡Elenita! ¡Mi muchachita! ¿Cómo está? ¿Por qué no

vino? ¡Ay mi muchachita...!

La mujer lo vuelve a ver tan directo que el recién venido siente que le recorre el alma hasta el último rincón. Se frota las manos contra la falda, que aparenta tener vida. Él cuenta que dice Elena que ella conoció a Sandoval, el padre de su madre. Que él también es Sandoval. La Negra levanta la mano derecha y lo calla, mientras confirma “¡Sí, los mismos ojos... pero del otro!” En su lugar dice:

—¡Con que Sandovalito! —y suelta una carcajada.

De inmediato pone el viejo rifle contra la pared del rancho, antes de tomarlo de las mejillas, con fuerza y delicadeza. Éste no olvidaría cómo brillaron los ojos de corta vista, al aproximarse para abrazarlo del modo en que el mar recibe la luz del sol.

—Pase muchacho, para que nos tomemos una jarrito de café.

La Negra se acomodó en una gastada mecedora e hizo que él se sentara en una banca que ella misma hizo. Aquella primera vez la vieja no dijo mucho, ni él preguntó. Lo que sí hizo fue comprometerse a contarle lo que sabía. Para él no estaba mal así. Se sentía cómodo en presencia de la vieja, cosa que no le pasaba a menudo. No le gustaba la compañía de las personas. Se preocupó, era la segunda vez que se sentía, tenía que reconocerlo, a gusto, o casi. Ambas muy seguidas, con Elena y con La Negra. Conforme las visitas transcurrieron la vieja abrió el buche. Como quien afloja la cuerda hasta que el pez se canse. Más después de que viniera en compañía de “Elenita”. Ella, desde que le contara acerca del otro Sandoval, su abuelo, quiso conocer acerca de su existencia. Incluso más que él. Entiende y agradece que la muchacha intermediara. Sabe que sin esto la vieja no hubiera abierto el pico. Además de que siempre debía traer café. “Es el viciecillo que me queda”. Y nunca decirle nada de lo que ella contaría que tuviera que ver con la propia Elena. Su “Elenita”. Por lo menos hasta que el cuerpo se hubiera enfriado bajo sus tierras, donde quería que la dejaran tranquila.

—Ya ve, a juzgar por lo que me dice, a lo mejor vaya yéndose primero usted que yo. Verdad Sandovalito —terminó de decirle.

Detrás vino su gruesa carcajada, entre el tintineo de los jarros humeantes y olorosos. Y con ella el principio de la confianza más fuerte, que luego se les convertiría en cariño. A aquella vieja que moriría de vieja. A aquel recién llegado que moriría tan joven. Nadie lo planeó. Durante las visitas anotó en su libreta, pocas veces escribió en la computadora portátil y la mayoría del tiempo grabó. Si bien cada vez eran más conversaciones entre amigos. O “compañeros de fusilamiento”, gustaba decir la mujer, a quien hacia el final



comenzó a encontrar cada vez más pálida. Un día se lo dijo:

—Será por la lluvia —le contestó La Negra.

—¿Cómo por la lluvia?

—¡Por la lluvia de años, Sandovalito! —Y lo abrazó con las ráfagas de sol que su carcajada desparramaba.

Sería la risa, el café, los plátanos hervidos con pescado, el olor de la leña... la cosa fue que a él comenzó a dolerle menos el respirar. Pareció rejuvenecer. Cogerle gusto a vivir. Hasta se le pegó a sus encuentros con Elena. A su manera de mirarla y olerla, sin que lo reconociera hasta que fue demasiado tarde. Si La Negra decía que se veía mejorado, él se justificaba con que eso sucedía con el que no tiene marcha atrás y está en las últimas. “De patear el balde”, diría la vieja. En particular tratándose de la enfermedad que él tenía.

Al final creería que el mejoramiento momentáneo no se debía tanto al pasado que sacaron y amasaron, o al presente que crecía igual que tibia levadura, como creía la vieja, sino en especial a la risa. Por fin encontraba cómo, cuándo, dónde y con quién reírse. En particular de sí mismo. Si el dolor apretaba más de la cuenta y amenazaba con impedirle volver donde la vieja, Sandoval tomaba, además de la diaria pastilla del tratamiento, que seguía sin ninguna convicción, un par de aplanados calmantes de los más fuertes del mercado. También, en ocasiones cada vez más seguidas, tragaba una de las pastillas rojas que le consiguió una de sus antiguas amigas. De las que frecuentaba una vez por mes en una casa de masajes: “Te quitan el dolor y el asco... por vos... y hasta por los demás... y no te atontan”.

Aquella primera vez, el regreso del rancho de la Negra fue más lento pero siempre amable con su cuerpo. Pese a las mordeduras del huequerío. Aún así, Sandoval se cansó. Será por esto. O porque la mujer negra y sonriente empezó a rascarle algo de muy adentro. O por estar la noche no demasiado avanzada, tenía su puñal de sombras por la mitad. O por la plateada luz de una luna llena recién estrenada que se regaba por todo lado. O por estar cerca de la marisquería recomendada por Elena. O porque en secreto esperaba encontrársela. O por un poco de cada cosa. El asunto fue que, contrario a lo que siempre hacía: huir, se fue a aquel sitio a comer alguna cosa y tomarse algo frío. Con dos cervezas entre el pecho y otra a punto de llegar, bajó un pescado frito que ni recordó haber ordenado, y que a pesar de eso, o por ello, estaba de chuparse los dedos. “Hasta los de los pies”, ideó

antes de sonreír como idiota. No recordaba cuando fue la última vez que disfrutó una comida.

Cualquiera que lo viera habría creído que el buen ánimo cundía sin sospechar que ya despuntaba la infaltable costumbre de asumir que nada es bueno. Para contrarrestarse, Sandoval sacó una libreta y empezó a hacer algunos apuntes del encuentro con La Negra. La costumbre creció rápidamente hasta empezar a convertirse en el conocido mal humor que le crecía a toda hora. Esta vez con la excusa del extraño resplandor que adquiriría el papel, ante el reflejo de los largos tubos fluorescentes de luz negra del salón. Concentrado en apuntar y en dejarse llenar de disgusto, no pudo evitar dar un brinco al ver entrar a Elena. Radiante, fresca, con su sonrisa que hacía palidecer el borbollón de luz de la luna. Y hasta su propia majadería.

Ni el cargamento de amargura de Sandoval pudo evitar que la sorpresa se tornara curiosidad. Elena entró y todos se volvieron para saludarla. Brillaba entre el vestidito de algodón que hacía juego con la diadema que flanqueaba el largo y ondulado pelo negro, con mucho fijador. Al barrer el lugar con un vistazo chispeante encontró a Sandoval. Como descubrió que la vio sintió que no tenía otra que ir a saludarlo haciéndole una seña al salonero. Y aunque lo hacía porque era su edecán se dijo que una cerveza era la misma en cualquier lado, siempre que estuviera bien fría. No pensaba quedarse mucho, aunque tampoco había nadie mejor con quien estar. A Sandoval no le agradó la situación pero aceptó con sequedad. Era mejor que estar solo, pensó que se convencía. Además, fue gracias a ella que pudo encontrar el rancho de La Negra.

La muchacha cree que la distancia es lo de siempre, y comienza a desovillar mecánicamente la inconsciente estratagema de su hembritud, disfrazada de una muestra de interés por lo que otro le habla, sin mucho entusiasmo. Después de unas rondas de cerveza, dejaron de sumar botellas. El alcohol les hizo creer que lo que conversaban era interesante. Él contó su versión del porqué vino a ese lugar, sin comentar nada acerca de su enfermedad.

De nuevo da las gracias a la muchacha por haberlo mandado con La Negra. Elena se siente importante y no para de hablar de “Mi madrina” hasta que les brota una risa vaporosa. “Fue por culpa de La Negra”, llegaría a decir más adelante Sandoval, entre en broma y algo que pudo ser agradecimiento. Esa noche la embriaguez le dio por no querer más lástima ajena. Bastante tenía con la propia, que siempre aguardaba la mínima oportunidad para asaltarlo. Por otra parte, justo era reconocerlo, la chica aparentó una legítima curiosidad en lo que para ella era la aventura de haber venido

a averiguar la historia del otro Sandoval, el viejo, el padre de su madre. “El abuelo”, piensa ella.

—Debe ser emocionante —se inclinó hacia él, balbuceando— No ve que la mayoría ya sabe todo acerca de sus familias... Y no sólo no les importa sino que muchos tratan de olvidarlo. Como dicen, uno no escoge la familia. Pero para usted cada cosa es nueva, por más simple, pequeña y aburrida que fuera para otro. ¡Debe ser emocionante! ¿Verdad? Le voy a ayudar. Va a ver.

A los dos días Elena lo acompañó, de tan entusiasmada que quedó con lo que aquel hombre dijo que venía a hacer.

—Además —sonrió antes de continuar, en medio del chocar de vasos, el espumarajo de las botellas y el murmullo de los clientes de La Marisquería—, hace tanto que no la veo... Es que sólo se puede ir en un carro así —y señaló el verde jeep, que se resistía a ser tragado por luz de la luna que chorreaba sobre la carrocería.

Con las visitas, para Sandoval no fue tan importante desenterrar lo que su pasado guardaba como ir en búsqueda de La Negra. En especial en las pocas veces que pudo ir acompañado por Elena, cuando casi no hablaba del otro Sandoval sino que comían y reían. Ésta fue la primera de las dos cosas dignas y buenas que hizo en su existencia con verdadero desprendimiento. La otra igual tendría que ver con ellas, por separado, aunque para esto faltaba.

Pasada la medianoche salieron de *La Marisquería*. Ella tenía que trabajar temprano en la mañana, “gracias a él”. El SANDOVAL HOTEL AND RESORT hacía que, debido al PROGRAMA PERSONALIZADO DE EDECANES GUÍA, cada cliente tuviera el mismo acompañante los días de su hospedaje. Al principio, Sandoval vio aquello como una idiotéz, ahora embobado por la cerveza lo agradecía. Podía ver a Elena caminar delante de él hacia el verde del Land Rover, sostenida por la rayita de blanco. Atragantada entre las nalgas achocolatadas, acariciadas por el lechoso, traslúcido y entallado vestido corto, que apenas podía contenerle los pechos acanelados que, sin sostén, luchaban por salir volando. Por primera vez en años podía engañarse y decirse que volvía a lo que con gusto admitía en lugar de casa: el cuarto de hotel. El último lugar cómodo, callado y tranquilo en el que estaría antes de ir al hospital. Y en el que entraba acompañado por una mujer que reía y era hermosa. Como si el mundo no fuera a acabarse. Agradecía.

La brisa hizo que tuvieran la ilusión de que bajaba la intensidad de los humores de la cerveza. Sandoval sintió la situación incómodamente amable pero no le importó. El camino se tornó zigzagueante en medio de la montaña entre los resplandecientes ojos de los

animales, sorprendidos por la luz de los faroles del jeep, lo mismo que la calle de entrada al hotel, empedrada de adoquines rojos, rodeada de arbustos recortados a la misma altura y distancia unos de otros. Ni se enteraron del exceso de lámparas que pintaban de ámbar las paredes y fachada de la construcción. Dejó el carro debajo del gran árbol tupido del estacionamiento, a unos minutos del camino de la recepción. Elena, sin embargo, lo llevó por una vereda que rodeaba la entrada principal y que iba directo al sector de las habitaciones donde se hospedaba. La brisa marina se volvía fresca, por ráfagas. Mientras caminaban tambaleantes ella ni se dio cuenta de que lo abrazó por instinto. El se dejó envolver por inercia. Ella lo condujo hasta su habitación, en medio de risas sin control y eructos, por hasta entonces desconocidos pasadizos en tono blanco hueso, con el rodapié azul y una raya de amarillo que hacía de cornisa. Por ahí nadie los veía y oía.

Aunque ya no les pegaba el viento en los pasillos, ella no se soltó ni él tampoco hizo cómo separarse. Frente a la gruesa y pesada puerta de una madera con una natural tonalidad azabache, ella sin pensarlo, lo volvió a ver y de puntillas entregó un delicado beso que sin haberlo anunciado se hizo lento. Hasta que al final brotó la punta de la lengua. La de él se recogió. Si no hubieran tomado tanta cerveza no se habrían permitido ni abrazarse. Un calor, casi olvidado, subió por la espalda de él al intentar torpemente devolverle el beso. Sintió que no podía darse por menos. En su nudo de miedo y deseo este último vencía. Ella, que ya no le importaba ni se daba cuenta de nada le sacó la llave plástica de la bolsa de la camisa y abrió. El Sandoval que todos llevamos dentro, intentó un último pataleo que se ahogó en la creciente agrura que mañana lo iba a morder. Pensó en decirle que era un error, que él no tenía... Pero el suspiro del vestido blanco cayendo sobre el piso cerámico de un impecable tono negro lo dejó sin resistencia, destruido. La mujer, pequeña y perfecta, era convertida en algo real por la rayita láctea que le surcaba las nalgas. Sandoval ya no dijo nada.

A la mañana siguiente la mujer, al darse cuenta de lo que había pasado, se marchó en silencio dejándole una nota donde decía que lo vería a las once de la mañana con el desayuno. Ni siquiera recordó si habían usado condones. A Sandoval le pareció maravilloso que no mencionara lo que hicieron y no tener que asistir a la derrota del tiempo: la molesta mentira de querer ver hermoso a alguien ojeroso, demacrado y con mal aliento, a quien si acaso uno reconocería si la humanidad hiciera desfilar todos sus muertos.

## XVII

Esa mañana Sandoval pudo reclamar. No lo planeó, ni lo buscó. Había olvidado el asunto de que rebajaron tres semanas, queriendo él tres días. Pero pasó. Las dos veces anteriores en que tropezó con quien Elena señaló como dueño del hotel, un holandés, éste le contestó una mezcla de gruñidos entre neerlandés, inglés, español, y un levantar de hombros. Al volver a encontrarse de frente con aquel panzón, de escaso cabello rubio, cara rosada, en una vieja camiseta de color naranja, un raído pantalón corto azul, y sandalias de cuero negro con las que husmeaba por todas partes, sintió que le activaron un resorte. Al verlo ametralló su reclamo, mientras olfateaba sin querer el aliento rancio a cigarro fino.

“El Holandés” sin embargo, esta vez oye lo que el cliente majadero vuelve a reclamar. Manos hacia atrás, cabeza hundida, mirada clavada al piso. Los empleados, congelados. Imaginan lo peor. Cuando el huésped termina, el otro no responde. En su lugar se dirige hacia la recepción donde exige una carpeta que abre y lee apresurado. Al terminar hace una llamada donde grita palabras en inglés, español y holandés, mueve los brazos con fuerza y tira el auricular. Luego traza unos garabatos sobre el cartón amarillo de la carpeta antes de encaminarse hacia el reclamón. Desde unos ojos manchados en azul claro, dice en un pésimo, pero comprensible español, claveteado con unas “erres” guturales y alargadas:

—Vea, a los dos engañarnos. A mí mentirme —y barre el entorno con una mirada para remarcar la culpabilidad de sus empleados—. Usted reclamar. Yo molestarme. Los dos jodernos mastante.

Después se carcajea antes de agregar:

—¿Cuántos días pagar?

—Tres semanas —contesta Sandoval con sequedad.

—Bueno... Como usted molestar mucho, yo poner mi parte —y acto seguido grita al encargado de la recepción—: Anotándole a este cliente una semana más gratis, igual a las que él rebajar. Y que mis empleados pagarme mí —Y volviéndose gorgotea—. Si quiere la tomarla de ya. Si quiere volver más adelante. Si quiere no tomarla nunca. Ser cosa suya. Estar en paz —Inicia su marcha, se detiene y agrega—. Pídale —señala a Elena antes de desaparecer por un recodo— que para llevarlo a ver mi “Onassis”. ¡Le va a gustarle!

A una señal del encargado de turno, Elena lo conduce hasta un cuarto contiguo. Lleno de armaduras antiguas, españolas sin duda, tiene las paredes tachonadas de espadas, arcabuces, pistolas, mos-

quetos, réplicas de cascos. Mesas llenas de antiguos instrumentos de navegación: sextantes, una pareja de timones de madera, tres o cuatro compases oxidados, y dos réplicas perfectas de astrolabios. Y en el centro el “Onassis” del holandés. Que Sandoval había visto al registrarse sin ponerle cuidado. Sobre un tablero de vidrio de medio metro de alto, con dos de largo y un tanto y medio de ancho, emerge la figura imponente de una perfecta réplica a escala de un galeón de finales del siglo XVIII.

Elena, se nota que lo ha practicado mucho, explica que en el mundo, según el dueño, sólo hay dos modelos. Uno lo tiene una Colección de arte de los Onassis, en Washington. El otro es el del hotel. El holandés lo compró en Europa y se lo trajo en barco y no en avión, “para no faltarle el respeto”. Es su gran orgullo. El casco, la arboladura compuesta por ocho mástiles, las anclas, son de madera original. “De más de doscientos o cuatrocientos años”. La misma antigüedad del velamen original de más de seis velas largas dobles. Y de las cientos de diminutas y perfectas cuerdas que unen y sostienen tal despliegue de paciencia. La cubierta, las puertas de los camarotes, hasta la despintada pátina de rojos, amarillos y celestes, que en alguna perdida temporada tiñeron la embarcación, tienen la contundencia de la más magistral de las artesanías. Igual sucede con los antiguos instrumentos de navegación: como uñas, o más pequeños, se despliegan en una perfección estremecedora.

El modelo, con dos metros de largo por más de metro y medio de alto, hace evidente por qué el orgullo del holandés tiene forma de nave. Si Sandoval hubiera visto aquel trasto en otro momento, hubiera mostrado su orgullo como si fuera desdén. No iba a darse por menos, costara lo que costara. El orgullo daría su lugar al tipo de envidia sorda que envenena transparente. La que por lo regular le da. Habría terminado más que admirando la copia, codiciándola. Y eso que en su caso la avaricia surge como desprecio. Ahora, sin embargo, más allá de lo impresionante del trabajo manual, tanto deseo de tener la copia de una ilusión tan gastada le da risa. De la sorda. De la que sale de medio lado.

## **XVIII**

Por esa época el calor era espeso con sólo el sol se asomara. Las noches en cambio eran muy frescas. Con el cielo estrellado. Como si alguien hubiera aporreado un panal de chispas. Aunque en ocasiones llovía a cualquier hora. Sandoval construyó su casa detrás de

dos gigantescos y frondosos árboles, al tiempo que sembró diversas especies, en particular frutales. Vivía bajo una catarata de sombra. Con los años, comenzaron a echar buenos frutos, atrayendo cada vez más pájaros, de las pocas cosas que lo hacían feliz. Tendría de mediana edad para arriba cuando decidió venirse a vivir a estas tierras. Sin más vecinos que las montañas y los monos congos igual que matracas.

¿Por qué ahí? Nunca lo contó. El asunto fue que llegó. Poco a poco, su sueño de irse más hacia el norte, a construir su gran hotelote, se apaciguó sin mucha alharaca. Simplemente se escurrió. Si bien a veces esas ideas volvían a zumbarle, se iban como las brisas del mar. Fue cosa de acostumbrarse, como al calor y a los mosquitos. Se acomodó rápido al lugar. Como si hubiera nacido ahí. Sabía si llovería en la noche con sólo ver el atardecer, si vendría una sequía con sólo avistar los pájaros. Se preparaba para tormenta nada más con distinguir los hilos de nubes hacia el amanecer. Aprendió a subsistir de lo que sembraba y pescaba, y a curarse con las recetas de un viejo libro de remedios con yerbas, que para su suerte logró memorizar antes de que se deshiciera por el uso. Lo demás era ver el mar o quedarse en la hamaca entre la respiración del monte. “Un hombre no necesita mucho para vivir”, se decía de la garganta para adentro. Llegó a pensar que viviría el resto de su existencia alejado de los humanos, contradiciendo su plan de hacerse un hotelote.

No le gustaba la gente. Había llenado sus rincones con malas experiencias hasta que todo se rebalsó con el último barco. Previo a que trabajara una temporada en el Canal, donde por lo menos no lo pasó tan mal, sin que llegara a aprender a vivir como los demás. Cierto que lo dejaron en paz, pero no llegó a sentirse cómodo. Algo siempre sobraba: una rabia, una impaciencia, una quebradura que impedía ser parte de los otros. Lo mismo que con lo del barco griego, según él mismo llegaría a contar una y otra vez. Se quedó varado en un puerto perdido. La noche anterior tomó tanto que cuando recordó que zarpaba en la madrugada, el medio día punzaba su cara. No tuvo otra que agarrar lo primero que surgiera. No era tan joven para exigir ser marino, no podía pedir ningún gusto. Entró de ayudante de cocinero pese a que, y agregaba con un dejo de amargura:

—Tenía más experiencia que ninguno de los marinerillos que venían de todas partes. Hasta un par de chinillos. Todos demasiado jóvenes para llamarse tripulación.

Al principio lo veían con el desprecio con que ven a alguien nuevo, sumado a que lo consideraban “un viejo”. Sin embargo, una tarde, mientras eran macheteados por una tormenta muy fuerte, la

situación cambió. En lo alto del mástil mayor la antena de comunicaciones se rajó, dejándolos sin poder conectarse con el mundo, sin poder establecer dónde estaban y menos hacia dónde corrían los huracanados vientos. Nadie se atrevía a subir. Ni siquiera supieron si era por miedo pues la aporreada de la borrasca no dejaba, contaba Sandoval que los demás decían. Los oficiales tampoco acataban qué hacer: tres griegos ásperos y gordos, que hablaban peor inglés que el propio Sandoval, quien trepó más ágil de lo que cualquiera habría imaginado y arregló la antena. Los marinos aullaron de alegría, asombro, respeto. En adelante fue natural que Sandoval se convirtiera en la unión entre la tripulación y los oficiales. Lo ascendieron a marino oficial de cubierta. O sea comería y dormiría en los camarotes de mando, los de arriba. La travesía debía durar un máximo de un mes, pero a las dos semanas era claro que la comida no alcanzaría. Sandoval se los hizo saber a los oficiales quienes indicaron que en el próximo puerto comprarían alimentos.

Sin embargo, pues a pesar de que los griegos mercantes tenían fama de tacaños, se decía que compraban la mitad de la comida por si podían forzar ayunos de no surgir un puerto cercano, lo que hicieron esta vez sobrepasó lo aceptable. Luego de no parar en dos puertos, se vieron obligados a comprar comida en el siguiente. Un par de horas después de atracar, los oficiales griegos trajeron varios sacos que mandaron a acomodar en las despensas de la cocina, excepto un par que dejaron en sus camarotes. Zarparon una vez que la tripulación comiera en el puerto y, al otro día, no hubo problema con el desayuno, ni con el almuerzo, no así con la cena. Los griegos compraron además de unas pocas verduras, mucho macarrón y arroz. Nadie descubrió que venían con unos pocos bichillos. En aquel momento pensaron que si bien no morirían de hambre sí sería molesto tener que terminar el viaje con macarrones o arroz tres veces al día. Los oficiales dijeron que si querían carne tenían que pescarla.

El problema era que a los dos días existían más bichos que comida. Sandoval no aguantó más. Máxime al averiguar que los griegos y él sí tenían varios tipos de alimentos enlatados y muchos frescos en buen estado, escondidos en el par de sacos que mandaron a guardar. Con rapidez organizó una huelga que obligó a que se desviarán al puerto más cercano a comprar comida de verdad. Terminaron el viaje pero al regresar los griegos acusaron a la tripulación entera de haberse alzado en motín, por lo que los despedirían sin derecho a recibir paga. Como si hubiera sido un sólo marino, la tripulación entera, incluidos los chinos, acusó a Sandoval de haber sido él quien los obligó. Prometieron no volver a hacerlo y trabajar más por



la compañía. Unos lloraron, menos suplicaron, un par se hincó, hasta hubo quien dijo entre lágrimas, en un inglés carbonizado:

—Les habremos fallado... pero nunca quedado mal...

Tanto fue el asco que esto produjo en el capitán y los demás griegos que, aunque no dejaron de despedir a Sandoval, decidieron darle la paga completa. Sin querer les había dado muchos esclavos voluntarios. Jamás se supo qué otras cosas vivió antes y después de esta experiencia para estar tan amargado, mejor dicho, tan apagado. Varios decían que en la capital unos asaltantes mataron a su mujer y a sus hijos. Unos comentaban que su mujer se fugó con alguien. Hubo quienes aseguraron que un incendio mató a toda su familia, incluida su mamá. Quién sabe qué pasaría para que viniera a comprar unas tierras en aquellas lejanías, cerca necesariamente del mar. Por un lado decía que había llegado para poder morir en paz y trabajar, ojalá sin tener que ver a nadie más en toda su vida. Por el otro, al echarse sus tragotes y ponerse envalentonado, se ponía a rajarse diciendo que vivía ahí, haciéndoles un favor a los demás, mientras mandaba a hacer un hotel allá arriba, en la frontera del río. Porque más pronto que deseado, las tierras se llenaron de familias. Al principio tan distantes que no tenía que ver a nadie en semanas. La mayoría, por dicha para Sandoval, hizo su chocerío más hacia el monte, que dirigidos a la playa. Quienes prefirieron esta última se instalaron en la parte opuesta a la punta donde él vivía.

Con los años resultó imposible aislarse de los demás. Se supo que aquel hombre había sido marino, que no le gustaba la gente, que era recto, de pocas pulgas y trabajador. Que podía leer y escribir. Y, sobre todo, que hacía buen guaro. Por lo demás, a las mujeres les resultaba atrayente un marino de costumbres extrañas: algunos hasta se dejaban decir que fue pirata, que sabía inglés; el español lo hablaba raro. Además tenía buenas tierras, una casa grande que él hizo desde las bases, y no quedaban muchos varones libres por los contornos. Las jovencitas, más rápido que ligero, hallaron el camino que conducía del monte hasta su ancho camastro. Aún evitando desde el principio, pues no quería enredarse ni tener compromisos, y era hombre de palabra, una noche de buen guaro el pujar de la carne lo venció. Nada pudo hacer al calentársele las ganas de mujer. Sandoval a todas probaba y con ninguna se quedaba, sin dejarlas embarazadas y sí con muchas ganas de volver. Los hombres le guardaban resentimiento sin que eso les impidiera comprarle guaro, después de que una vez el alambique donde ellos hacían su alcohol amaneció hecho cenizas. Nadie cómo. Así se le fueron arrimando y comenzaron a beber con él, al principio poco a poco, hasta que una tarde se

sintieron con derecho a pedirle ayuda cuando los dos candidatos a jefe político que despuntaron por la provincia vinieron a ofrecerles escrituras de las tierras a cambio del voto. Al conocerse que era el único que las tenía, buscaron su consejo. Éste les dijo que tenían que reunir los nombres de cada familia en un solo escrito que entregarían a los candidatos: el primero que llegara con los títulos de propiedad conseguiría los votos. A una semana de las elecciones las familias hicieron una fiesta: por primera vez eran dueños legales de sus propias tierras. Un Sandoval bastante pasado por guaro fue el invitado de honor. Cada madre soñaba con que sus hijas, si no ellas mismas, pudieran calentar el rincón de aquel hombre.

## **XIX**

De lo poco que Sandoval conservó de los días en que trabajaba en la zona del Canal estaba un recorte de periódico amarillento, encuadrado en un marquito de madera que alguna vez fue negro. La noticia señalaba la propuesta del Senado de Estados Unidos de cambiarle de nombre al Canal de Panamá por Canal Roosevelt. El recorte, en inglés, era el que su jefe guardaba, siempre torcido, en el cuartucho que disponía para oficina. Sandoval, que trabajaba en el mantenimiento de las esclusas, uno de los pocos empleos que tuvo en tierra firme pues lo suyo era el mar, se lo pidió con el marco como parte de su pago. Quedó encaprichado con las más impresionantes palabras provenientes de un tal Teodoro Roosevelt, o Rusvelt. Dizque presidente de los gringos. Nunca se separó del cuadro, que se pobló de hongos y moho que la humedad y el calor hacían estallar. De alguna impenetrable manera, creyó que su trabajo en la zona del Canal estaba marcado para que encontrara aquellas frases. Que en realidad eran para él. No porque entendiera mucho, sino por cómo sonaban. Por esto aceptó quedarse en tierra. Su última experiencia en barco lo marcó con mayor amargor y desilusión, pero con esas palabras todo cambió. Venir a parar a la zona del Canal se convirtió en la primera parte de un extraordinario destino. Él también tenía una “intrépida alma”.

Fue entonces que comenzó a sonreír de forma desgajada y a mirar hacia ninguna parte. A sus compañeros les hacía pensar que hablaba con otros, aunque cada vez trabajaba más en soledad, largas jornadas y hasta los domingos. Por esto ahorró su buena plata. Hasta los tragos los tomaba solo, en la barraca de trabajadores o al borde de alguna esclusa. Como si quedándose así la noche pasara

más rápido. Arrimado al borde, gesticulaba con exageración y se tambaleaba hasta reír. Parecía que hablaba con alguien invisible y que éste le contestara. Las letras del marco, que para nadie más tenían importancia, se convirtieron en lo que Sandoval le encantaba remarcar: “La dirección del viento de su destino”. Tenía que esperar una señal. Y ésta llegó con un tipo alto, moreno, de pelo azabache, flaco hasta el susto, medio bizco. La mayoría de las veces lo llamaban “El Paisa”, aunque él prefería autonombrarse “El Ingeniero”. Venido del norte, era rajón, marrullero y tan bueno para el trabajo y el guaro como el propio Sandoval. Sin saber cómo se volvieron inseparables. Tal vez habría sido su único amigo, si por lo menos hubiera compartido una mínima hilacha de lo verdadero que se guarda en el pecho. En su caso un revoltijo, convertido en aguijón, que lo llevaría a tener sus dos sueños. El primero, ante el cual siempre encontraría una excusa para nunca comenzar a realizarlo: construir un hotel. El segundo, que lo llevaría a la muerte: hacer una calle. Para lograr el primero, se fue de la zona del Canal el día que *El Paisa* se marchó en un barco.

Éste dijo que era hora de regresar a su tierra. Sin perder la costumbre nadie le creyó, excepto su inseparable, quien también decidió que debía regresar a su país. Era necesario preparar cada detalle para que los planes con *El Paisa* comenzaran a resultar: éste haría un hotel en la otra orilla del río de la frontera. “Con el tiempo, varios”. El propio Sandoval levantaría uno al lado de acá, “para comenzar”, mientras el asunto empezaba a cuajar. “Un par de años, o menos, o un poquito más”. *El Paisa* avisaría. Sandoval se compró un terreno frente al mar y siempre hacia el norte, que por medio de un marino conocido supo que lo ofrecían muy barato y con las escrituras en regla. Por las descripciones, Sandoval de pronto descubrió que siempre había deseado poseer una cosa así. Por ello ver el terreno y cerrar el trato tardó menos que echarse un trago.

La tierra lo enganchó con verla. Tenía la ventaja de quedar no demasiado lejos del norte y, lo mejor, estaba en una ensenada de arenas blancas y sin rocas, bañada por las más tornasoladas aguas que viera nunca. El nuevo dueño pensó que en esas tierras algún día levantarían hoteles con su nombre para que los ricos vinieran a descubrir los paraísos que por ahora serían sólo suyos. Con el lanchón que se pensaba comprar, y que vio en el puerto de camino a su nueva tierra, no sería difícil acarrear los materiales que necesitaría para establecerse. Mientras, *El Paisa* informaba que ya habían comenzado a hacer el canal en la frontera norte, él se dedicaría a pescar y a comerciar y a hacer el mejor guarito de la zona.

“Tal vez construir fue la única cosa que valió la pena aprender en el trabajo en el Canal”, piensa. Practicaría con el levantamiento de su casa. La haría con sus manos y las herramientas que negoció con el jefe de mantenimiento de las esclusas como parte del pago. Todo estaba calculado. Si se presentaba una urgencia, podía vender a buen precio las tierras y hasta la casa que, por si fuera poco, estaban frente al mar. Y con la plata le daría rienda a la construcción de su hotel. Aunque levantar su casa costó más de lo imaginado, le cogió el gusto y no se sintió incómodo de vivir en tierra. Ni siquiera con el paso de los meses, al llegar algunas familias a poblar los alrededores, en especial la parte opuesta a su propiedad que daba hacia unas lomas. Sandoval se dedicó a traer la madera del aserradero del puerto por medio del viejo lanchón al que con los viajes se le fueron cayendo las partes. También comerció con los recién llegados. Al principio limitándose a traerles a “los vecinos” la miseria que podían encargarle, y que siempre conseguía a un mejor precio. Pronto vendía lo que sembraban. Hasta terminó llevando y trayendo a “los vecinos”. Por alguna moneda que rara vez tenían, las más de las veces por alguna gallina, un poco de arroz, frijoles, hasta verduras. Aquella gente no tenía ni en qué caer muerta. A él no le importaba. De por sí lo del lanchón era más para poder pescar sin problemas lo que durara el levantamiento de su casa. Mientras terminaba de alistar las cosas para hacer su hotel. “Sin prisa y sin pausa”, rumiaba con aire de suficiencia. Por fin, una tarde de un cielo dolorosamente azul, y con la brisa que refrescaba hasta debajo de las piedras, Sandoval calzó la última regla de su casa. Y comenzó a beber guaro. Se agasajó con un festejo solitario, que igual no habría disfrutado de estar acompañado, hasta que cayó inconsciente sobre la escalera.

La luna brilla con rencor. Recorre los dos dormitorios sin puertas, espaciosos, con ventanas sin vidrio que dan al mar. La luz fría es la sábana que cubre los camastros, a más de medio metro de altura. Para protegerse de los bichos del monte. Hasta los mosquitos huyen de las esteras, donde se agazapan entre los rollos de bagazo que cubren cada cama, entretejidos por el propio Sandoval. En la cocina la claridad tizna de reflejos el gran fogón y las ollas de hierro. Las mismas que usaba en los barcos cuando era ayudante y que ahora ni veía. Atrás de la cocina, una división a media altura da paso a un cuarto mediano. Allí se destaca el brasero para el alambique con el que prepara su famoso guarito. Los largos dedos azules de la luna ensayan lentos arabescos de chispas, que también

laman el destilador. Parece un bicho muerto, ajustado dentro de una pila grande sobre la que confluye un sistema de mangueras y cañas de bambú que trae el agua desde el río que corre más arriba, y que emplea también para cocinar y bañarse.

La luna terminó de salivar sus punzadas de claroscuro. Estrenó el resto de la casa sin perderse ningún detalle. El cuarto de la entrada donde acomoda dos de los muebles que hizo con pedacitos de madera multicolor. Los mismos con los que hizo los cuatro bancos y una silla mecedora de ancho respaldo, que siempre daba hacia el mar. A los costados muebles de tres divisiones, la de abajo con puerta, donde guarda lo poco que llegó a importarle, y que sólo enseñaba al estar borracho: cuatro libros carcomidos por el comején, un uniforme de marinero con su respectivo par de gorras blancas que no llegó a usar y que sólo aprovecharon las polillas y las cucarachas, un barco velero metido en un botellón que prefirió romper al saber que El Albino lo quería.

Toda la casa es tomada por la luz. Paredes, columnas, vigas y demás, hechas con madera de hermosos jaspes. La letrina de hueco, situada no demasiado lejos, al amparo de la sombra de un frondoso árbol. Hasta los pilotes sobre los que esta montada la construcción. No muy gruesos y en extremo resistentes. Los mismos que usó para afianzar las escaleras, del frente y de atrás. Todo fue lamido por los fulgores plateados. Igual pasó con el techo. Alto, con una cobertura de tupidas hojas de palma secas. Donde, en la parte de arriba, dejó rendijas para que se escurriera el aire caliente y la construcción estuviera siempre fresca. Encumbraba su orgullo al afirmar que casi no usó clavos ni tornillos. La mayoría de las piezas de madera estaban incrustadas, calzando a la perfección. Para completar aquella tarea de años, la única que hizo por placer, empotró una serie de multicolores astillas en forma de barco velero, en el centro de la gran tabla que usaba para hacer cualquier cosa. No había vez en que, luego de tragar media garrafa de su licor de contrabando del que hacía con ralladura de naranjo agrio, no se jactara y destaqueara sus aventuras entre quienes poco a poco comenzaron a llegar para comprarle guaro, sobre todo luego de que el segundo intento de los vecinos por volver a montar el alambique de ellos fracasó por un incendio que mató al encargado de vigilar por las noches.

Fue el principio de la única temporada en que Sandoval convivió con algo más que su amargura callada, salobre, que lo raspaba mientras crecía. Cuando, con la excusa de conocer la casa que un muy tomado Sandoval remarcaba que “hizo con sus manos, desde las basas hasta el techo, y sin que existiera otra siquiera que se le

arrimara”, muchas mujeres se abrieron de piernas. Sandoval, empujado por el guaro que le toreaba la jactancia, mientras hacía negocio compartió sus habladas con los vecinos, incluido El Albino, que entonces tenía un callamiento de recién llegado que se confunde con timidez. El antiguo marino cuenta las aventuras de su trabajo en el Canal, su recuerdo favorito junto con lo del barco griego. Amparado al frescor de la tarde, sus evocaciones se mezclan con el aroma de los árboles de naranjo agrio que él trajo. De ellos sacaba los tallos tiernos que daban el sabor tan dulcito y apetecido a su famoso guaro. Decían que no sólo alegraba sino que curaba la calentura, las mordidas de culebras, la flacura y alborotaba las ganas de quedar entrepiernado.

Contar su sueño de tener un hotel fue otra salida de engrimiento de Sandoval provocada por la chispa de la bebida. A fuerza repetirlo también pasó a entremezclarse con todos. Cada uno añadía elementos. Despierto o ensoñando. En solitario o en compañía. En la sobriedad del implacable yugo del trabajo o el de la borrachera, las más de las veces. Al tal punto llegó aquello que en más de una ocasión casi corre la sangre, debido a los pleitos por decidir de quién fue una u otra idea para el gran sueño de Sandoval. Que por lo menos no cambió de nombre. Al menos no estando él presente.

Sandoval embucha un trago de aguardiente. Ronronea como un gato montés tras quitarse el sudor de la frente con el dorso de las manos, desamarra la mirada perdida de cuando se quedaba viendo hacia el mar. La que hace igual que si estuviera a punto de encontrar cómo perderse en alguna nadita de la lejanía. Como si el océano entero cupiera en el palpitante y refulgente azul de los ojos. Al boquear espuma y temblar de pies a cabeza, agita el marco de madera con su recorte de periódico, que de tanto sacudirlo resquebrajó el vidrio. De una esquina extrae y desdobra un papel. Es la traducción, más café que amarillenta, escrita con pluma en letras grandes. Parece que el sueño mordiera su tripa, preparándose a salir con su escozor. Él construiría su hotel en la rajadura violenta del agua que marcaba la frontera norte. El Gran Hotel Roosevelt, o “Rusvelt Jotel”, como se ufanaba en decir. Sería el más importante del gran río del norte, en el que de seguro pronto los gringos construirían otro canal. Porque él sí sabía. Su hotel sería el más valioso, por el que siempre lo recordarían. Exacto a los que hacen los americanos. O mejor, igual a su casa. O el del Canal, el Tivoli o Tívoli, no recuerda. El suyo sería superior. Por lo menos igual. De madera, con tres o cuatro torres la-

terales y una, no, dos torres centrales, uniéndolas. Tendría más de tres pisos de alto y grandes ventanales. En cada cuarto, “¡ Habitación!”, corregía de inmediato paladeando las letras, iba a haber agua caliente. Esto siempre causaba carcajadas entre los vecinos. Jamás desaprovechaban ninguna oportunidad para escupir que para qué iban a querer aquella putada si cualquiera entiende que en la frontera norte siempre hace demasiado calor.

Sandoval no les hace caso. Eructa y vuelve con su hotel, no sin antes decirles que son unos brutos. Que lo del agua caliente es para los visitantes. Principalmente para las esposas de los gringos que pasarían por ahí, que de tan blancas “son más delicaditas”. Su hotel será para finos. No para muertos de hambre como ellos. Siempre en este punto las sonrisas se quedan congeladas y los vecinos empiezan a sentir que punzadas calientes les tratan de subir desde la agrura de la panza. Piensan que por más Sandoval que fuera y más inglés que supiera, se estaba dando de más. Éste, adivinado lo que rumian, destapa una risotada y saca otra garrafa de guaro que pasa de inmediato con un “¡Salud, güevones!”. Entre risas ralitas y forzadas, y mientras la garrafa hace una ronda completa, Sandoval vuelve a detallar la parte más importante. En el centro de las torres pondría una gran plaza en forma de corona. Y en el medio de ésta una gran fuente, también con forma de corona, con dos ángeles de los que saldrían chorritos de agua por las bocas. Uno miraría hacia el norte y el otro hacia el sur. Explica que vio aquello en un libro del jefe, allá en la zona del Canal. Aunque lo que existían eran sólo unos dibujos, estaba seguro de haberlo estudiado tan bien que su fuente sería similar a las de los gringos, que sí saben cómo hacer las cosas. Tambaleante, enseña los pedacitos de madera pulidos con algunas muescas. Las primeras letras de los nombres de sus angelotes, que serían igualitos o mejor que los del libro.

En medio del cuchicheo, el hipo del aguardiente no permite distinguir los nombres de Miguel y Rafael. Que algunas veces son *Mai...col* y *Rai...fel*. “Los míos”, desafía siempre hasta que los demás se callan, “más que ángeles serán arcángeles”. Esto provoca siempre una carcajada animal que sólo por un momento le arrebató al alcohol el haber triunfado en las venas de los presentes. “¡Ah, mi Jotel Rusvelt!” exclamaría en muchas oportunidades el antiguo marino, al darse cuenta que no había manera de ordeñar más su garrafa de guaro. No existía nadie más admirable que aquel gringo, a pesar de que lo que lo único que conocía de él era lo dicho en el recortillo perforado por los bichos, cuya versión al español leía con recargada solemnidad. Decía que era su propia traducción del inglés, sin men-

cionar que el papel casi deshecho lo escribió el jefe en la zona del Canal. Sandoval contaba que un ayudante suyo venido del norte, *El Paisa*, decía que como la situación en su país había cambiado, él volvería para adelantarse a todos y para hacer un gran negocio. En una mezcla de un inglés chapuceado con un español de puerto, juraba y rejuraba que los ingleses engañaban cuando aseguraban que no podía construirse un canal en el Río San Juan. Afirmaba que los inglesillos decían que “los *sedimentos* habían *escerrado* la salida al Atlántico”, para que nadie se les adelantara en comprar los territorios fronterizos del lado de ellos.

*El Paisa*, y Sandoval trataba de imitar el acento del norteño, señalaba que esto no les sirvió, pues muchos patronzotes y terratenientes compraban las tierras por donde pasaba el río, para cuando se viniera la jugada del canal. “¡Ej! ¡Ej!”, exclamaba. Al escuchar su forzada imitación, los demás dejan escapar una mueca que el otro confundía con risa. Ignoraba que lo hacían más por participar de la burla hacia *El Paisa* que por la gracia que les producía. Un par de veces, El Albino interrumpió con un “¡*Soj arrechó, jodido!*”, como un verdadero norteño, y todos menos Sandoval estallaron en verdaderas carcajadas, que vinieron a cortarse con un “¡Cállense hijueputas!” de éste, antes de leer con voz grave, lenta y guarosa, y los ojos inyectados de sangre:

*En la sesión del Senado de los Estados Unidos del 19 de febrero de 1919, el Reverendo Forrest J. Prettyman, D.d., pronunció la diaria oración religiosa que normalmente iniciaba todas las reuniones de ese cuerpo legislativo. Luego en la sección de Peticiones y Memoriales, el Senador Sterling presentó una resolución que emanaba del congreso del estado de South Dakota por medio de la cual se solicitaba al senado de los Estados Unidos, cambiar el nombre del Canal de Panamá por Canal de Roosevelt.*

*La citada resolución decía así:*

*“Ya que nuestra nación ha experimentado una gran sensación de dolor y pena, cuando el Hacedor Supremo llamó a su seno a la intrépida alma de Theodore Roosevelt, el más viril, más brillante, más querido y más típico americano de su tiempo, cuyas actuaciones como atleta, cazador, soldado, autor, explorador, Presidente y portador de un límpido americanismo, lo han convertido en una figura inspiradora para las juventudes de generaciones y ya que uno de sus grandes triunfos está representado por el Canal entre los océanos Atlántico y Pacífico que su genio creador, apartándose de debaterías y después de 50 años de espera, hizo posible.*



*Resuelve:*

*El Senado del Estado de South Dakota (con la aprobación de la Cámara de Representantes) solicita oficialmente al Congreso de los Estados Unidos que denomine a esa vía acuática, hecha por el pueblo americano, con el nombre del Canal de Roosevelt, de manera que se destaque este hecho como un eterno monumento a su grandeza y un eterno recuerdo para todos, de que ese canal, lo mismo que el gran presidente que lo inició, es inequívocamente americano, y resuelve además que una copia de esta resolución oficialmente firmada por los dignatarios y oficiales de ambas cámaras se envíe al presidente del Senado y de la Cámara de Representantes así como también a cada uno de los senadores y representantes del Congreso de los Estados Unidos.*

*Por el Senado:*

*W.H. Mc Master  
-Presidente*

*A. B. Blake  
-Secretario.*

*Por la Cámara de Representantes:*

*Lewis Benson*

*Wright Tanell.*

*Pierce, South Dakota,  
Febrero 10 de 1919*

## **XX**

El problema comenzó al llegar El Albino. Nadie supo de dónde venía, ni por qué tenía título de propiedad si no estaba en el escrito que los vecinos presentaron. El problema fue que no respetó el lugar de Sandoval. Ni había llegado y ya era la voz del jefe político que reventó en la región como un abejón de mayo. No se supo por qué éste lo nombró “su delegado”, como saboreaba que lo llamaran. Si bien a ninguno le gustó nadie echó ni una carraspera en su contra. Alguna vez hasta se reunieron para ver qué hacían con el recién llegado que más parecía un chilillazo de cuajo. Al ver que no llegaban a ninguna parte, Sandoval esperó que le preguntaran. Pero contrario a esto, uno de los que primero vino a buscar su ayuda para conseguir las escrituras de las tierras, y que luego era de quienes más guano tragaban, opinó, contrario a lo que siempre hacía:

—Yo no sé ustedes, pero lo que soy yo a ese no quiero decirle que sí, pero tampoco que no. Así que por mí que se quede mientras no se meta conmigo. Porque entonces sí va a saber quién soy.

Sandoval esperó que los demás contestaran, buscaran su opi-

nión para al instante respaldarlo. En su lugar asintieron y se fueron sin verlo. Unos hasta le dieron ligeras palmadas. A partir de ahí supo que El Albino sería su enemigo. Y los demás la misma tripulación de cobardes y traicioneros de siempre. Nunca volvieron a hacerle ninguna consulta. Los tratos con aquél comenzaron a crecer “igual que mala levadura”. Nadie, sin embargo, imaginó lo que de allí resultaría. Al otro día de la última reunión de la comunidad a la que asistió, Sandoval decidió reforzar su propio alambique, haciendo más guaro de la cuenta para ni por accidente tener que pedirselo a nadie. Por esto, cuando en la costra que quedaba de la tarde una flaca y descuidada hija de uno de los primeros que llegaron vino a buscarlo, lo encontró más tomado que de costumbre. La poseyó durante toda la noche, cosa que nunca acostumbraba. Y que no fue dificultoso pues aquélla ya había sido requete probada. Además descargó sobre ella su amargura y furia, pasadas y presentes, en una pura cháchara hasta el amanecer, cosa que menos hacía. Como él era un aclimatado a callar, y el guaro esa vez se le fue a la entepierna y a la lengua, siempre dudó si dijo o no que aquella vez olvidó los cuidados que tomaba para no embarazar a nadie. Le pidió, afirmaría alguna vez la escurrida, que fuera ella la que cuidara de no salir preñada. Meses más tarde, la flaca, con su abultamiento de panza y su casi ni hablar, se instalaba con él para darle quien, ella afirmaba, era su primogénito. Aunque siempre le quedó la espinita, y hasta el día de su muerte la mantuvo, de no estar seguro de si la criatura, “que salió tiznado, tiznado”, era en realidad sangre de su sangre o un castigo de Dios.

## XXI

Elena llegó comprimida en su uniforme de pantaloncito azul y camiseta crema sin sostén. Con su negrísimo pelo largo, ondulado, refulgente, y su plaquita en letras amarillas de EDECÁN PERSONAL. Sandoval apenas concebía como realidad que hubieran hecho el amor horas atrás. Ella trajo el desayuno: café, tostadas, queso, mermelada, manzanas que nadie tocó y un par de cervezas bien heladas a las que siguieron varias más, y una libreta con un par de nombres y direcciones en una columna, y el de “La Negra” en otra.

—¿Y éstas? —pregunta ella levantando un frasquito con pastillas azules.

—Para un tratamiento —dice él hecho un nudo con las sábanas, sin saber de dónde viene aquel ardor de vientre más allá del vientre.

—¿Y ésas? —y señala el frasquito de las rojas.

No quiere mentirle.

—Para sentirse mejor.

—¡Vaya! Entonces tendremos que probarlas pronto. Hasta luego, *señor Sandovalito*. Hasta las tres y media.

—Muy bien, *señorita Elena*, hasta las tres y treinta.

Los dos tienen los ojos vidriosos producto de la cerveza.

Antes de marcharse, la chica sube sus manos por la sábana. Desde los pies hasta la entrepierna, que responde como un animal independiente del cuerpo. Un animal herido de sed y sal al tiempo que de humedad. Uno que sucumbe ante la suavidad de las manos de la muchacha que oprimen la tela con calculada lentitud. Hasta producir la más lenta y deliciosa de las agonías, donde él entorna los ojos, la respiración se desboca y el corazón quiere salirse justo al desanudarse el palpitar en la tibieza.

—Servido... señor —murmura ella y se marcha mordeándose el labio inferior. Él cierra los ojos. Tiemblan.

## XXII

Es una gran lámina “hecha con repujados mosaicos portugueses de delicada filigrana”, se explica a un costado. Sobre un fondo blanco, un navío azul surca los embravecidos e inmóviles mares de porcelana. En cubierta, un hombre de gestos feroces está frente del timón del barquito con bandera pirata. No hay nadie más. Al pie de estos mosaicos hay una inscripción dibujada a mano, también en azul:

### *LA LEYENDA DEL PIRATA SANDOVAL*

*SANDOVAL, EL BÁRBARO, SEMBRÓ EL TERROR EN LOS SIETE MARES, DE DONDE SACÓ EL TESORO MÁS GRANDE QUE NINGÚN PIRATA PUDO GANAR.. CERCADO POR LA FLOTA IMPERIAL, SE ESCONDIÓ EN LA BAHÍA DONDE ENTERRÓ SU TESORO, DEGOLLANDO ÉL A QUIENES SABÍAN DE SU PARADERO, Y EN CUYAS CERCANÍAS ESTÁ LEVANTADO EN LA ACTUALIDAD EL MAJESTUOSO COMPLEJO SANDOVAL HOTEL AND RESORT. AL HUIR FUE APRESADO, TORTURADO Y COLGADO DEL PALO MAYOR SIN QUE REVELARA DONDE HABÍA OCULTADO EL TESORO. DESPUÉS DE MUCHOS E INÚTILES INTENTOS POR DESCUBRIRLO, LOS SOLDADOS DE SU MAJESTAD AL FIN VOLVIERON A ALTA MAR, DONDE UNA TORMENTA LOS SEPULTÓ. SE DICE QUE ESE FUE EL PRINCIPIO DE LA MALDICIÓN DE SANDOVAL, Y QUE SÓLO UNA MISTERIOSA MUJER, NATIVA DE ESTAS TIERRAS, Y DE QUIEN SE ENAMORÓ, SUPO DÓNDE QUEDÓ ENTERRADO EL TESORO LLEVÁNDOSE DICHO SECRETO HASTA LA TUMBA.*

EL MANAGER JUNIOR ha leído en voz alta lo que Sandoval también hizo en silencio. Pretende que su entusiasmo de modulación chillona y creciente termine de convencer al cliente acerca de la verdad de la leyenda, si aún quedaba alguna duda al respecto.

—Mire señor...

—...Sandoval —responde sin ganas.

—Verdad, el de la coincidencia. A lo mejor hasta familia es del interesantísimo personaje del cual hemos tomado el nombre para nuestro hotel. Usted, sabe, nada mejor que rescatar las tradiciones, y ésta de las más llamativas de la región. De hecho tenemos una excursión en bote, con guías profesionales bilingües, por supuesto, las más modernas medidas de seguridad, y bebidas del propio hotel durante el recorrido, para ver los lugares donde se ha corroborado que el pirata Sandoval anduvo y donde posteriormente los soldados del rey buscaron el tesoro.

El sujeto ofrece unos pequeños desplegados a color que Sandoval ni ve, sin dejar de hablar:

—También tenemos otra excursión, o según nos gusta decir aquí en el hotel, una expedición por tierra, única en su género y de enorme aceptación entre las distinguidas personalidades que nos visitan, para ver cómo era que vivían los indígenas de esta región y de cuya princesa, llamada Alancil, que quiere decir nacimiento, se enamoró el pirata. A veces hasta organizamos, ¡claro! debe haber por lo menos seis intrépidos aventureros, una incursión para buscar el incalculable tesoro que jamás ha sido encontrado. Para ello contamos con el personal más calificado, entre guías, personal médico y demás especialistas...

—Más adelante... —interrumpe cortante.

—Cuando usted lo tenga a bien. Por cierto ha sido bien atendido por... —y revisa un listado en una tabla—... Elena, aquí está.

—Magnífico.

—Qué bien, qué bien. Por si acaso, no dude en comunicarme cualquier cosa que no sea de su agrado y que tengamos que mejorar. Lo que sea. Usted entiende que estamos para servirle. Por cierto, si usted considera que no es un abuso de mi parte, me gustaría pedirle que si no es molestia nos llene esta encuesta acerca del PROGRAMA PERSONALIZADO DE EDECANES. Sería muy significativo contar con su valiosa opinión y sugerencias. Es un plan piloto que hemos implementado hace poco y es vital conocer la opinión de nuestros queridísimos clientes, que más que clientes son desde siempre, incluso antes, nuestros grandes amigos. Esperamos que este programa haya sido de su agrado y bueno, creo que no es feo

decirlo, pues es idea mía, contamos con que esto sea lo que nos distinga de nuestros respetables competidores. El hombrecito entrega un sobre sellado por una etiqueta con el lacrado C26, y con unos garabatos en lapicero azul que quieren aparentar elegancia: *Señor Sandoval, presente.*

### XXIII

Parada frente al rancho está La Negra. Rolliza, pequeña, de ensortijado pelo cano, siempre envuelto en un pañuelo multicolor, que contrasta con sus perfectos dientes blancos. Igual que si flotara en medio de la vaporosa tela azul del vestido sin mangas, apenas arriba del tobillo, resguardado por un chillón delantal color papaya. Elena se tiró sin que el jeep hubiera parado, sin preocuparse por cerrar la puerta. Por unos momentos es una niña quien corre para abrazar a la vieja, que salió a su encuentro pensando que sólo llegaría él. La risa de ambas, fundidas en una sola, hizo que brillaran más que el principio de la tarde que caía como una piedra de sol. A poco de dirigirse hacia la puerta se detienen en seco para carcajearse: habían olvidado por completo la presencia del otro. La Negra se devuelve y ofrece una sonrisa. Sandoval baja del carro, se estira hasta que los huesos del cuello y espalda traqueen, antes de aproximarse a paso lento. La mujer lo mira con una profundidad que estremece.

—¡Sí claro, los mismos ojos, y la nariz igualitita...! —dice al ponerle las manos, con delicadeza, sobre los hombros, dejándose todavía para ella el “Si supiera... ¡sí señor!”—. Pasen, por favor. Y se me limpian los pies, principalmente al salir.

Los aromas agridulces y picantes los hacen salivar. La Negra trae una vasija grande y jarros de lata que llena de una bebida lechosa, con un ligero picante, fermentada, repleta de unas bolitas blancas gelatinosas y muy ricas. Él toma el espeso e irresistible líquido con sorpresa e inevitable agrado, sin que deje de preocuparle sentirse tan bien con un par de extrañas.

—No se preocupe —le aclara, como si pudiera leer lo que piensa— es una bebida de maíz llamada chicheme.

A Sandoval no le molesta que después sólo hablen entre sí. “Para ponerse al día”, dirán hasta bastante entrada la tarde al recordarlo. En medio de las horas, que pasan sin que les moleste escurrirse, la dueña del rancho que levantó con sus propias “ambas dos manos” les sirve humeante sopa, sin olvidar rellenar varias veces los jarros. Cuando la placidez está a punto de entraparlo, La Negra, resortea-

da por una antigua y secreta deuda, cuenta lo único que esa tarde conocerá acerca del otro Sandoval.

—Era delgado —agrega la mujer sobándose las manos con el delantal—. Alto y blanco. De ojos azules, igual que si tuviera dos marcitos al fondo de cada bolita. El pelo era o negritito o blanco, y encrespado. Cuentan que fue marino. Que sabía leer y que hablaba inglés. Que vino aquí a dedicarse a sembrar algunas carajadillas, a comerciar por un tiempo con una lanchona, y a la pesca. Era una mula para el trabajo. Yo supe —luego de beber del brebaje lechoso— que vino para enterrar su amargor. Todas las mujeres querían estar con él. No es fuera un galán, sino diferente. ¡Qué ojos! Así como resultaban lo más lindo que alguien viera en cuestión de ojos, daban miedo. De la misma manera en que era hasta más recto de la cuenta, nunca, nunca, le gustó la gente. Era un alejado que jamás le quedó debiendo nada a nadie.

La Negra se levanta, mira el mar por la ventana.

—Odiaba a El Albino —continúa con el hervidero que escoce el buche, explicándole que ya tendrían tiempo de hablar acerca de éste—. ¡Sí señor! Acaso más de lo que renegaba de cualquier cosa, menos, quizás, del zaguatillo que siempre lo acompañaba —Se vuelve a sentar—. No se metía con nadie. Como era de recto era de raro. Una vez, uno de los *Cusucos*, según les decían a unos montunos que vivían al lado de atrás del río, le robó un canasto con frijoles. Qué hizo Sandoval. Una carajada extraña. Sí señor. Llenó un sacó con más frijoles, se lo echó al hombro y va yéndose hasta la choza de los *Cusucos*. Dicen que les dijo: “Ahí tienen, muertos de hambre, para que no roben a un hombre que trabaja.”

Detiene su relato, sonrío. Parece flotar hasta asomarse por la ventana contrahecha hacia el vaivén cristalino del turquesa del mar.

—Para mí —se acomoda la inmensa mujer en una silla tan pequeña— la existencia se le agrió más desde que tuvo que juntarse con la seca esa que le salió panzona. Nadie estuvo seguro de que la barriga fuera de Sandoval, aunque a él no le importaba si se lo insinuaban. Incluso la única vez que habló del asunto yo estaba presente. Nunca olvidé lo que dijo: “De todas formas estuve con ella sin fijarme ni tener cuidados. De todas formas uno siempre debe apechugar con lo que hace. Si dice que es mío, yo quién soy para negarlo.”

La vieja se queda callada un rato largo, ausente, hasta que de pronto vuelve a hablar como si no se hubiera detenido.

—Sin volver a mencionar el asunto, se hizo cargo de la situación. De la misma manera en que, a los años, se hizo cargo de los

gemelillos. Y esos sí que no cabía duda de que no eran de él. Blancos, pura leche cortada. Igualititos a El Albino.

La mujer vuelve a levantarse, toma la cara de Sandoval entre sus manos y se dice: “¡Sí, los mismos ojos y la nariz: igualita...!”

Les señala la puerta como si pronto cayera el cansancio más grande del mundo.

—Él —y se echó una suave risa—, terminó de malearse después de que nacieron los gemelillos. Eran una parejilla. La chiquita era muy bonita. Terminaron en el pueblo. Donde el cura. Para mí todo comenzó desde que El Albino hizo la fiesta, dicen que para celebrar lo de su calle. Eso fue lo que lo marcó.

Le da un largo abrazo de osa a Elena y se despide:

—Otro día hablamos más —le dice a la muchacha y las dos sueltan una risa limpia, larga, metálica—. Y no está tan mal el “peor-esnada” éste —lo señala al soltar un panal de risas—. El problema, además de su sangre, es esa nube gris que tiene sobre los ojos. Bueno, tal vez con lo que cuente se quite un poco. Quién sabe, verdad.

Le pone la mano grande y callosa sobre el hombro y agrega, como si fuera tierra húmeda que sólo espera semillas:

—Vuelva en dos días, Sandovalito. Bien temprano, yo me levanto con las gallinas, a veces hasta las despierto. Y traiga café. Sí señor, mucho café.

## XXIV

La luz de la televisión da un delicado brillo a las pieles, que se tornan azules. Ya no queda cerveza, tendrán que continuar con las botellitas de lo que haya. Elena jadea, se retuerce. Sus pechos se han puesto duros, rebosantes. Los pezones quieren saltar. Curva la espalda. La cabeza hacia atrás, con extrema lentitud. Bufa. Los dedos de Sandoval apenas la tocan. La mano derecha hace ligeros círculos, alrededor del nudito de pelo que reluce entre sus piernas. La izquierda la levanta hasta que se queda anidada en el culo. Chorrillos de placer, que suelta cada vez que tiene un pequeño orgasmo, empapan su vulva, la mota de pelo, entre las nalgas. Se podría sorber. Él la pone sobre una almohada y le abre las piernas. Con lentitud. La raspa con la raíz de la barba del día. Con el índice moldea otra vez el clítoris. Los pliegues se ofrecen. Por detrás, un anular se insinúa en el huequito bermellón. La mujer se tensa. Ronronea. Se ondula sobre sí, hacia el dedo. El clítoris se pone duro. Estalla otra vez. El dedo resbala entre las nalgas. Lubricado por la humedad agridulce de Elena, la penetra

con lentitud. Sin que pueda impedirlo, la muchacha comienza a tener un nuevo orgasmo. Contenido, profundo, agudizado hasta sensaciones nunca experimentadas. Causadas por el movimiento de los dedos del hombre. Un grito estalla hacia dentro del cuerpo de la mujer. Un chorro perlado sale de la vulva al anidarse el otro anular, el índice y el pulgar. Una explosión de sudor le estalla de la cabeza a los pies.

—No por favor —ronronea temblando, abriéndose, urgiendo más. Fuera de sí, trata de enderezarse al frotar el pene—. Béseme —grüñe—. Métamela —gime con urgencia el erizarse por completo y tener otro orgasmo.

Le ha hecho el amor con las manos, ignora que ninguno la había tratado de esa manera, porque tiene miedo de que no pueda con el resto del cuerpo. Quiere creer que así a la chica se le acabarán las ganas. Pero su cuerpo, que comienza a rebelarse del hastío de quien lo habita, muestra un duro y largo pedazo de carne liberada con la punta del glande morado, turgente. La boca de la hembra así lo encuentra antes de engullirlo y paladearlo con lenta urgencia. Ella quiere más. Es sana. A pesar de que el cuerpo se le rebela, Sandoval se dice que no puede más. No habría deseado ni llegar hasta ahí. No quiere, no puede sentir nada por nadie. Nada profundo. No con lo que ahora le ocurre. Trata de excusarse. Trata. De aferrarse a su rajadura o hacerse la víctima como primero pueda. Lo último gana. Se reclama por qué vino a encontrar a esta criatura ahora. Un mes atrás, con suerte habrían sido un “nunca más en la vida” de carne bañados en sudor y semen. Quiere que su impotencia de cada día se apodere de su entrepierna. Desea no poder. Triunfa: el pene vuelve a estar flácido.

—No ahora —se excusa.

—¿Hice una cosa mala? —Pregunta ella, sorprendida, acostumbrada a escuchar cuando los cuerpos hablan.

—Nada. Sólo que... la verdad —miente ahora en voz alta—...me cuesta la primera vez. Es por mí, no tiene nada que ver con vos. Debe ser el ataque de alguna carajada rara que me —y aunque no dice la verdad, trata de no pronunciar aquella palabra, que siempre le produce náuseas, sin lograrlo— enternece.

—¿Y si le da el enternecimiento ése no se le para?... ¡Qué raro!

—Es una manera de decirlo. No es por vos, que quede claro... No sé si lo entenderás.

—Pues es raro, pero trataré de entender. “Paciencia y un garabato”, decía La Negra.

La luz de la televisión sin volumen da a Elena una asombrosa apariencia de lujurioso cadáver azul. Él piensa que al evocar su cer-



cano futuro de muerto, se vuelve tan excitante aquel cuerpo perfecto que se ondula y resopla sin poder controlar su deseo.

—Y vos tan —intenta agregar, impulsado por las cervezas que tomaron hace un rato, algo que lo explique, que lo excuse—... deliciosa. No entiendo cómo “mi amigo” no se levanta.

Sin saber de dónde, mordisquea y lame la punta de un pezón, que se encumbra y hace que comprima las piernas para abrirlas por completo, con extrema lentitud.

—¿En verdad? —Carraspea ella.

—¡De verdad! —Dice él, sincerándose en voz alta; Elena cree que es con ella—. Voy al baño —agrega.

Un chorro dorado le recuerda que algo lo carcome cada segundo. El frasquito de las pastillas tintinea. Engulle una azul, tres calmantes y dos de las secretas rojas. Todas de golpe. Tiembla. Se dice que es porque cada vez está peor. Recuerda que el doctor advirtió que de tener que usar más de cuatro analgésicos al día, tenía que internarse. Va por días en que toma cinco y a veces seis. No le preocupa. Si ayudan a olvidar el dolor, está bien. Sandoval bebe con el cuenco de la mano. Sabe a miel de mujer.

—Bueno —dice ella al recibirlo con un abrazo—. A mí tampoco me había pasado. Menos —ronronea con picardía— lo que me acaba de hacer con las manos, la lengua. No sabía que existiera... lo único que han buscado en mí es poder meterla y ya. ¡Qué rico verdad! Bueno... a mí me gusta, me gusta mucho. El problema es que no rinden, los hombres. Por eso digo que jamás había sentido tan gustoso... La verdad yo estoy como nunca. Ahora lo que falta es ver si tiene arreglo.

—¿Qué cosa?

—Nuestro amigo.

Elena desciende por el cuerpo de Sandoval. Con la lentitud necesaria para lamerle cada pliegue hasta que llega a la entrepierna. Bordea el glande, pasa al tallo, se detiene en las bolas. Besa una por una. Muy despacio, las chupa, las estremece y las goza con suavidad. Mientras, con sus dedos hace unos ligeros masajes hasta que el pene, independiente de las preocupaciones de su amo, comienza a engrosarse. Al paladear los dos globitos de un bocado, aumenta la velocidad y presión del roce del tallo del miembro, morado de la dureza alcanzada. Jadean. De pronto ella gorgotea:

—¡Ve como todo en la vida tiene arreglo!

## XXV

Si fuera un hipopótamo sudaría rojo. Rojo sangre. Estaría callado. Inexorable. ¿Será que soy un hipopótamo? ¿Qué sudo rojo, a pesar de que se ve transparente? Los chorrillos bajan por la sien, hacia las junturas de las cejas. En carrillos en dirección de la nariz. Diminuto riachuelo de sal, roja para un hipopótamo, hacia el ombligo, para doblar hacia los pelitos del pecho. Cuando era niño quería tener pelos en el pecho y barba y bigote. Hoy sólo chorreo y ardo. Por fuera la afeitada hace que me arda cada poro al botar su agua. Por dentro me quema la goteadera de la tripa. Debería pedir una cerveza pese a que me la cobren como si fuera extranjero. A lo mejor lo soy. Debería de no importarme. Igual que las navajillas de afeitar. Si las hubiera usado lo justo hoy no me ardería la cara. Mi madre insistía en no desperdiciar nada. Yo creí que significaba usar las navajillas hasta que arranquen los tallos y la enchilazón me recuerda que tengo cara.

Acabo de decirle a la chica del bar que cargue a mi cuenta una ronda de bebidas para la familia que está en la piscina y para la pareja de la esquina, sin que les diga quién pagó. Es mi venganza personal. Contra los días en que no teníamos nada, mi *mama* y yo, excepto el cuarto en la parte de atrás y la comida de la casa de “Los Señores”. Buena gente los pensionados, “mis padrinos”. Además me salen gratis los brinquillos de los carajillos en la piscina luego de que el padre les dice, debe ser alemán, que tomen la bebida que les trae la salonera. ¿Cortesía de la casa?, dice en un inglés marcado. La del bar les contesta que no, que es cortesía de un cliente que no quiere que nadie sepa quién es. Madre y padre, casi tan rojos como hipopótamos, vuelven a verse hasta que él asiente. Brindan, sorben, ríen. Son bestias puras que llaman a los críos para que engullan los ponches de frutas que les dan. Ellos creen que sus padres las compraron. Para esta familia todo es perfecto. Yo no hubiera aceptado la invitación. No sin saber quién, por qué o con qué derecho cualquiera me da algo que no he pedido.

Pero yo no soy el alemán. Por dicha. Él tiene hijos, esposa. Yo solo tengo sudor y un hipopótamo rojo comiéndome la entraña. Más allá está la pareja de la esquina, con los ojos vidriosos de tanto “cóptel”, según dice ella, y de tanto más “birra”, dice él. A la par de la congelada jarra burbujeante con cerveza, es puesta una copa con verde, rojo, anaranjado, crema y una tajada de piña. Ambos sobre unos cuadrillos amarillos con una “S” labrada en azul. Cruzan miradas, sonríen. Escudriñan los alrededores. Hago que estoy dormido.

Ella se quita los lentes, los coloca sobre la cabeza y saca punta a una mirada con la que barre los alrededores. Al descubrirme muestra un cierto desprecio, sin mala intención, de quien sabe de una sola vez que soy una presa demasiado insignificante. Aún así, despliega su automático aviso de hormonas y alcohol: “¿Quién me desea?”, antes de entreabrir las piernas con una cierta lentitud, lo cual remarca la hendidura que sostiene la insignificante tela blanca de la tanga.

Vuelve a ver a su proyecto de macho, con una languidez practicada hasta la perfección, para comunicarle que no puede descuidarla ni un segundo. “Siempre habrá más detrás de la reina”. Él también mira los contornos sólo que más rápido. “¿Quién... por qué? Bueno..., es gratis.” Después enlazan las miradas y nadie más existe. Tal vez sea cierto. Ella pone los pies sobre la silla de él, separa las piernas mientras mordisquea la pajilla y se muerde los labios. Él hunde la mano. Los pezones de ella se disparan. Seguro que no son esposos. Mejor me voy a la habitación. No sé para qué mierda vine a la piscina, hace demasiado calor. No sé en verdad qué hago aquí aparte de sudar como una bestia. Mañana temprano me espera un largo viaje en jeep para ver a La Negra. Mejor descanso. Los hipopótamos sudan rojo para protegerse de la luz solar.

## **XXVI**

Demacrada. Sin peinar desde hace rato. Entra y tira el sobre abierto sobre las cobijas. A un costado de él. Se deja caer en la silla que queda entre la cama y el espejo, de modo que puede verse desde dos ángulos distintos al mismo tiempo. Sólo lo mira y empieza a llorar. Largamente. No dice nada. Él tampoco. Ella llora hasta cuando se le acaban las lágrimas. Cuando surcan los cristales blanquecinos, marcan sus mejillas. Él se queda inmóvil. Pasado un rato que parece infinito, ella se levanta y se va. La puerta sacude el cuarto al estrellarse contra el marco. Él no hace ni el intento de moverse. Se siente clavado a la cama. Una mancha tibia de sangre se abre paso por las sábanas, con lentitud. Esta vez sin dolor. O estaba tan acostumbrado que no lo sentía. O no interesaba ya. Piensa que lo mejor es que las cosas pasen así; siente un estertor que confunde con alivio. Lo que lo angustia es esperar. Una vez que comienza a dar pasos, hacia lo que sea, la tensión se disipa. Todo vuelve a fluir, hasta estar en su punto. Igual que la muerte. Ni antes ni después. Sandoval cierra los ojos y respira.

## XVII

Sandoval no entendía cómo era posible que Elena hubiera abierto su correspondencia. Luego esto no tuvo interés. Nada conocido podía llegar hasta donde estaba. Ella ahora lo sabía. Sólo al salir del hotel descubrió la verdad. Aunque ya no cambiaba nada, confirmó que ella seguía siendo íntegra. Como si pudiera dejar de serlo sólo porque él pensara lo contrario.

—Mire —intentó justificarse el MANAGER JUNIOR —, nuestra política es jamás abrir la correspondencia de nuestros estimadísimos clientes. ¡Jamás! Fue un accidente que, por otra parte y con mucho respeto y fina cortesía, debemos agradecer... Es también política nuestra que si un cliente tiene algunas... digamos, condiciones especiales condiciones especiales, sean de salud o de otras índoles, nos lo debe informar con el fin de que estemos listos para resolver cualquier eventualidad de la manera más satisfactoria. Usted debe saber que los sobres de este tipo no siempre vienen bien sellados... Bueno, señor Sandoval... la verdad yo entendería que sienta que en este asunto hasta podría ser que no hemos estado lo correctos que usted quisiera. Quizás le habremos fallado, pero nunca quedado mal... Y la verdad, estaremos de acuerdo en que sólo cumplía con mi deber.

Lo que no dijo fue que llamó hasta tres veces a la compañía, con nombres de distintos negocios de la competencia, para verificar que el huésped tuviera suficiente contenido en la tarjeta de crédito para rebajar lo estimado por accidentes o imprevistos. Todo para terminar por echarle la culpa del “sin duda alguna, lamentable error originado por el hecho de no saber acerca de su particular situación, señor...” al encargado anterior, “que justo no haría ni cinco minutos que acababa de finalizar su turno.”

—No se preocupe. Aquí tiene su nota de crédito la que puede descontar al volver a disfrutar unos días con nosotros, o al mandar a un familiar, amigo o compañero, o hasta rebajarlos de los gatos de su tarjeta, según aseguraron los del banco, con sólo apersonarse a alguna agencia. Por otra parte, y estará de acuerdo conmigo, esta rebaja tendría muchísima utilidad si hubiera ocurrido una urgencia, Dios no lo quiso. Claro, de haberse dado no nos atrasaría ningún molesto, pero siempre necesario, trámite administrativo.

El muchacho entrega un par de hojas para que las firme.

—Yo estoy —continúa su retahíla—, estamos, para prevenir los inconvenientes, por pequeños que parezcan, siempre, lógicamente, en beneficio del cliente. Usted lo ha visto. Por cierto, me pregunto si habrá podido llenar la pequeña encuestita, recuerda, acerca de nues-

tro novedoso PROGRAMA PERSONALIZADO DE EDECANES.

Sandoval no replicó. Firmó un par de cosas y se montó en el taxi que lo trasladó, lo más rápido que los caminos lo permitieron, hasta el aeropuerto de tales lejanías: una larga y plana franja de polvo. Un asiento en una avioneta bimotor, reservado con urgencia, lo espera. Sonrió, de medio lado. La avioneta era tan vieja y temblaba tanto que si terminaban el vuelo sería porque los sostuvieran del aire las franjas de pintura azul y amarilla que untaron a mano contra el blanco desteñido del aparato. Atrás de él, un extranjero de idioma nunca oído perdió el rojo de su piel achicharrada por el sol, que colgaba de una brillante cabellera rubia. En su lugar se situó un pálido verdoso que no lo abandonó hasta que llegaron a la capital. El piloto, un tipo gordo, de mediana edad, bajito, con un ancho y tostado bigote, y calvicie precoz, sonrió. Luego volvió a ver al extranjero, haciéndole un guiño a Sandoval, antes de comenzar a tocar teclas y botones como un poseído, hasta que, por fin, comenzaron a girar las oxidadas hélices. Varios brincos fueron un pálido presagio de lo que les esperó. El ardor en las tripas hizo que viera el paisaje en tonos rojizos, mientras la avioneta, titubeante, lo alejaba para siempre del hotel. Al llegar, su médico lo trasladaría hasta el hospital, si bien primero tuvo que reanimar al otro pasajero, el extranjero que visitaba el país por primera, y única vez, en su vida.

## XVIII

Horas antes, al salir del hotel, alguno quizás se preguntó si a Sandoval no le faltaba equipaje. Otro tal vez dijo que se veía más pálido de la cuenta. Los empleados lo olvidarían, incluso antes de que él abandonara las dos largas y cuidadas lenguas de zacate, flanqueadas por palmeras enanas y combinadas bougainvilleas amarillas y azules. Sandoval intentó varias llamadas al localizador S15, incluso al estar su equipaje guardado y abierta la puerta de un taxi que pujaba rabioso por querer emponzoñarlo todo con un humo renegrado, sin obtener respuesta de Elena. Se la había tragado la tierra. Sólo al escurrirse dos días la muchacha se presentó en el hotel, directo a la trampa del MANAGER JUNIOR que la esperaba frente a los que pudo convocar para que vieran cómo la llamaba al orden:

—Acá tiene compañera Elena—carraspeó con aparente señorío—. Es su primera amonestación no verbal oficializada. Nos preocupa debido al excelente desempeño que ha venido realizando, pero usted misma comprenderá que no podemos dejar pasar por alto

una ausencia injustificada de dos días, la cual será rebajada de su salario. Ahora, al ser su primera falta, estamos dispuestos a darle una segunda oportunidad, claro, sí y sólo sí no se ha hecho merecedora de una llamada de atención similar, en las próximas seis semanas, cuando valoraríamos el poder borrarla de su expediente perso...”

## XXIX

Pato creció rápido, si se puede decir así a la manera de aquel perro malhecho de hacerse viejo y alcanzar una pequeña hinchazón, cubierta con pelos cortos negros y café oscuro. Sandoval siguió con sus siembras. También con la pesca con cuerda, con una miserable red, y no pocas veces con unas lanzas que hacía con varejones. Había hundido su lanchón que, a pesar de viejo y destartalado, al menos daba para pescar con cierta holgura. Porque ya no se podía comerciar con los vecinos “gracias” a El Albino.

—Es una mula para el trabajo —se engrería Sandoval al oír los comentarios acerca de él.

Hasta la noche en que, al regresar con un par de buenos pescados y una langosta, no volvió a ufanarse de nada. No pudo disimular ver la panza de su mujer. La hinchazón reventó a unos meses de la fiesta que su enemigo hizo para lo de su calle. Meses en los que Sandoval, como sabiendo, no la había vuelto a tocar. Al principio quiso creer que su mujer lo que estaba era enferma. “Serán lombrices”, mascaba para evitar pensar en los cuchicheos que estaba seguro hizo correr su enemigo. Cada vez que podía, y sin darse por aludido, él respondía que lo que decían de ese carajo eran puros inventos. Que ni güevos tenía. Que eran puras habladas que a El Albino sólo se cullaba las viejas untándoles grasa de cerdo. No sólo a las mujeres sino también, borracho, a algún carajillo que estuviera mal puesto. El que decía haberlo visto haciéndolo con una vaca, una yegua, y hasta con una gallina, seguro que lo decía por joder.

Pero a partir de esa noche todo cambió. Los azules ojos se mancharon de gris y su mujer no volvería a sentirlo ni para el dolor. Durante lo que estuvieron juntos, Sandoval se fue a vivir a un cuartucho que medio hizo atrás de la casa, donde tendió la hamaca de su rencor. Justo al lado del árbol hueco donde vivía el Pato. Si bien no volvió a dirigirle la palabra a su hembra, tampoco reclamó. Inclusive, al ir al comisariato a comprar lo poco que podía para los gemellos que parió sin dificultad, se refería a ella como su mujer, y a los recién nacidos como sus hijos. Los parroquianos entonces callaban

y ladeaban la mirada. Sólo hasta que estaban seguros de que iba lejos comenzaban los cuchicheos. No era que lo soportaba porque la amara o respetara. Se dejaba ir en querer estar unido a ella para aguardar, sin aparentar nada, el día de su venganza contra El Albino. Sabía que vendría como una perra sarnosa y hambrienta se acerca a una gallina amarrada. Sandoval esperaba. Dando vueltas. Tirado como un pedazo de mierda. Sin aflojar en su desprecio, lo único que le había quedado. Él esperaba.

### XXX

Sandoval supo que cada paso, cada cosa, por insignificante o primordial que pareciera, había sido dispuesta para llevarlo hasta ese preciso momento en que comprendía. De golpe. Como si una mano invisible acomodara cada detalle. Supo, mientras el agua salada intentaba atiborrarle las tripas, que lo que movía los hilos del constante cambio no eran ni la rabia, ni la ceguera, ni el instinto, ni el medio conocer menos que lo necesario, sino la confusión. Opaca, omnipresente, disfrazada de estupidez, superación, sacrificio, evolución, culpa, humanidad. Una incesante tripa que movía las existencias, desde la ignorancia, los deseos, lo más salvaje, lo peor y lo mejor hacia el impulso, ciego por elección, inquebrantable por vocación, de desperdiciar lo que fuera. Algo se rajó y empezó a gotearle hasta que terminó por reventarlo. Algo que hizo retroceder al agua del mar de su gañote. Algo que lo hizo vomitar sobre la playa, cuando no quedaba nada por expulsar y pudo respirar como de costumbre, lo único que le quedó de normal a partir de aquel día, y a veces ni eso. Algo que estaba más allá de su amargor, de anclarse en su derrota personal para gastar aquel remedo de vida.

Sandoval supo que lo que salía de la entraña era el motor de todo: el odio. Hacia cualquiera como hacia sí mismo pero más al surgir El Albino. Fue el odio lo que meneó piernas y brazos, hasta sacarlo de la profundidad del agua y de sí. Como si el mar y la muerte no lo quisieran por crudo y lo vomitaran. Al surgir, a Sandoval comenzó a crecerle el foganazo de lo que llegaría a entender como su venganza. Habría reído si no hubiera estado ahogándose. Se sintió embarazado de revancha. A partir de ese día el odio sería su claridad, que lo conduciría hacia la única victoria. A pesar de que todos, menos El Albino, únicamente vieran locura.

Emergió hecho un manojito de espumarajos, más transparente que pálido. Como si aguardara a que superara aquella prueba, un

pedazo de tabla, de lo que había sido su lanchón, lo golpeó apenas para que sus brazos se agarraran a la mojazón de la madera que lo empujó del vaivén a la playa. Entretanto se concentraba en escupir el agua salada que lo escocía, algo flotaba entre el verdeazul marino. En el momento en que el respirar amenazaba con romperse, justo antes de que sus pies tocaran fondo, atinó a ver, a menos de una brazada, el trapo de pelos y temblores de El Pato. Sobre un pellizco de astillas. También bamboleado hacia la playa por la corriente. Ambos cruzaron una mirada que produjo en aquel gargajo de hombre, un retortijón largo y puntiagudo. Los ojos del otro animal, que si bien medio brillaban enganchados al espumarajo del hocico, resoplando con violencia, eran los de un muerto. Un muerto vivo. Uno como él.

### **XXXI**

Comenzó con un ronquido seguido por un ronroneo más fuerte de lo acostumbrado. En segundos, un humarascal cubrió el lanchón y de pronto todo se regó con llamaradas. El motor no pudo más, luego de infinitos arreglos que Sandoval hacía a cada nada, para poder comerciar en aquel nudero de tablas y ayudarse a mantener a la güilada y a la seca de su mujer. El problema era que el negocio se jodió desde que El Albino hizo su calle y puso una ancha balsa para pasar las cosas por el río. Aquellos miserables preferían traer lo que sembraban, y recoger lo que ocupaban, primero en bestias y luego en la balsa, pagándole una parte que no era ni la mitad de lo que hubieran dado al propio Sandoval. Aunque cada vez que se lo topaban no dejaban pasar la oportunidad para insistirle que no lo tomara tan a pecho, que no era algo personal pues el corazón de ellos siempre estaba con él. Al menos todavía quedan unos pocos clientecillos que sólo podían comerciar sus productos a través de su lanchón, al que más de una vez El Albino había mandado sus ofrecimientos de compra pero que Sandoval siempre rechazaba. Antes que humillarse, al aceptar la cualquier cochinada que aquel hediondo ofrecía, prefería verlo hundido. Y así fue.

### **XXXII**

La demora para que Sandoval echara a andar su venganza acabó justo cuando El Albino iba a celebrar el tercer año de la inaugura-



ción de su calle. Se apeó de la hamaca, una llaga detrás de su casa, con el amanecer a punto de desembucharse, y se fue para al río. A unas docenas de metros de árboles de pochote y monte espeso, una suave pendiente se erizaba llevándolo hasta la desembocadura del río, la cual formaba un delta ancho y sereno. El camino llegaba justo a donde tres piedras blancas antecedían la parte más sombreada y sosegada del recodo. Un nudillo que formaban las aguas dulces y cristalinas a pocos metros de penetrar el mar que recordaba el ronroneo de lo que está antes del revoltijo de la primera vida. Los relámpagos batían los nubarrones. Llovería temprano. Al enrumbarse, fue consciente de que amaneció con una erección enorme. Seca. Dolorosa. Que no bajaba ni con la brisa fresca, ni al apretar las nalgas. Ni al caminar, cuando más dolía.

Pato, que no ladraba nunca, lo acompañó siempre detrás y sin mover la cola. Su presunto amo, carcomido por el desquite, se quitó la camisa y el pantalón, gastados y olorosos a sudor, y se tiró a las frías aguas. El golpe de la helazón del río no hizo que la rigidez de su miembro bajara. No quería tocarse. Le daba rabia haber decidido que no buscaría a ninguna otra mujer, ni aliviarse por su cuenta. Más ahora que su instinto estaba a punto de rebalsársele y estallarle entre las piernas. Había resuelto que si se dejaba vencer por las urgencias del cuerpo, El Albino ganaba, y por nada del mundo, estaba dispuesto a darle ese gusto.

—A él no lo derrotaría un traidor y un cobarde como aquel maricón—gritó, mientras metía la cabeza en el río.

El burbujero que se volvió plateado con la última luz de la luna llena. Cinco veces tuvo que hundirse. En todas se obligó a sostenerse hasta que no sólo expulsara el aire, sino que no pudiera aguantar más la respiración. No fue poca el agua helada que tragó.

—Por lo menos así tendré la panza llena —se dijo.

Agotado, contempló por fin que la parazón de miembro bajaba. De tan terco se hubiera dejado ahogar si el cuerpo no le hacía caso. Prefirió mojar también sus ropas antes de ponérselas. No quería correr el riesgo de que la tiesura volviera y alguien lo descubriera. Tiritando por la empapazón bajó a su casa. Ni su mujer ni los críos lo oyeron venir. Desde hace mucho es una sombra de ruido. Sandoval tropieza por todos lados. Está tan mareado que vomita el agua que tragó, más unos hilos amargos de un ácido amarillo. Pega y rueda hasta machacarse la cara contra una raíz que el suelo escupe. La sangre comienza a brotarle al tiempo que el único rayo de esa madrugada, se desgaja contra el primero de los árboles que quedaban entre su choza y el río. La tierra cimbra al desplomarse las ramas

más grandes y la parte superior del tronco en dirección a las aguas del río. La flecha de fuego calcina los alrededores en segundos. El choque del rayo contra el árbol hace que un rebote de la descarga recorra su cuerpo mojado como una culebra quemante. Sin fuerza para matarlo, el reflejo lo lanza igual que un tizón de carne, dejándolo tendido, humeante, entre su casa y el río. Atolondrado, trata de levantarse consiguiendo resbalarse contra las piedras calientes, que lo chamuscan por donde primero pueden.

La panza muerta de hambre hace creerle al Pato que hay carne asada. Lo empuja, pero no lo suficiente, a vencer el miedo que lo convierte en un temblor con una lombriz entre las patas. Inútil acercarse para lamer al que le tocó de amo, quien lo espanta sin llegar a percatarse de la presencia del otro animal. Por fin, en cuanto aquel remedo de hombre puede mantenerse de rodillas, una lluvia de punzantes y dispersas imágenes se le agolpa, justo al sacar la lengua para lamerse los gruesos surcos rojos y tibios. Los ojos, desorbitados y grises, hinchidos de sangre, centellean opacamente. Sabe qué hacer. El Pato frunce más el rabo entre las piernas y huye hacia el árbol hueco que comparte con quien cree su amo, que ni lo ve. En adelante lo que valdrá para Sandoval será el desquite. Por fin conoce cómo. Y ríe al revolcarse entre las puntas chamuscadas de las ramas y los filos de las piedras. No siente dolor. Ni le importa que se amase como un trapo humano.

### **XXXIII**

Las bombetas estallan contra el cielo cuajado de estrellas y opacan la brillante canica de luz de la luna. Los vecinos supieron que había comenzado el final de la celebración. En tres años, y debido a las maniobras de El Albino, secundado siempre por los consejos y sermones del cura a favor de sus manejos, la mayoría acabó en las manos del abogado del jefe político, para traspasarle las tierras por cualquier cochinada. El abogado era un agazapado de mediana estatura, flaco, de pantalón gris o caqui, camisas de colores claros y de manga larga, así hiciera un calor de cuando se estrenó el infierno y lo atizaron con curas. Aquel miope de diminutos anteojos, siempre rasurado excepto por el apenas perceptible bigote, de pelo corto y negro, hablaba sin maldecir. Por no emborracharse ni fumar, el jefe lo consideraba uno de los más fieles, sin saber que era de los que más lo odiaba; no como El Albino, que le tenía más desprecio que odio, más avaricia que rencor. Lo que el político confundía con le-

altad era la sobadera de horas que hacía el abogado, a la espera de que llegara el momento para poder vengarse. El político, ignorante del encono que lo rodeaba, era feliz creyéndose su poder al recibir la puntual bolsa con dinero, o la chiquilla, lo más tierna y virgen posible. Menos sospechaba lo que planeaba El Albino quien indudablemente lo eliminaría a su tiempo. No por odio, ni siquiera por negocios. Sino por lo de siempre, por el puro gusto. El jefe político atinaba a creer que existirían veces en que su socio robaba “alguillo de más”. Estaba equivocado: él sólo quería todo. Con sus sospechas, se cuidaba de disimular lo más posible. Juzgaba que El Albino no robaría tanto y, siendo derecho, se lo merecía: era el que infundía respeto. Sin él no hubiera podido conseguir las tierras.

El jefe se encargaba de sobornar a la policía de la provincia. En especial al cundir rumores de que estaban apareciendo muertos. O que sacaban demasiado guaro, y se les comenzaba a joder el negocio a ellos. Aún con todo, el político sabía y aceptaba que la parte brava la hacía El Albino. Nadie se igualaba con aquel carajo para hacer buen guaro y traerle chiquillas. Por algo nombró “Calle El Albino” a la primera que hubo y que daba hacia el puente. Otros, mucho después, terminarían por quitar toda placa y referencia anterior para poner su nombre en grandes y brillantes letras de hierro: “Calle Losarias”. Por si fuera necesario también estaba el cura. Que justificaba lo demás para poder justificarse él, al estar cayendo ante su propia debilidad por los muchachitos. ¡Y es que cómo le gustaba al curita caer ante los llamaditos de su carne! Tanto, que si no lo llamaban, él salía a buscarlos.

Después del estallido de las bombetas, Sandoval vio cómo su mujer cogía hacia la parte de atrás de la cocina, arrastrando las piernas, la pesadumbre y los críos. Igual que en la celebración de los dos años anteriores. Sus propios hijos, él de quince, ella de catorce, y los bastardos, los gemelillos: hijos de fermento envenenada, a los que El Albino no llegó a reconocer ni por joder. Allí estarían hasta que acabara la jornada. Él sabía que su enemigo no la tocaría más. La vez que lo hizo fue para humillarlo. Quería verlo arrastrarse pero no le daría gusto. No podría vencerlo. De alguna manera la venganza llegaría. El Albino no volvió a hablarle a la mujer de Sandoval, mucho menos ni intentar acercársele, a pesar de tener sus planes con aquella familia. Nada le daba mayor satisfacción que los tres años de humillación de su enemigo. Siempre decía:

—¡Qué hijueputa y qué güevos, tan grandes como los cachos!

La propia esposa de El Albino aceptaba sin chistar. Acostumbrada a que su esposo se cogiera a cuanta hembra pudiera. Algunas veces hasta traía algunas para calentarle la cama, obligándola a participar a punta de guaro y golpes. Ella nunca sentía ni placer ni repulsión con las otras. Sentía nada. Tal vez porque era estéril. Con la de Sandoval en cambio hasta gracia le hizo que quedara preñada, y de gemelillos. Tal vez ya que fue la única en tenerle hijos al leche muerta de El Albino. Tal vez por sentirse culpable de que hubieran sido engendrados. Tal vez al no evitar sentir la excitación oscura de pensarlos como “Mis bastarditos.” Tampoco es que diera mucho valor a tales apegos. Ni a no entender por qué su esposo no mandó a traerla para tenerla de nuevo. Y menos por qué, al recordarla, una baba caliente comenzaba a brotarle entre las piernas.

Esa vez serían tres días de fiesta. Concluidos, no vendrían más celebraciones. El Albino sería el dueño de todo. Menos de las tierras de Sandoval. Las quería de último. Deseaba humillarlo hasta que se doblara. Hasta que reconociera cuál de los dos era más hombre. Y viniera arrastrándose igual que el mugre zagüate que siempre lo acompañaba. O se muriera, enterrado en su propia mierda.

#### **XXXIV**

Con el jefe político las cosas iban de lo mejor. En particular luego de una noche en la que tomó más guaro que de costumbre y retó a El Albino diciéndole que quería culiarse a su esposa. Desde hacía su rato éste buscaba cómo obtener la firma del político sin tener que obligarlo por la fuerza. No que no pudiera, sino que no quería. Esta vez para tenerlo todo tenía que ser suave. No es que el jefe fuera valiente. Estaba seguro de que se iba, de lo cobarde que era, antes de firmar. Muerto no servía. No. Tenía que tener más maña que fuerza. De interrogar a las muchachitas, una vez que el otro las desvirgaba, supo que aquel carajo tenía la costumbre de ponerles sus iniciales. Igualitas que un rabillo de chanco, en las nalgas o donde primero fuera. Y que eran las mismas que garabateaba en los papeles que preparaba el abogado cuanto tenía que firmar en calidad de nuevo dueño de las tierras de turno.

“Para que sepan de quien fue usted primero, mi amor”. Decía el jefe pasándoles la rasposa lengua, alargando y arrastrando la erre fi-

nal, al tiempo que dejaba escapar una pringazón de saliva. Al principio, escribía con el dedo pelado. Luego con jugo de candela caliente y la uña. Más adelante con pluma y tinta que les lamía. Las últimas veces, cuando cada vez se emborrachaba más, con la punta de un chilillo que siempre llevaba al cinto, y que sus chiquillas, a quienes llamaba “su ganadito”, ni sentían pues también cada vez las obligaba a tomar más y más. El problema era que las muchachillas no eran confiables para poner en marcha su plan. Ya se lo había advertido el abogadillo, a quien hizo aliado de sus planes. Quien recomendaba que lo mejor era que él mismo escribiera y legalizara como verdaderas las iniciales del jefe, en vista de que había requete probado lo bien que resolvía esas vainas. Sin embargo, El Albino estaba sentado en la galleta en que no. Esta vez quería las cosas con todas las de ley, sentar cabeza, ponerse derecho.

—Robar, cualquiera lo hace, licenciado —dijo—. Lo difícil es rescatar lo que es de uno. Usted cálmese que yo me encargo.

—Está bien, patrón, lo que usted diga —y bajaba la cabeza con un extraño brillo en los ojos. El Albino, equivocado, lo confundía con sumisión.

—Paciencia y un garabato. Después va a ver qué fácil deshacerse de los problemas que nos queden.

Ni mandado a hacer, pensó El Albino, al escuchar el reto que el político lanzó en esa endemoniada noche de guaro, quién sabe si motivado por el simple impulso de reafirmar su poder. La sangre le hirvió, pero para su bien. Sin saber lo que hacía, el político daba la pieza que necesitaba su plan para que todas las tierras pasaran a su nombre. Él no perdonaría. Aquel bicho de persona hizo una seña y su esposa, borracha hasta costarle sostenerse en pie, se acercó. El jefe babeó, al ver cómo el otro cogió un chilillo corto, delgadito, de punta tiesa y espoleó a la esposa para que se arrimara, meneándose con exageración en tanto medio balbuceaba:

—S...o...y lala, la...rein... e... ls rrrricas.

Al quedar al frente, El Albino da vuelta a su mujer y levanta el vestido. Queda anudado en la cabeza, antes de pasarle el chilillo por la piel que se eriza al insinuar unos garabatos sobre una nalga.

—La otra es para usted —le dijo, mientras terminó de sacar el vestido por la cabeza, para darle palmadas a las enormes tetas que se bambolearon y endurecieron. Nunca llevaba sostén.

El calzón apenas y advirtió del filo del cuchillo que lo hizo volar. El Albino la obligó innecesariamente a embucharse un largo trago de contrabando antes de apartarle las piernas, encumbrándoselas. Al final la puso de bruces sobre la mesa, dejándole pegado el culo flo-

recido de su esposa, marchándose con un:

—Sírvase usted, patrón.

Resultó que el cuerpo de la mujer era el que más lo excitaba a la hora de pasarle el chilillo y remarcarle sus iniciales. Su piel, que se erizaba como ninguna otra, hacía los más bellos cardenales que hubiera visto el sudoroso gordo. Y que lamía con los ojos en blanco, al chupar por el surco como un loco. A partir de esa vez, las vírgenes que le traían no lo excitaban tanto como aquella vieja. Desde la primera vez, por poco y se desmaya al ver cómo, al hundirle la cresta del chilillo para poner el punto final de su firma, unas gotas de sangre resbalaron por la nalga. Al lamerlas, cosa que vivió por primera vez con ella, se regaba de una manera lenta, brutal. Sin poder controlarse. Igual probó con las güilillas, pero los cardenales, las marcas, la esponjosidad de piel y el sabor de la sangre no llegaban ni a los talones de la hembra compartida.

Descubrió porqué “Pedo’e Leche” a veces llamaba Ternero a la borracha de la esposa. No existía verga que aguantara mucho sus envolventes y asfixiantes movimientos de vientre, por delante y más por detrás. Una vez, y el jefe siempre lo contaba luego de bajarse la segunda botella de guaro, hicieron una apuesta. Ver quién aguantaba más entre los seis de los siete acompañantes del político con quienes estaba en el ranchón de El Albino. Al abogado lo dejó por fuera. Uno por uno se la cogieron, menos éste, el propio jefe, quien se excitó más al ser el árbitro, y El Albino, quien se excusó: “Ya conozco la mercadería”. A lo que el resto, menos el licenciado, respondió con carcajadas. El Albino no lo olvidó. Ni le pasó inadvertido el brillo en los ojos del hombre de leyes, y la mueca que los demás, menos el marido, confundieron con obediencia. Sólo él supo que dicho fulgor estaba enraizado en el rencor. Si lo encendía con paciencia, y emponzoñaba lo necesario, ofreciéndole su buena parte en las ganancias, se pasaría a su lado sin problemas.

—¡No me vaya a tomar mucho! —ordenó el jefe—. Menos se vaya a imaginar que va participar en la apuesta. ¡Qué va, no ve que estas cosas son sólo para hombres de verdad, no para licenciaditos!

Esto fue lo que mordió al abogado. El veneno de la humillación lo engangrenó. Era mucho que sólo en una ocasión hubiera dejado “probar” a la hembra de El Albino y, máxime a sabiendas de lo que le gustó, que no se le prestara más. O que cada vez lo apartara para no ser uno más en las fiestas que hacía en el ranchón. Ahora, lo avergonzaba al hacer que los demás se rieran, hasta la propia hembra que ni en pie podía estarse de tan borracha. Bueno, todos menos El Albino. Al enterarse de lo que aquel aguijón de leche muerta les

hizo a los esbirros del político, un par de días después de la “endemoniada noche de guaro”, se sintió vengado y redimido. Supo que en adelante debía de tener en cuenta a El Albino. Sobre todo luego de que éste cortara las gargantas de los seis apostadores ¡Cómo cantó el filo negro de “su muchachito”!

Los Gallos los habían traído a patadas antes de arrodillarlos y amarrarlos por la espalda. Los seis supieron demasiado tarde que a aquel carajo tan blanco no le hizo ni mierda de gracia, no que se cogieran a su mujer frente a él, primero por delante y luego por detrás, sino que se rieran cuando dijo *Ya conozco la mercadería*. Para El Albino no había sido un chiste. Al que ganó, un mal encarado, gordo y colorado, que aguantó un puñadillo de jadeos antes en regarse, además de decirle, como a los otros, que en cualquier lado pero más en su ranchón, a él se le respetaba, le cortó los huevos, zampándose los en su propia boca. Antes de degollarlo.

El Albino no dejaba cabos sueltos. Así como le buscaba chiquillas, “el ganadito”, para jefe, también “surtía de güevoncitos al cura”, con lo que podía jugar esta carta a su favor. Por si llegaba a ser necesario probar que el día de la muerte del político, él estuvo desde la tarde, y hasta entrada la noche, converse que converse con el cura asuntos de la comunidad. En particular de la necesidad de hacer una iglesia y una escuela con todas las de ley. El pueblo se les estaba haciendo grande. El licenciado estaba de testigo. No tuvo que repetir que mientras el cura fuera útil estaría surtidito y no correría peligro. Aunque para estar seguro, tenía otra jugada rumiada. Él sabía cómo el gordito de hábito, que movía con nerviosismo su rosario como una culebra de madera negra, babeaba por carajillos igual al mayor de la parejilla de Sandoval. Por eso se lo trajo aunque con ello tuviera que aguantar a la “cagada”. No hubo manera de tenerlo sólo a él. Más adelante, cuando al cura se le iban los ojos por el mocoso, tuvo que ingeniárselas porque la madre no dejaba separarlos. Hizo un trato. Si el cura decía que el jefe político le dio un testamento con el abogado hacía mucho, pues tenía una confianza ciega en la iglesia, y recibía a la hermanilla como empleada, él le aseguraba al carajillo de su enemigo, así como la acostumbrada seguridad y parte de las ganancias.

—No me puede decir que no, curita —señaló mientras se limpiaba las uñas con su famoso cuchillo, “su muchachito”, de reluciente hoja azabache—. No ve que no hay nada mejor que tener a Dios debajo de la manga. Ya sabe el dicho: “¡A Diosito rogando y con el macito dando!” ¡Verdad curita!

### XXXV

El Albino la ve llegar desde la entrada del ranchón. Acomodado sobre el marco de la puerta, le hace punta a un pedazo de madera para nada. Sabe desde hace días lo que va a decir:

—Mire mujer, el carajo ese de Sandoval se volvió loco. Vea lo que le ofrezco. Es lo mejor.

Ella se iría a vivir con el que era una puñalada clara y su esposa. Además de los dos mayores de Sandoval, también se llevaría a los gemelos. Los primeros, sin embargo, pronto estarían en la casa cural “Donde nada les iba a faltar y con suerte hasta podrían estudiar”.

—No hay manera de razonar con un loco —agregó—. El día menos pensado lo encontramos muerto. O peor. Usted sabe lo que puede llegar a hacer alguien así... Avéngase. Mañana, si quiere. Usted y los suyos pueden dormir ahí atrás —señaló el cuarto donde él la había violado—. Quién quita un quite mujer y hasta hombre consiga otra vez.

Su sonrisa de medio lado se cortó al echarse un trago de aguariente, para de inmediato escupir a los pies de la mujer de Sandoval.

—¡Bravo me quedó este guarito!

### XXXVI

“Nombre, si el jefe político era de a por derecho. Lo que pasa es que bebía mucho y de seguro se le reventó el hígado. No es el primero ni será el último, mi comandante. Qué barbaridad. Pero en fin, así es la vida y hay que seguir. El muertico al hoyo y el vivito al bollo.

“Mi comandante, yo lo entiendo y creo que tiene razón. A lo mejor está usted en lo correcto con hacerme el nuevo jefe. Ya ve, hasta el finado pensaba lo mismo, al dejarle al cura el testamento donde me nombraba el heredero de las tierras. A lo mejor y sí es cierto que yo de verdad sirvo para ordenar.

“Ya va a ver, no lo voy a defraudar. Si Dios ha querido que las cosas sean así, quién soy yo para contradecir. Verdad, mi comandante. Para que vea, yo también estoy de acuerdo en que un aumento para usted de fijo es lo mejor. Ah, claro. Y esta muchachita, que es como una hija para mí, y no ha sido tocada por nadie, va a irse con usted para ayudarle en las labores de la casa. Está tiernita pero yo sé que usted mi comandante me la va a instruir, no es cierto...”

...ensayaba El Albino para estar listo en el que sentía era el cada vez más cercano momento de su triunfo total.



## XXXVII

Luego de que avisaron del hotel que “Parece que el señor Sandoval se marcha”, Elena esperó que por lo menos la llamara para despedirse pero después de casi medio de hacer tiempo y alimentar el convencimiento de que Sandoval era un cobarde de mierda en busca de lástima, decidió ir a enfrentarlo. “Que se había creído aquel idiota, que se iba a ir sin decirle adiós al pedazo de hembrón que más bien le hizo el favor de cogérselo...” Se decía la muchacha que ni sospechaba que la habitación C26 estaba desocupada hacía rato. Tenía rabia y cólera. La voz interna que a veces le hablaba no podía estar equivocada. Igual si lo estaba: era un cobarde. Lo confrontaría. Lo que más mal la dejaba era que se sentía..., la sola palabra toreaba más su rabia: despreciada. Ella, la mejor hembra del hotel. La que nunca se negaba a pasarla rico si conocía a alguien interesante. No que anduviera con cualquiera. Eso no. Por el contrario era discreta y evitaba hasta donde fuera posible involucrarse con los clientes, si ponía en riesgo el trabajo. Sabía que al decidir tener algo con quien fuera, debía quedar claro que duraría los días de hospedaje y ya. Sin enredarse ni confundirse. Era un sano trato de placer que evitaba las complicaciones que siempre traen las separaciones.

Esta vez en cambio la cuestión salió distinta y en definitiva se sentía... ¡otra palabra de mierda!... menospreciada. Por eso fue a buscarlo, más rabiosa que si fuera cierto. Y por algo más, que descabezó antes de que le creciera, partiéndola en dos como si fuera una lombriz: sintió que hasta hubiera sentido que aquel hombre pudo llegar a hacerle falta. Metió su llave de edecán y entró. Las sábanas y lo paños estaban sobre el piso, como se hace al quedar una habitación libre, y la del aseo deja todo listo para que el edecán verifique el inventario de los enseres y del minibar. Elena ve que lo demás está en desorden. En otro momento reportaría el mal trabajo de la encargada del aseo del turno de la tarde. Son muchas las veces que no hace lo que tiene que hacer. Esta vez no importa la pereza sino que la agradece. Otra habría visto el par de cuadernos de notas de Sandoval, en la primera gaveta de la mesita de noche. Los ojea. Descubre apuntes de las conversaciones con La Negra, direcciones, nombres de gente del pueblo de hace mucho. Una especie de mapa de parentescos. No entiende qué hace su nombre en medio de las tachaduras y manchones. Entre las anotaciones se busca en medio de una letra difícil de entender. Nunca ha sabido qué opinan de ella aquéllos con los que se ha acostado. Lee y los ojos comienzan a hacersele agua. El localizador insiste desde hace rato pero hasta

ahora se da cuenta. Lo ignora.

Piensa “¿Por qué es tan idiota?”, y sigue leyendo. Busca sin orden. Al final abraza los cuadernos y se levanta para salir. Antes ve el frasco de pastillas rojas. Casi no quedan. Lo guarda junto con los cuadernos. Apaga la luz y se queda inmóvil. De pronto recuerda y se lanza debajo de la cama. Ahí está. La computadora portátil. La pone junto a los cuadernos. Sonríe. Recuerda el día en que Sandoval mandó a traer la portátil para poner en orden lo que La Negra contaba. Ni idea tuvo entonces de que fue ella, Elena, la causa. “Si las paredes hablaran”, piensa la muchacha. Una luz azul penetra con su punzada por entre las cortinas mal cerradas que dan a la terraza. El localizador vuelve a vibrar. Lo apaga. A tientas busca las botellitas de whiskey del mini bar, un vaso de vidrio y dos cubos de hielo. Destapa una. Huele a trigo pero ella no lo sabe. Bebe, lentamente. Comienza a llover. Mucho. Deja de pensar y respira. Sólo respira.

### **XXXVIII**

El regreso de Elena a la casa de sus padres resultó menos complicado de lo imaginado. En cuanto a su despido se limitó a decirles que fue por una reorganización del hotel. No mencionó que fue por causa de la clase de idiota que era el recién nombrado coordinador de turno, El MANAGER JUNIOR, como insistió en ser llamado desde que entró a trabajar marcando de una vez la cancha: tenían que tenerle miedo. Y mostrárselo. La cucaracha de hombre intimidaba a quienes le tenían miedo genuino, pero la gran mayoría aparentaba agachar la cabeza y meter el rabo entre las piernas mientras buscaba la mejor circunstancia para hacerse con el puesto del manager, lo más pronto posible y a cualquier precio.

Sólo Elena ni determinaba al mamarracho aquél. Estaba segura que fue esa actitud, que no disimulaba ni ostentaba, la causa verdadera para que se “prescindiera de sus servicios”. Recibió la “amonestación oficial” de parte del “manager” por haberse ausentado más de un turno de trabajo, de igual manera que hubiera recibido los buenos días de un extraño. Ni el sobre recogió y no lo volvió a ver. Lo dejó hablando solo y caminó a paso lento hacia la salida del hotel. Como si siguiera los pasos por el camino lateral que tomara con Sandoval la primera noche que estuvieron juntos, después de haberse tomado unas cervezas en La Marisquería.

Ante la insistencia del localizador lo apagó, coincidiendo sin saberlo, con el comienzo de la carta de despido por parte del manager.

Aquella actitud, su desobediencia, la burla a su lugar pero, en especial, el desprecio a la segunda oportunidad que él concedía tan generosamente, no podían tolerarse bajo ninguna circunstancia. Debía servir de ejemplo para que nadie tuviera la menor duda de que era él quien estaba a cargo. Por eso, cuando Elena al fin pasó por la recepción la emboscó para darle la carta de despido frente a los que pudo reunir sin afectar el funcionamiento del hotel, so pena de una amonestación. A la muchacha le exigió, con aires de ofendido, que contara en público la plata de su preaviso, vacaciones, aguinaldo y cesantía. Ella no quiso. Ignorándolo se fue a la sección de empleados a recoger sus cosas del casillero. Había puesto los cuadernos de notas y la computadora portátil, al fondo de su maletín, bajo los calzones y los sostenes. Al salir, el viejo guarda ofreció disculpas por tener que revisarle el maletín. El MANA, así lo nombraban al saber que no los oía, acababa de llamarlo para indicarle que tenía que hacerlo a cabalidad. Que él vigilaría por “el circuito cerrado”, otra de sus grandes ocurrencias. Elena abrió las interminables divisiones mientras decía al guarda que no se preocupara, que cumpliera y ya. El viejo guarda medio movió el bulto y justo al devolvérselo sonó el teléfono:

—¡Sí don MANAGER! ¡Cómo no! ¡Está bien, señor! Lo que usted diga—contestó el guarda para volver a pedirle el maletín.

Disculpándose otra vez con la muchacha, susurrándole que era el MANA el que acababa de llamar, esta vez comenzó a sacar todas las pertenencias. Frente a la cámara, desfilaron dos pares de pantalones de mezclilla, cuatro paños multicolores, frascos con toda clase de cremas, desodorantes, pasta y cepillo de dientes, cepillos de todas las formas imaginables para pelo, champúes y acondicionadores, dos tiras en rojo chillón de condones con sabor a frambuesa que le dejó un español hacía casi dos años y que había olvidado por completo, blusas, faldas, y por último, una colección de diminutos calzones y sostenes de diversas tonalidades, en su mayoría casi transparentes.

El viejo suda. Las manos, hechas un temblor. Se quita y pone la gorra azul y amarilla de guarda, hasta que la cara se le pone roja. Descubre entre sus callosos dedos un sedoso y brillante hilo de tela rojizo. La arroja, como si fuera una culebra, y cae en un lento y alargado salto mortal cerca de la puerta. El guarda, sudando a chorros, embute todo de golpe, y cierra el maletín sin darse cuenta de que en su fondo iba la computadora.

—¡Ay Elenita! ¡Perdóneme!—trató el viejo de excusarse, al tiempo que miraba hacia el bombillito rojo de la cámara.

Ella volteó a ver, con el calzoncito recién recogido entre sus dedos. Dilatándolo, encogiéndolo. El bombillo pareció palpar duran-

te unos alargados y tensos instantes antes de apagarse.

Sus padres no hubieran preguntado nada, aun si Elena no hubiera colocado sobre la mesa, innecesario para ellos, la suma de dos meses de lo que siempre daba, más la mitad para la comida. La muchacha consideró que era suficiente para volver a estar en su antiguo cuarto sin ser molestada. De lo que tenía que cuidarse era de no hacer mucho ruido pues sus padres estaban viejos. Creyó que no avanzaba nada. Abrió la cartera y extrajo el par de botellitas plásticas con whiskey etiqueta negra que trajo del hotel. De un trago bebió el líquido amarillo oro de la primera. La piel se le erizó. No estaba acostumbrada a beber licor tan fuerte, sin ligar y caliente. No tuvo opción. Las latas de cerveza del mini bar de la habitación de Sandoval eran de una marca gringa muy mala y no cabían ni dos en la cartera. Con hielo sabría mejor; recordó lo que bebió en la habitación de Sandoval, que no sabía mal sino fuerte. Pero no quería comenzar a molestar a los viejos por unos pedazos de agua congelada. Menos que tal cosa fuera la excusa para comenzar a abrir una rendija que ellos agrandarían, sin mala intención, hasta abrirse camino y sentirse con derecho a meterse en sus cosas. Y, aunque era cierto que esto sucedería tarde o temprano, haría lo que estuviera en sus manos para que fuera lo más tarde posible. De manera que no contar con algunos trozos de hielo era uno de los sacrificios necesarios. Se sintió heroica.

Elena miró su cama de siempre, fiel al mismo crujir. Pasó la mano por la almohada. Siempre metida en la misma funda blanca con tupidas mechas que terminaban en puntas rosadas, como el corazón relleno de espuma que su mamá ponía en el centro. Detestaba la funda, que se mantenía siempre limpia, con la seguridad de que sería utilizada en cualquier momento. Tuvo razón. La aborreció todavía más, si bien esta vez era con agradecimiento. En el respaldar seguía el viejo reloj despertador de la secundaria. Y el diario que no empezó por temor a que su madre lo leyera. Sus asuntos personales los escribía en cuadernos amarillos, forrados con recortes de tiras cómicas de Supermán y Mafalda, que guardaba con falsos títulos. Cálculo I, Bioquímica, Literatura Española I y II. Una mirada desganada los recordó ordenados junto con los cuadernos de las verdaderas materias, en una de las cajas amarillas que estaban sobre el ropero. Podría ser la hora de botarlos. O de leerlos.

Al beber la segunda botellita no le supo tan fuerte. Decidió darse ánimos diciéndose que por lo menos tenía a dónde ir. Y una platilla. Mientras encontraba otro trabajo o decidía estudiar más, lo cual tenía el problema de que para ello tenía que irse hasta la capital. Rela-

ciones Internacionales sólo lo daban allí. También periodismo. Tampoco sabía si existía la carrera de escritora, algo que igual le gustaba. Tendría que ordenarse, para tanto la plata de fijo no da. En adelante todo sería para mejorar, pensó. Ya nada podía empeorar, pero le dieron náuseas y se fue al baño a vomitar.

—No debí de haber tomado whiskey —pensó al salir, mareada— siempre me cae mal.

Se metió entre su vieja cobija de cuadros que olía a limpio, sin interesarle la hora, no necesitaba excusas: estaba sin trabajo y sin hombre. Miró las paredes mordidas con viejos afiches de olvidados cantantes y artistas de cine, carcomidos y desteñidos, hasta que supo dos cosas. Lo primero que haría al día siguiente sería limpiar y recomodar el cuarto para la nueva Elena. Lo segundo lo pensó al irsele acurrucando un sueño lento: tomaría unas vacaciones pagadas por ella misma, para terminar de buscar lo que hubiera acerca de Sandoval, el abuelo del otro Sandoval. Le demostraría la idiotez de haberla despreciado. ¡Sí! Tendría las cosas ordenadas para cuando lo volviera a ver.

### XXX

Al principio Sandoval pensó en trabajar sólo los domingos. Luego los sábados. Después las tardes. Las mañanas. El problema fue que dejó de pescar y de sembrar, y descuidó lo que estaba para cosechar o a medio andar. Pronto no quedó nada. No le importó. Pese a que en un puñado de ocasiones trajo unos pescados minúsculos, huesos envueltos en plumas, raíces que desenterrara monte adentro, el hambre crecía como la humedad. Su mujer, en los últimos tiempos sólo servía agua caliente con hojas de monte y un poquillo de agua de mar. No quedó para comprar velas, ni fósforos, ni canfín para las lámparas, ni sal, ni lo que fuera. Al menos durante el día ella se internaba en el monte y traía algunas frutas o raíces. El problema vino al enfermarsele el mayor de Sandoval. Ni los paños de agua de río bajaban la fiebre. Por dicha, quien sabe cómo supo, la esposa de El Albino llegó al tercer día de que comenzara el fiebrón. Venía mandada por el marido. Quería que ella y sus críos fueran a vivir a su ranchón, pero que primero fuera a hablar con él. La mujer de Sandoval aceptó. No podía seguir hirviendo agua con piedras para que los hijos se durmieran de esperar que estuviera la sopa. No podía decir que no. Ni fuerzas quedaban para dejarse morir. Esa misma tarde recogió la rapilla y un par de cochínadillas que creía les co-

rrespondían, y con sus cuatro hijos se marchó para siempre. No pasó mucho para que se acostumbraran a vivir donde El Albino. Desde el primer instante cada uno tenía trabajos que hacer menos el hijo enfermo, el mayor. El de Sandoval. Le daban más comida y lo dejaban dormir lo que quisiera. Aun recuperado. El dueño nunca permitía que los gemelos lo miraran a los ojos y mucho menos que comieran o durmieran debajo del techo de la parte principal de su ranchón. Por esa razón vivían atrás. En cambio sí invitaba a la recién llegada a que comiera de vez en cuando con él y su esposa. La empezó a educar para que tomara el guaro que él dejaba para la casa. Ya su hembra estaba acostumbrada y aguantaba a beber igual que cualquiera de sus hombres. Por esto, a los días no fue extraño oír los clamores de las dos mujeres y del bicho humano como la leche cortada, desde la gran cama que éste mandó a hacer en su cuarto, el más grande. Quizás por la soledad. Tal vez por el frío. Seguro por el guaro. La mujer de Sandoval se aclimató a esos encuentros en los cuales los tres terminaban hechos un puño, desnudos, permitiéndolo todo. Ella no supo que El Albino menos que nunca compartía. Siempre tomaba, jamás entregaba. No sospechó lo que tejía. Por qué la esposa, que sólo obedecía, la llevaba algunas noches en las que el demonio no estaba para tomar y quedarse juntas.

Tampoco es que sintiera mucho, o que el asunto gustara. Pero al menos con la otra mujer no sintió asco desde la primera vez, lo mejor que le había pasado con otro cuerpo, y con el suyo, en lo que llevaba de vida. Aún así no tuvo la más remota idea de que la estaban engatusando, imponiéndole, en el fondo, las nuevas experiencias. Una noche pudo haber afirmado que concibió el estallido de la carne. Una en la que bebió más de la cuenta y se entregó a la esposa del otro por completo. Sólo que estaba demasiado borracha, con el cerebro embrutecido, antes de que el cuerpo se liberara. A la mañana siguiente el dolor de cabeza y el vómito deshicieron hasta aquel brumoso recuerdo. Ahora, sin embargo, es la primera noche en el ranchón. La mujer de Sandoval todavía no termina de enroscarse con tres de sus hijos entre la tabla con una colchoneta hecha de rollo de vástagos de banano, secados, amarrados y cubiertos por grandes pedazos de tela a manera de sábana, que en adelante sería la cama. El otro hijo, el enfermo, duerme en uno de los cuartos de adentro. Donde Sandoval nadie aguantaba más. Ella supo que todo estaba perdido desde el tarde en que no vino más, dos días antes de que llegara a buscarla la esposa de El Albino.

—Al menos algo no sería diablo en este hombre—y acurrucó a

los pequeños antes de cerrar los ojos.

La sopa de gallina los volvió a la vida. Hasta el estómago dolió de volver a comer. Sin pensar en nada más la mujer se quedó dormida. De espaldas a la mesa donde la forzó El Albino.

### XXXIX

Nunca habían estado entre paredes de aquella vaina fría que llamaban cemento. Nunca habían visto tantos libros. Si bien decían que su papá, Sandoval, sí. Acaso recuerden cuatro cascarones carcomidos e hirviendo de cucarachas en un viejo mueble a medio podrir.

—El cura los iba a enseñar a leer —fue lo que dijo la mamá que El Albino contó que el padrecito ofreció—. Y hasta podrían comer más de una vez al día.

Nada más ver qué rosadito y cachetón estaba el servidor de Dios. Éste había hecho los arreglos para que al principio la parejita de hermanos, los de Sandoval, durmieran en una antigua bodeguilla, al fondo de la casa cural. A la chiquita la educarían para que fuera sirvienta. Tenía buena pinta y La Negra, la criada que llevaba años trabajando para él, se encargaría de enseñarle. Al muchachito, en cambio, el propio sacerdote lo iba a preparar para ser su asistente personal. “Su monaguito”.

—Quién quita un quite —le dijo El Albino a la mujer de Sandoval que dijo el cura, mientras les mandaba la bendición a los niños y a ella misma—, que hasta en sacerdote termine. Los caminos del Señor son extraños.

No mucho después la niña comenzó a ver cómo su hermano se volvía primero distante y luego brusco. Ni hablaba. Pensó que estaba bravo con ella. No reclamó ni al sentir un cuchillazo de frío cuando su hermano dijo, a los pocos días de llegar, que iba a tener que cambiarse al cuarto del cura.

—Para que pueda entregarse por completo a las manos de Dios —aclaró el sacerdote, con un sediento brillo empañándole sus ojos café claro, y que los dos hermanos no entendieron.

La primera noche que estuvo sola no pudo dormir. Muchas otras tampoco. Su hermano era cada vez más huraño. Le preguntó si estaba enfermo ya que algunas noches se quejaba, por ratos, y respiraba muy fuerte. Como si tuviera ataques de aire, o de jadeos. En adelante su hermano ni la volvió a ver, y sólo con el cura andaba.

“A lo mejor tiene vergüenza de mí”, pensaba la chiquita. “¡Creído... Como se va a hacer cura!” Ella no supo. Ni a los dos años, al

encontrar a su hermano colgado del cordón con que el sacerdote sujetaba su sotana, anudado en el horcón de la entrada de atrás de la iglesia. Se corrió la voz de que la iglesia estaba maldita, hasta que una noche se incendió. Si no es por La Negra, la niña, que casi llega a ser la última de los Sandoval, se habría quemado junto con la casa de Dios y del cura. Se la llevó el día antes del incendio, parece que sabía. La mujer tomó un cariño verdadero por la chiquita. El único que recibiría en toda su existencia. Tanto que, al preguntarle La Negra que cómo le dirían a la mamá de ellos que el hermanillo murió y que ella vino a vivir a su casa, la chiquita contestó que mejor no decirle nada todavía porque podía a reventársele el corazón. Por si fuera poco era hasta capaz de llevársela de regreso y ella no quería. Enseguida la abrazó tan fuerte que no le quedó otra que agregar que si así estaba la cuestión, entonces más adelantito avisaban a la mamá. Hasta que el adelantito se volvió para siempre.

Alegre y más bien gorda para la edad que tenía, La Negra, trabajó desde tiernita en casas antes de llegar a donde el cura. Estaba casada no hacía mucho con el policía ayudante de la delegación, un mulato joven. El único honrado y trabajador que tuvo el puesto en toda su historia, y que tenía su ranchito en las afueras del pueblo. La mujer no olvidó cómo el cura quiso darle su buena plata para que no se casara. O si lo hacía que no se fuera de la casa cural.

—Nunca se debe hablar con nadie acerca de lo que pasa en la casa de Nuestro Señor —le sermoneó.

Ella señaló hacia la muchachita:

—Si me la da para llevármela, trato hecho.

El cura se quedó callado. Sudando, frotándose las manos.

—No se preocupe —agregó la mujer con chilillazos de determinación en sus negros y hondos ojos—. La muchachita lo que sabe es ser pura y yo lo que quiero es resguardarla de más horrores. Todavía es una niña y vea cómo ha sufrido. Le doy mi palabra de que en mí encontrará cariño de verdad. Jamás nada que la hiciera sentir mal. Me entiende curita, me entiende.

Estas últimas palabras, remarcadas, junto con su mano extendida llamándola, fueron el principio de su nueva vida. En la época cuando en el cuerpo despuntaban los dieciséis años, pero en la mente no andaban más de siete.

## **XL**

La Negra sabe que no fue culpa de la muchachita. A ella le pasó lo



mismo, sólo que en su caso rápido perdió la panza. “Casi me voy para el otro lado.” Duró dos meses en cama. Todos pensaron que se moría, por lo flaca que se puso. “Pero hierba mala nunca muere”. A poco de andar consiguió trabajo en la casa cural. No, ella sabe. La culpa fue, es y será siempre del guaro. Por eso ella no bebe. Para que no se le ensarte aquel animal ponzoñoso. No recordó por qué se devolvió al rancho esa mañana. Lo que no olvidaría fue entrar y ver a su esposo montado sobre la muchachita. “Le tenía la boca tapada con la manota”. No se explica cómo no la ahogó. Al descubrirlos ella estaba “moraditita. Al levantarse el desgraciado, temblando y pálido como un moribundo, del susto y la vergüenza, no pudo evitar que unas gotas palidejas me pringarán los pies”. Se juró no volver a estar con ningún hombre. Con el pantalón del uniforme de policía La Negra amarró el resto de su ropa y se la tiró. Sin gritar. Más que adolorida, decepcionada. Más que furiosa, traicionada. El guardia arrastró culpa y bulto hasta la comisaría. Dicen, que de la humillación esa noche abandonó el pueblo y en mucho no se supo de él, con lo que se perdió el único policía honrado de la delegación. Un día, uno llegó con el chisme que se hizo marinero y murió ahogado. A partir de eso, La Negra se volvió más alegre. A la par de que agarró el vicio de fumar grandes puros que cambiaba con los marineros que llegaban por sus famosas empanadas de cerdo.

Durante los primeros meses la muchachita estuvo mal. Ni comía pero no paraba de tener la panza revuelta. De feria con mareos y escalofríos recorriéndole el cuerpo a cada nada. Sólo La Negra sabía que lo que trataba de arrojar era el alma. ¿Cómo entender por qué quien dijo quererla como a una hija, esa mañana, lleno de guaro y de necesidad, la abrió en dos hasta romperle las entrañas? La muchachita no puede olvidar cómo, mientras le arrancaba el vestido, hasta doblarla sobre el camastro, chillaba que la culpa era de ella por haber desarrollado y andar de chingoreta. Qué sabía ella, a pesar de que su cuerpo adelantado dejaba atrás a la niña que vivía en sus hombros. Qué culpa tenía que los vestidos se hicieran tan chiquititos que no cabían ahí ni el cuerpo ni el calor, excusa de su marido para justificar que la desvirgara contra su voluntad.

“Estaba más cerca de ser tiernita que mayor. Seguro que no la alimentaron bien, y de feria venía débil desde el nacimiento, y ahora ni comía y ya estaba vomitando. Pensé que se me iba sin poder parir. Gracias a Dios que no. Al crecerle la panza tuve que explicarle que estaba embarazada y que yo iba a cuidarla y que íbamos a estar bien las dos solitas. Fueron unos tiempos en los que

la pasamos felices. Lástima que no tuve plata para pagarle un doctor. Igual que con toda la plata del mundo se me iba. Uno propone y Dios dispone, ¿verdad Sandovalito?”

## XLI

No por tristeza. Ni por alegría.

—Ahora verá El Albino. Ahora sabrán los demás quién es Sandoval —se ardió aquél que cada vez era más una mueca de sí que otra cosa, antes de caer de golpe sobre los talones y ponerse a llorar.

Lloró por primera vez; la segunda sería la última. No porque algo doliera. No por tristeza. Ni por alegría. Nunca había llorado. A todo el mundo le toca, como morirse. No sabía qué hacer, así que lloró. Al acabársele las lágrimas, lo que chorreó fue sal. Se sonó la nariz, limpiándose con su huesuda y callosa mano. Tan duro que se sacó sangre. Se levantó y, volviéndose hacia el perro, lanzó una patada que sabía no podía pegar, y gruñó:

—¡Pato, de esto ni una palabra a nadie!

Mucho pasó desde que supo cuál sería su venganza contra El Albino. Este convencimiento fue lo que le dio el calorcillo para no morirse, en las noches en las que caía en cualquier parte, al no dar el cuerpo más. Ni al abandonarlo su mujer y los hijos le importó. Por el contrario se vio aliviado.

—Es una puta —se dijo—. Lo duda —se contestó como si con alguien hablara—. Esta de honrado lo único que le queda es morirse y tal vez ni eso.

No necesitaba de nadie y para conversar tenía al Pato. Lo primero que hizo fue cambiar un atado de leña y dos de planchas de hierro por un poco de pintura azul que tenía el otro vecino, aparte de él, que todavía no vendía su tierra. Además, tuvo que darle sus últimos dos pantalones que, aparte de remendados, estaban todavía enteros. Sin regatear, algo extraño en él. Mientras el otro guardaba las cosas y trajo la pintura, tuvo que escuchar cómo contaba que al cumplir su hija dos días de desaparecida, llegaron “los lameculos de El Albino”.

—Mire patrón —dijo uno de los dos Gallo’e Queso—. El que es mandado no es juzgado—. Firmaba o no volvía a ver a la hija.

El padre, demacrado y envejecido de pronto, sudando helado y hecho una tembladera, volvió a ver a Sandoval: “¿Qué puedo hacer? ¡Dígame usted! ¡Dígame!” Pero a éste le interesaba una mierda lo que fuera a hacer. Lo quería era la pintura. Ni las gracias dio, ni lo

quiso oír más, una vez que tuvo en sus manos la golpeada lata. Más tarde, en que quedaba de casa, agarró la tabla más cuadrada y grande, la base de su cama, y raspó con suavidad durante varios días. Cuando estuvo “igual que nalguitas de bebé”, escribió con mucha dificultad, no veía bien de cerca, unas irregulares letras en color azul que de vieja costaba mucho pasar. Tanto que tuvo que repintarlas varias veces. Luego buscó el pilote más fuerte, y lo cortó a dos metros y medio. El día en que terminara su venganza, lo usaría para asegurar la tabla que acababa de pintar. Para ello guardaría un par de tornillos y clavos de cuatro pulgadas, de los que usaba para afianzar la cerca. Al empezar la noche fue hasta donde comenzaba su propiedad “Que ningún hijueputa iba a quitársela mientras él estuviera vivo” y hundió el pilón, mazazo tras mazazo sin parar, hasta un metro. Respiraba con dificultad y sudaba como si le lloviera por dentro. Imaginó las letras azules, frescas, gruesas y enchorchadas, chispeando contra la oscuridad del mundo: CALLE SANDOVAL.

## XLII

“Sepa que hablo porque Elena me lo pidió. Que quede claro. Como también que era hora de sacármelo del buche. Si no lo escupo ni morirme puedo. Aparte de que es cierto lo que usted dice, no queda nadie de esa época que sepa lo que pasó, sólo yo. Escriba lo que quiera y ponga a trabajar el aparato ése. A mí no me jode que me lleve la voz ahí en esa carajada. De todas formas ni hablo con nadie. La verdad, es usted, Sandovalito, el que me hace un favor a mí. Pensándolo bien, quién sabe si va a querer saber lo que yo voy a contar. Bueno, es su asunto. Yo dije que sí y no hay vuelta de hoja. Di mi palabra y un trato es un trato. Tome”.

Se arranca un rizo como un chasquido de luz de la cabeza.

“Ya decía mi mama, que también era honrada a carta cabal: “Un cinco es plata y un pelo es barba”. Y, quién quita un quite, y sí después de que termine de decirle lo que sé, voy a quedar tan livianita que no voy a necesitar hablar en años. Como si hiciera falta, verdad.

“Hasta podría irme en paz, como los angelitos. Eso sí, recuerde que usted me prometió que no va a contar estas cosas a Elenita hasta que yo no esté en esta tierra. ¡Claro!, con lo que contó de su salud, capaz que usted se va primero. ¡Qué le vamos a hacer! Estamos en manos de Dios, Sandovalito... ¿Verdad que estamos en sus manos?”

“El caso es que mi muchachita fue valienta para parir. Lástima que cuando la criaturita lloró ella murió. Fue una niña. Una niña

preciosa. La más lindísima del mundo, sin exagerar. En buena ley, mi nieta. Así la cuidé. Trabajé como una caballa mujer. De sol a sol. Hacía empanadas, panes, planchaba ajeno, cocinaba para turnos, lavaba, sembraba, lo que fuera. Jamás fui quitada para trabajar la tierra. Me hice de unas gallinillas, vendía pollo, huevos, lo que fuera.

“Ella no tuvo problemas para ir a la escuela, la primera que pusieron por estos lados. La maestra era una chinilla trabajadora. Pasada de buena. Ella fue la que me dijo que mi chiquita era excelente para el estudio, y me ayudó para que le dieran una carajada que llamaban beca. Cada fin de mes yo decía ‘Andá y ordeñás la bequita’. La chiquilla se carcajeaba. Era la época en que con la platilla que daban, y lo que yo ganaba, pudo ir sin problemas al colegio. Que por dicha pusieron aquí en el pueblo; el otro quedaba demasiado largo. En más de una ocasión yo fui a ayudar con la construcción. El gobierno ponía los materiales y el pueblo la mano de obra.

“Mi chiquita entró a clases para allacito de lo que llamaron los años sesentas. El problema fue que esos tales años fueron los que me la malearon. Primero comenzó a darle vergüenza de que me vieran con ella. Como yo era y sigo siendo negra, y ella, que debía de andar por los catorce o quince, era blanquita, blanquita. Y linda, la condenada. Esa fue su perdición. Se creía una artista y hacía lo que quería. “De por sí usted no es nada mío”, me señalaba. Yo me decía que eran tonterías de la edad... En el fondo siempre supe que me salió maluca. Comenzó a fumar jovencita. A tomar. A salir con hombres mayores. Por lo menos siempre iba bien en el colegio, hasta en los primeros de la clase estuvo. ¿Qué iba yo a saber?”

Hasta que fue demasiado tarde, La Negra se enteró del por qué de las llegadas tardías de la muchachita. Después de clases se quedaba en la oficina del director, más famosa por los juegos que por otra cosa. Allí se reunía el “club del truco”, una suerte de juego con dados y engaños que metían en un vaso de cuero, labrado con un extraño escudo nadie supo de dónde, y que aceptaron como del grupo. Hasta el profesor de artes hizo un alto relieve en madera que barnizó, Lo ponían toda vez que comenzaban las rondas de juego, al finalizar las clases, y no quedaba nadie más en el colegio. Desocupaban la mesa del director: un hombre bajo, de panza grande, fácil risa, ojos jaspeados de verde y gran bigote entrecano. Era el cabecilla natural y cuya palabra nadie ponía en duda cuando era el árbitro en alguna disputa, y sacaban las botellas de licor. Las más de las veces guaro, cerveza y el whiskey del director. Completaban el club del

truco una conserje y los cinco profesores más viejos. En un principio juraron que se quedarían por un período lectivo, ahora nadie recordaba cuánto llevaban dando clases.

El segundo al mando era el profesor de matemáticas. Un cuarentón moreno, escurrido, con cara de idiota, pelo liso y humos de inteligente. Seguía el de ciencias, de cincuenta y tantos, pelo castaño, alto, flaco, nariz ganchuda, cara colorada, labioso y de una piel igual que la leche cruda. Era inseparable del profesor de música, calvo, redondo y colorado, de la misma edad y la misma mirada “de mosquita muerta”, como les decían los otros al querer molestarlos al insinuar que entre ellos se daba quién sabe qué. El de español, un viejo solitario que debía de estar pensionado, era el bromista del grupo. Moreno, inflado, de mediana estatura y cara cuadrada, rematada con grandes y gruesos anteojos, boca ancha, rodeada de gran papada y coronada por un grueso bigote negro. Salpicado por pelitos blancos, decía ser escritor sin que nadie hubiera leído nada de él. Excepto las espantosas motivaciones que, para las fiestas patrias, redactaba y hacía que los alumnos recitaran en el chorro de actos cívicos.

La parte masculina del club la completaba el profesor de artes: pequeño, moreno y panzón, con boca diminuta, en la que faltaban dos dientes inferiores, sobre la que pretendía convencer como bigote una hilera escuálida de pelos. Éste, que habría pasado los treinta años, era tan amargado que parecía tener la edad de la agüevazón. Sólo al tomar guaro se transformaba en el más fiestero, dicharachero y arriesgado. En clase los alumnos lo odiaban, a pesar de que afuera de ellas era muy callado, cuando daba lecciones siempre sabía la verdad. Se dedicaba a corregir a quien dijera cualquier cosa que lo contradijera o que él pensaba que así no era. Si algún novato le ganaba una discusión, por pequeña que fuera, al final del curso encontraba la forma de obligarlo a hacer los exámenes de aplazados, poniéndole, sin reprobarlo, la peor nota posible.

Remataba este rejuntado de almas una conserje, grande, blanca y gorda, de pelo rubio teñido con agua oxigenada. Con su infaltable y pestilente puro, de unos más baratos que los que fumaba el director, la mayor parte del tiempo apagado, esta mujer gustaba mostrar sus enormes y pecosas tetas, que llevaba siempre sin sostén, flanqueadas por axilas como hormigueros. Para ello usaba sus vestidos de gran escote y sin mangas, a la altura de las rodillas, que remarcaban las rechonchas y peludas piernas, y movía el limpia pisos, con lentitud, para que nadie se perdiera el bambolear de pechos, pelos y sudor, en especial al tocar a recreo. El club de tru-

co se reunía cada quincena, al recibir el pago. Si se presentaba la necesidad de más reuniones decían la misma excusa: las juntas del comité de cívica. De repetirla, se volvió verdad para el resto de los profesores, el personal administrativo, y las familias del director y del profesor de matemática. Para sus reuniones, el director mandó a poner, de su propio bolsillo, un par de enormes y suaves sillones, abanicos en cada esquina, luces de distinto color, un bar con la apariencia del archivero más grande del colegio, y un tocadiscos del cual sólo sabían los del club.

Fue allí donde, en poco tiempo, la muchachita aprendió a apostar el cuerpo por calificaciones. Desde la primera invitación a una reunión la muchachita se sintió en su charco. Aceptó con la condición de que la dejaran beberse una cerveza y, al haber engullido tres, que le permitieran quitarse la blusa y la falda, para bailar más libre. Luego de la quinta birra, y sin más sobre el cuerpo que el sudor, debido al baile que les hizo, el director se la cogió, esa vez sólo por el coño que aullaba de la mojon, a cambio de prometerle subirle las notas. Lo hizo sobre la mesa donde jugaban truco, mientras los otros sacaban y chupaban las tetas a la conserje, y le metían las manos entre el panal de pelos de la entrepierna. Al rato la mujer les estaba chupando las vergas, uno por uno, hasta dejarlos secos y sin botar una sola gota.

Con un par de reuniones, la muchachita, que era en buena ley la nieta de Sandoval, exigió sólo nueves y dieces en todas las materias. Todo al ver cómo la conserje terminó jugándose el cuerpo con los seis varones del club del truco a cambio de otra ronda, luego de que dejara ir el salario del mes en unas horas. A partir de esa vez supo que podía hacer lo que le diera la gana con dichos hombres, de lo bien que los hacía sentir al cogérsela, y de las ganas que siempre se aseguraba en dejarles. Como una cosa conduce a la otra, pronto la muchachita puso tarifas, dependiendo de lo que quisieran, siempre y cuando les bailara primero. Se hizo una experta en durar lo necesario para que el grupo estuviera borracho. Hasta disfraces mandó a hacer, de los cuales el que más chillidos y billetes sacaba era el de monja. Al final estaban tan “forrados en guaro” que ofrecían el doble, o más, si se dejaba coger entre todos. Ella aceptaba no tanto por la plata, aunque no dejara escapar cualquier posibilidad de ganarse un billete, sino porque en verdad le gustaba.

Pese a que estaban corroídos por el animal ponzoñoso del guaro, y no servían para mucho, ella siempre se aseguró de hacerles creer que eran unos padrotes. La plata comenzó a aumentar y ni a clases iba, si bien no debía faltar al colegio. En horario normal de

lecciones, fueron muchas las ocasiones en que la muchachita, con una falda de uniforme muy corta, la única, en principio, a la que se lo permitían, pasaba a la dirección donde, a puerta cerrada, era corregida por el director. En los primeros días del último año fue al aula sólo para tantear a los nuevos, aunque siempre salía de la casa de La Negra con el uniforme, pasado el almuerzo. Decía que las clases eran en la tarde y en la noche. No tardó en reclutar a dos compañeras para el director. Venían de otro colegio directo al último año. Con esto ya no tenía que estar siempre en su oficina y podía explorar con tranquilidad el resto del pueblo que había crecido a medio puerto, excepto cuando el director la llamaba dizque al recibir quejas de alguna de las otras dos estudiantes, o de ambas. Los cuatro terminaban en un desorden de cuerpos que no hacían sino aumentarle el poder a ella. Tanto que pronto trasladaron a las nuevas al uso de los del club, cuyos socios aullaban toda vez que las chicas, y a veces la muchachita, hacían el amor entre ellas. A medio curso cada miembro del club, sin excepción, llegó a buscar prestado en distintos negocios del pueblo. Como la conserje resultó la más endeudada, al final tuvo que huir, sin que se supiera más de ella. La vida dio tantas vueltas que cada vez más, para las fiestas que se hacían, la propia muchachita les prestaba plata a los del club, por supuesto con altos intereses

En el último año, la chica conoció al dueño del bar roquero del pueblo, un gringo de origen latino como de cincuenta años que la metió en el mundo de la marihuana y la cocaína. La hacía sentir que ella era una artista. Lo traía en la sangre. Para el gringo fue fácil convencerla de que debía de probar como modelo. Se la presentó a un comerciante de la capital que llegaba cada mes, y que hacía calendarios para adultos y cine artístico. El inconveniente de no ser mayor de edad se resolvió con un puñado de billetes. Faltando sus meses para que, según las cuentas de La Negra, la muchachita cumpliera los dieciocho años, ésta llegó una tarde con su recién obtenida cédula de identidad.

“Ahí me lo sentenció: ‘Mire Negra, ya tengo cédula y ahora puedo hacer lo que quiera’. Dijo que tenía la oportunidad de trabajar en lo que siempre quiso: ser modelo. Yo pregunté y ella me contestó que qué era eso. No entendí mucho. Me quedé callada una vez que dijo que se iba. Ni gracias, ni mucho menos un abrazo. Después supe que estaba en los tales Estados Unidos, y que según ella era actriz. No quise averiguar más. Yo sentía una bola en el pecho y en los pulmones. Y justo en la época en que el tiempo me iba curando el olvido, habían pasado casi cinco años, un día

oigo que tocan a la puerta y quién cree que era. ¡La muchachita! Ahora hecha una mujer completa. Vestida con unas anchas ropas llenas de puros colores vivos, la moda, me aclararía y me abrazó; por primera vez, en lugar de pedir. De tan largo y apretado que resultó el abrazo que no hice ningún reclamo. Se veía bien.

“No había terminado de entrar y estaba sacando de una gran caja un jarronzote lindísimo, con una pintura de un velero en alta mar. Era para mí. Me contó que traía su buena plata ahorrada y que estaba de vacaciones. Le pedí que se quedara conmigo y ella se rió, igual que la mamá. Pasaron los días y ella ni salía: sólo ayudarme en la casa. Me dijo que no quería que siguiera vendiendo lo que yo siempre hacía. No la dejé, bueno no con mis famosas empanadas de cerdo. Me contaba de los lugares que conoció y que salió en películas, revistas y calendarios. Yo no preguntaba. Reía orgullosa de lo que logró y se ponía tiras de colores para amarrarse el pelo.

“La vaina reventó al mes de llegar. Una mañana se sintió mal. ‘Debilidad que da el mal alimentarse’, recuerdo que pensé y le hice un caldo de gallina como para revivir muertos. Aun así seguía mal y hasta peor. Me fui en punta carrera a buscar al doctor, que ahora hasta teníamos en el pueblo. Fue cosa de un ratillo, pero al regresar la cama era un charco de sangre. Ella estaba desmayada. El doctor corrió. Yo más. Al levantar las cobijas no nos vamos encontrando a la criaturita. Otra hembra: la maldición de aquella familia. Recuerdo que el doctor, luego de despertar a mi muchacha hizo un montón de preguntas, que medio contestó. Explicó que la recién nacida era una prematura “sietemesina” y se fue para la casa a traer una lámpara especial para alumbrar a la bebida. De lo tierna, sin esa luz se nos iba. Aquella lámpara ayudaba en no me recuerdo qué cosa de la piel y creo que también con algo de la panza, el hígado o quién sabe. Además trajo suero para la mamá, que casi se desangra.

“La recién nacida se recuperó con la leche de una vecina que había parido hacía poco, y que echaba tanta que agradecía poder aliviarse. La reciente madre se repuso con mis caldos y mi cuidado. No reclamé. Ella no dio ninguna explicación ni gracias. Nada. Sólo la noche en la que se fue para siempre. Debí haberlo sospechado. De pronto, sin un por qué, me estaba dando un fuerte y largo abrazo seguido por un beso, antes de ir a cobijar a la nenita. Recuerdo que llovió mucho. No me cabía el corazón de la contentera y me dormí como un angelito. A la mañana siguiente sólo estaba la chiquita.”

Si bien con la que fuera “su muchachita” no se marchó su razón de vivir, La Negra supo que le había quebrado las fuerzas de luchar. No hallaba, y estaba aterrorizada por ello, cómo hacer para intentar



hacerse cargo de la recién nacida. No tenía de dónde sacar las ganas, y eso que la mocosita cada día era más linda, y morenita, y sana, y grande. Por dicha para ambas, apenas unos vecinos supieron lo que pasaba vinieron a verla. No terminaron de preguntar, y La Negra abrió el pecho y no paró hasta que dejó ir lo que guardaba de dolor. Lo peor fue que no confiara en ella, que ocultara la verdad y sólo pensara en sí misma. Ni siquiera en la panza.

O tal vez aquel último acto de egoísmo, de venir a dejarle a la criaturita a ella, fue lo único que hizo por alguien en toda su existencia. A lo mejor no sabía hacer otra cosa. Y nunca, nunca pensar en ella, La Negra, como en quien necesitaba sentir que la querían. A no ser por ese abrazo... Pero ¡qué va!, ese apretujón era más al crujiir de las gradas que hace el condenado al subir rumbo a la horca. Por si fuera poco, le jodía lo que nadie pudo rasguñar: las ganas de luchar. Y con esto, los deseos para encaminar a la criaturita. “Que para peores, era un angelito de Dios”. Por todo terminó de aceptar que los vecinos se dejaran la niña para criarla. No les sobraba la plata, pero comida y cariño no iban a faltar. A pesar de esto, y de que entendía que estaba con gente honrada y decente, a veces la mordía la vergüenza de que se quedó sin el impulso para hacerse cargo de la sietemesina que en buena ley, vendría a ser su bisnieta.

“La pareja vecina no pudo tener hijos y, pese a que eran mayorcillos, lo cual era bueno al crecer la chiquita, tenían su casita y todos en el pueblo ponían las manos en el fuego por ellos, acepté. Pero antes les hice jurar, con las manos sobre la Biblia, por los clavos con los que Nuestro Señor fue crucificado, y por la memoria de sus padres, que de ningún modo le dirían que era adoptada. Ellos se comprometieron, lo mismo que el puñadillo de vecinos que conocían la situación. Les dijeron que yo era la madrina de la güila. Así podía verla de vez en cuando mientras crecía. Luego vendí los chunches y me vine para acá. Me compré este terrenito a orillas de la playa y con mis propias manos hice este rancho. He estado esperando la hora de morirme sola, o por lo menos sin mis recuerdos. Ah... y dejé de fumar. Sin pensar si Dios tenía algo más para mí, me vine aquí. Qué me iba a imaginar que usted iba a presentarse. Y con Elenita. ¡Las vueltas de la vida, verdad Sandovalito!”

### **XLIII**

“Extrañas en verdad. ¡Vaya si lo son!”, le habría dicho Sandoval si el pellejo me aguantara. “Ya puede morirse, Negra. Puede irse, ahora

que ha quedado vacía. Yo, en cambio, que de todas formas me iba a ir temprano, ahora estoy llenándome de respuestas que de haberlas mínimamente imaginado juro que me habría alejado hasta lo imposible. ¡Cómo, quién hubiera podido, siquiera sospechar de dónde vengo... y ella! ¡Vaya vueltitas las de estas viditas! Lo peor no es eso, a mí la verdad me entra flojo, sino el venir a respetar a quien he visto unas cuantas de veces en mi vida... Mi vida, qué será eso ahora, qué fue antes. Que ni se lo puedo decir ni a usted, ni a mí, ni a nadie. Mañana me operan, dicen que es lo último. Yo no quería, ni la operación ni otro tratamiento. La verdad acepté pues no me quedan fuerzas. Puede haber dicho que aceptaba en vista de que quería ayudar a los doctores. No todos los días tienen chance de estudiar a alguien como yo que cuando estaba desahuciado de pronto se recupera más de lo esperable. O pude haber consentido ya que no quería más dolor, lo cual es cierto. Pero la verdad acepté la operación porque no soporto el aburrimiento. Hasta acá llegué: es lo que puedo hacer.

“No puedo escribir más, que lo termine ella, si le interesa. Por lo menos sé, o espero, que de la operación no salgo. Pedí morfina y me la dieron. Sin esto no aceptaba más tratamiento ni menos que me rajaran. Es mi último gusto: sentir su densidad por mis venas hasta que no haya dolor. Una sensación de que la nada es con uno, y poder dejarse ir. Relajado. Olvidando. Flotando en la más deliciosa estupidez. De modo que para mí las cosas están bien. Después de la anestesia no me daré cuenta de nada. No más decisiones. No más despertares, ni imágenes. Ni de mí ni de nadie. No más deseos. No más lo que fuera. Los doctores no se explican cómo he durado estos meses, no recuerdo si son cuatro o cinco. Que debí de haberme ido hace rato. Plantean otra manera de lo mismo. Que un milagro que haya sobrevivido, que Dios esto, que Dios lo otro, que hay que darle gracias, que qué sé yo. No saben. Yo sí. Y mi abogado, que una vez me dijo: ‘Ojalá no parés de escribir hasta que te terminés de componer’, al prestarme su computadora portátil.

“Cualquiera pensaría que en el hospital fueron muy amables al dejarme lo más tranquilo posible. Algo de aquello hubo, para qué negarlo. Tampoco que así podían estudiar cómo y por qué me había mejorado y mantenido. Ellos no saben que ni morirme podía si no soltaba esta trabazón, que para nada era una “terapita”. Que en lugar de “bendecirme” me dejaba hecho un maldito. No me quedaba otra que poner “mi asunto” lo más en claro posible. Ya lo hice. Quedé igual que usted, Negra, livianito y listo. Iba siendo hora. Me habría gustado poder contarle acerca de lo que es estar en esta cama de hospital. Con el vivir crujiéndole a uno. No para que se compadezca

de mí, sé que usted no es de esas. No porque sea heroico. Más sencillo: es lo que me pasa. Quiero decir, que así me va en lo que me tocó existir. Otros tienen hijos, se emborrachan, piden prestado. A mí me tocó esto. Como ir al estadio los domingos y tener con quien compartir ese tipo de cuestiones. No que importe en sí, sino que es lo que puede contársele a una vieja amiga: cómo han estado los últimos tiempos, el trabajo, la familia, cosas así.

“Es verdad, ¡son raras las vueltas de la vida! Le confieso que lo último parecido a un deseo es tomarme “una jarrito de café” y conversar con usted. Allá en su rancho. Acerca de lo raro que se siente venir a morirse justo al encontrar a Elena, que en verdad, no sé cómo, se me coló hasta el hueso. O es lo más cercano a eso que me ha pasado. En realidad es casi nada. Pero en ese casi se me va todo, que no resulta, en honor a la verdad, algo que pueda considerarse mucho. Ni siquiera poco. En fin, yo qué sé... Usted debió sospechar que esta fue mi primera y mi última experiencia en este tipo de vainas. ¡Idiay Negra! No está para preguntar ni yo para decirle, antes mejor pagaba para no pasar de la transacción; sin negar que algunas veces me gustó. Hasta que surgió ella, “Elenita”. Si bien no tengo mucha idea de qué significa esto, la ventaja es que no me interesa. Que no se enterará por mí, sino hasta que no interese. Cuando no valgan ni los reclamos y las expectativas, ni las ataduras ni las justificaciones. Sin segundas opciones.

“Estoy seguro de que, de tener cómo, lo habría echado a perder. No porque sea mala persona, ni tampoco buena, sino peor: no quiero cambiar. No por cobarde, ojalá, o miedo, sino por aburrimiento, mi única y verdadera cualidad. Se lo puedo decir así, sin problemas, a ello se redujo mi egoísmo. Lo demás son trucos para que nadie más se dé cuenta. Aclarado el asunto, puedo decirle, sin falsas hombradas, ni mucho menos verdaderos patetismos, Negra, que no le conté a Elena lo que me pasaba, ni de lo que usted me contó acerca de mis raíces, ni las de ella... Si a tal cosa puede llamársele raíz. Por respeto a usted, no por mi hastío, no hice crecer ni la lástima por mí, ni por ella. A propósito de conocer astillas de la verdad de uno. Por eso le dejo este paquete a mi abogado. Tal vez así ella tenga una oportunidad. Quiero creer que se la merece aunque no me importa si la aprovecha o no. Me importa usted. Supongo.

“La duda es si yo soy capaz de dársela sin sentirme superior o, peor, que con ello me justifico. Sin que se me meta el pobrecito, o la culpa disfrazada. Quisiera sentir que lo hago porque sí. Porque la vida. Si de mí dependiera no cabría duda: no podría. Nunca aprendí. No tenía de dónde. Mucho menos desde la sangre. No lo

hago por mí. Sé, sabemos ambos, que en el fondo tampoco por ella. Aún entendiendo que fue de tan buena alumna en la escuela y en el colegio, y que a pesar, o gracias a ello, de que tenía que trabajar en la tienda del pueblo, que el hotel le dio una beca completa. A quién interesa que lo que perseguían los dueños era tener buena imagen con la comunidad. De qué valen esas cosas si ella pudo estudiar en un colegio técnico un sancocho que los políticos bautizaron “turismo bilingüe”. Además quiere ser escritora. ¡Pobre!... Tuvo una vez una breve temporada haciendo historias sobre personajes de la zona, al comenzar el primer periódico en el pueblo... Pero quien soy para juzgar nada. Es sólo la costumbre. ¡Qué mierda! Hasta es posible que al final lo único que me quede sea este ataque de intenciones. Al menos ella quiere ser algo. ¡Como si se pudiera evitar querer! ¡Como si se pudiera lograr!”

#### XLIV

Sólo faltan tres propiedades. De dos, hoy se asegurarían. Las tierras de Sandoval, sin embargo, serían las últimas.

—Ya verá —explicó El Albino, llenándole el vaso al político con el mejor fuego líquido de la casa—. Con la primera propiedad era cuestión de desviar el río más arriba. En nuestras tierras, perdón, patrón, en las suyas. Usted comprende, es la fuerza de la costumbre. De hablarles así a los muchachos para que pongan más ganas.

El Albino ofrece su sonrisa, ladeada, entre que sí y que no, y que todos, menos Sandoval, nunca entendían si era de sumisión o de poder. El otro hace una seña de ‘No te preocupés, comprendo la jugada’. Si bien no entiende y debería preocuparse.

—Hace una semana —continúa, mientras señala hacia la lejanía, detrás de un puñado de árboles que parecen retoños, consciente de que debe ser más cuidadoso por un trecho más— que le ponemos dinamita al asunto. Así que hoy era cuestión de ofrecerle la platilla que quisiéramos, que se pagará a su hora, y un sueldo de peón para que trabaje ‘En la gran finca del progreso’, según dicen usted y el cura, en lo que hasta ahora fue su propio terrenillo. El dueño está viejo para pelear. No puso peros, de dónde. Ahora lo que queda es esperar que mis muchachos nos traigan los papeles.

Justo cuando el jefe iba a preguntar acerca de la otra propiedad, los perfiles de tres jinetes reverberando contra el horizonte, son señalados por El Albino, al interrumpirlo:

—Mire qué casualidad, patrón, ahí me traen el convencimiento

para la otra tierra que nos faltaba.

Poco después son claras las siluetas. Dos de sus secuaces, los hermanos Gallo'e Queso, flanquean una figura mediana.

—Si el tata no firma no se la devolvemos —explica con su sonrisa de medio lado, al aclarar que se trata de una jovencita.

Al llegar, el político hace una seña para que se la traigan. Sin que nadie lo note, uno los Gallos le entrega a El Albino una bolsa de cuero con la escritura de la primera propiedad de las tres que faltan. El otro empuja a la muchachita hasta dejarla frente a la silla del político. Con los pechos despuntando, envuelta en lo que una vez fue un pantalón, sin duda del padre, y temblando de pies a cabeza picada por el incontrolable aguijón del terror, la niña baja la cabeza. No comprende por qué aquel gordo embarrado a la silla ordena que se le siente en los regazos. Un empujón salido de las sombras la deja encima. Gruñe, trata de zafarse. La fiereza no alcanza.

—¡Epa mi niña! —gorjea—. ¡Chúcara me salió! —Enseguida unta sus manos sobre la tela que cubre los agitados pechos—. Vamós a tener que amansarla.

De inmediato una mano se pierde entre el pantalón, directa a la entrepierna. La muchachita está paralizada. En el instante en que el ardor del hombre comienza a desbordarse, El Albino interviene:

—Con su permiso, es mejor calmarse por ahora.

El jefe, colorado de la excitación, lo vuelve a ver con una rabia seca. 'Cómo este Pedo'e Leche se ha atrevido a retarme' frente a quienes él cree "sus arrastrados". No lo puede consentir.

—¡Qué te has creído, para decirme lo que puedo hacer, cabrón!

—No se me enoje, patroncito —contesta, bajando la cabeza para disimular el encono—. Yo nada más decía que si usted se pasa a esta cagada, de seguro el padre no firma ni a balazos. Usted sabe lo caro que nos han resultado los accidentes como manera de conseguir las tierras. Con los tres o cuatro que nos hemos tenido que echar es suficiente por ahora. Conozco al tata de ésta y puedo asegurarle que es de los bravos. Sé que antes de firmar se asegura que la babosa ésta no haya sido tocada.

El otro pone atención. Ha dejado a la chiquilla y también su intención de, según él, echarle Los Gallos encima al propio Pedo'e Leche si lo hubiera retado más.

—Si la deja para cuando el trato esté listo —prosigue—, igual la va encontrar nuevita, y usted hasta con más ganas. Es sólo negocios. Usted comprende. A veces hay que sacrificarse.

—Ahora sí me limpiaste Albinillo. Ahora sí, cabrón... Claro que

tenés razón. Pero y ahora qué hago para enfriarme.

—Eso tiene remedio.

Un levantar de manos es suficiente para que sus muchachos arrastren a la muchachita hacia atrás del ranchón, en tanto El Albino conduce al político hasta su propio cuarto, donde hace rato la mujer de Sandoval y su esposa han estado “en sus juegos”. Bebidas, desnudas y con las piernas desparramadas, saludan, eructan y se descoyuntan con una risa idiota.

—Sírvase —agrega mientras le da un chilillo de punta tiesa.

Los ojos de aquél se inyectan de sangre, antes de que se acerque para tantearlas con el chilillo como si fueran yeguas.

—Sos un... —resopla igual que un chanco rumbo al matadero.

—Disfrute ahora que puede, hijueputa—se cuece El Albino, al cerrar la puerta por fuera —. Se le está acabando el tiempo.

## XLV

El Albino está al tanto de que lo primero es olfatear al enemigo. Observar hasta ver salir el punto exacto. Es la presa la que enseña cuál es su debilidad. La maña de escribir sus iniciales sobre la piel de las hembras, en particular sobre la de su esposa y la mujer de Sandoval, sobre quienes las marcas se ponen más rojas, lo que excita demasiado al político, será su perdición.

—El asunto está así —les ordena El Albino a las dos mujeres una tarde a principios de semana—. Al volver el jefe el próximo sábado —lo que era costumbre desde hace su buen rato— lo estará esperando un guarito especial. Se lo iré dando desde el mediodía, de modo que para la tarde el hombre esté a punto. Al llegarle el turno de irse con las dos, usted tendrá debajo de la cama —y señala a la mujer de Sandoval—, este papel donde el carajo ese pondrá los garabatos de su firma, tiene que creer que lo está haciendo sobre su pellejito. Es lo que tiene que hacer. ¿Entendió?

Luego las puso a practicar con él todas las noches, hasta que estuvo seguro de que lo harían bien.

—El sábado las dos tendrán que hacer no sólo lo que él les pida sino que deberán estar muy ofrecidas. ¿Entienden?

Para asegurarse que el jefe estuviera a punto mandó a traer una raíz que molería y mezclaría con la bebida, lo cual lo atontaría más.

—Después de que escriba las dos letras —agregó, antes de señalar como con un puñal de hielo, a la que se volvió inseparable de su esposa— usted va salir, dizque al baño, y me entrega el papel.

¡Acuérdese, no me falle o quién sabe lo que le puede pasar a los gemelillos, las crías esas suyas!

El Albino remarca las palabras, al referirse a la pareja que nació después del “favorcillo” que le hiciera, y que ahora al menos sirven de palanca. Los gemelillos más parecen fantasmas, deambulando por las esquinas más sombreadas del ranchón, sin hablar casi. A duras penas respiran. Es claro para él, y para la propia madre, en particular por el brillo en los ojos de quien descubre que la edad les cayó encima a los “cagados”, que comienzan a despuntar. Se huele en el aire que en cualquier momento El Albino va a estrenar por la fuerza a la gemela, y quien quita sino hasta al propio gemelo... No sería la primera vez. Aun cuando la madre no siente nada por las criaturas producto del veneno que le clavó el endiablado, pensó, alguna vez que estaba casi sobria, olvidándolo a la segunda botella, que estaba dispuesta a retrasar lo inevitable. Incluso alcanzó a desear que nunca llegara a tener a los güilillas. “¡Dios no lo quiera!” se machucó, roja de una furia apagada, “por lo menos para no darle ese gusto a aquel demonio de hombre”.

—Entonces —finaliza El Albino con una sonrisa que es más un escalofrío—, yo mismo me encargaré de finalizar el negocito.

## **XLVI**

Un cimbronazo, con mucho el más grande sentido hasta ahora, sacude el polvo del ranchón. El Albino, su esposa y la mujer de Sandoval quedan congelados. Borrachos y desparramados en la camota, han practicado todo el santo día lo que van a hacer con el jefe. Los tres vuelven a verse antes de reír y de anudar las “desnudencias” hasta formar un sólo ovillo. Hace una semana una seguidilla de reumbos ha sido la señal de que el río estaba siendo desviado. Según los planes, aquello traería un nuevo cauce y la primera de las tres últimas tierras que no tenían. Excepto “sus Gallos”, que estaban enterados pero no contaban; “eran unas tumbas”, nadie entendía. Si bien jamás iban a preguntar, por qué las aguas terminaban en una presa que El Albino mandó a hacer. Justo donde se separaban dos lomas medianas detrás de las cuales estaba la montaña. Y que ningún vecino puso atención en que quedaban frente a las tierras de Sandoval; menos éste. En el bosquecillo más tupido de por ahí, a donde tuvo que mandar enterrar a algunos inquietos y a los tres o cuatro rejegos que sólo así estuvieron de acuerdo en “darle” sus tierras.

—Ya verán cuando sepan para qué mandé a hacer esa represita.

Una ráfaga de luz cruzó por sus ojos, que se le pusieron demasiado oscuros hasta para él. Una subida de sangre lo tiñó. Huele el éxito de su plan, cada vez más cerca. El Albino sale a refrescarse debajo de su árbol preferido y se sienta sobre la enorme tuca aplanaada puesta contra la base del tronco. Recostado mira las flores que nacen. Dentro de poco habrá mangos. Mañana vendría el político por lo que la última práctica con sus dos mujeres lo dejó agotado. Le falta aire. Destapa una garrafillo y engulle un largo trago de su mejor guaro, mientras el sudor lo enfría. Al instante escupe en la garrafillo, la cierra y guarda, solo para abrir otra, del guaro de segunda, bueno, sin llegarle al otro. De ésta bebe corcor, antes de quedarse, perdido en ver hacia la montaña que colgaba de un azul brillante, total. Al lado opuesto, hacia el final de la línea donde acababa el mar, un revolcadero de anaranjados y amarillos era un hocico que engullía una solitaria y blanca nube en forma de águila. De pronto se sobresalta. Con una pistola en la mano la habría desgranado por completo sin siquiera pensarlo, sobre Gallón, el que se encargaba de vigilar a Sandoval. Con los ojos desorbitados, pálido, a pesar de chorrear sudor debido a la carrera a pie por entre el monte, aquel le sonrío a El Albino como si fuera un fantasma, antes de tirarle a los pies el sombrero de su enemigo mortal. Aquel bicho de prójimo, aquel golpe de sal, entiende lo que pasó. Por una brevedad no encuentra qué hacer, así que se queda sentado sin más. Despuecito de haber despedido a su hombre, quien se escurre como un perro, el hocico hecho un espumarajo, hacia el lado de atrás del ranchón.

—¡Qué hijueputa más grande fuiste a ser, Sandoval!

Rumia una amargazón que se le acaba de soltar desde la raíz del pecho. No está satisfecho. No entiende lo que siente. Sólo que no es lo que ha esperado por tanto tiempo. Siente un friillo. Le viene desde las tripas. Se mete un trago más. Sabe a salmuera.

—Terco... como nadie... En esto sí me ganaste, Sandoval. ¡Qué hijueputa más inútil que ni siquiera te fuiste a terminar como lo calculé! ¡Ni para morirte servís!

Y lanza un gargajo que maja y maja y maja.

## XLVII

Una parte es lo que falta para completar su plan y lo habrá logrado todo. Después de lo de Sandoval, El Albino no volvió ni a intentar probar guaro sino hasta bien entrada la noche siguiente. En silencio,



frente a la entrada de su cuarto aguarda. Con lentitud levanta su garrafillo pero no puede ni inclinarla aunque su boca se va abriendo. La mujer de Sandoval abre la puerta. Desnuda le entrega el papel medio estrujado con renglones en blanco, donde, al final, se muestran las recién estampadas iniciales del nombre del jefe político, con la fuerza que da la ilusión de creerse dueño de las cosas. Ni notó que no era pellejito de hembra sino papel. El último nudo comienza a desatarse. Mareado más de lo acostumbrado, y con una sed que quema la garganta más de la cuenta, el jefe no entiende por qué aquel güevón se ha atrevido a entrar sin que él lo haya llamado. Menos que le quite a “sus hembras”, a quienes manda hacia los pies de la cama. Impidiéndole incorporarse, El Albino le agarra la cabeza por detrás, hincándose contra el colchón de manera que el cuello quede prensado, con las orejas comprimidas contra sus rodillas. Como un machetazo lo termina de atenuar, poniéndole un brazo sobre la nariz y otro bajo la nuca, presionándola con tal rencor, que el político sólo pueda respirar por la boca.

—Hijue... Pedo'e... —intenta gorgotear.

Se ha quedado sin fuerzas debido a la acción del guaro y a la sorpresa y velocidad con que es atacado. Apenas medio mueve las piernas. El Albino le hace la señal convenida a su esposa quien de inmediato se monta sobre las rodillas del moribundo. De manera que pueda vaciarle, asegurándose que no quede campo para el aire, una garrafillo de guaro que la otra mujer le ha pasado. La presión del brazo del atacante sobre los nervios de la nuca del político, unido al peso de la mujer, que se ha trepado hasta que el vientre queda encima del pingajo, lo ahogan. Sin que nadie lo hubiera imaginado, el revoltijo aquél le produce al jefe la embestida de una involuntaria, brutal y quemante erección. En los instantes que dura su agonía, el miembro más erecto, hinchado y morado, que jamás tuvo el político en vida, y que es un animal rabioso que por sí sólo quisiera zafarse del resto del cuerpo, se hunde entre las piernas de la esposa de su enemigo. Una regada, lenta, poderosa y abrasadora, la inunda en el instante en el que el político deja de respirar.

La esposa de El Albino hundida en el horror de tener que cumplir con lo que éste ha ordenado, no percibe que está siendo ensartada por el jefe. Aplanada por los sopores del alcohol que embrutecen su cerebro, ni ve que ya no le entra más guaro, rebalsándosele, al gordo que ha puesto los ojos en blanco y ha quedado tieso. La otra mujer, temblando contra su voluntad en una esquina de la cama, ve cómo aquel diablo blanco le tiene que arrancar la garrafillo a la esposa. Que continuó volcándola sobre la boca del muerto aun y

cuando estaba vacía. El Albino tuvo que emplear todas sus fuerzas para destaponar el cuerpo agarrotado de su esposa del muerto, cuyo miembro rígido se aferraba a la chorreante vulva.

—Mire usted —se sorprende al ver que el cadáver tenía penetrada a su esposa, que de un golpe la deja desparramada sobre la cama, con las piernas abiertas y tiasas, goteando semen del político—. Para enterrarlo vamos a tener que cortársela. —Luego escupe sobre la verga tiesa y empuja el cuerpo hacia el piso, que cae igual que un leño—. Se lo dije patrón, que un día el guaro y las viejas lo iban a matar.

Y ríe, poseído. También tiene una erección salvaje, semejante a la vez en que se cepilló a la mujer de Sandoval. Una erección que viene más allá del cuerpo. Por fin, lo que de su plan tuvo que mantener oculto sale a flote. Es una flema de sangre. De un solo golpe muestra su triunfo total. Irrefrenable. Parece tirria erguida. Por fin puede soltar por completo las riendas de la bestia que lo habita. Se lo ha ganado. Con espuma en la boca se arranca la ropa y se manosea con furia el endurecido y rojo miembro, como si quisiera arrancárselo. Es un animal herido que husmea hacia donde su esposa está entiesada y con las piernas despuntadas. Con un gruñido llama a la otra que se acerca en un puro temblor. En un respiro la tiene de cuatro patas y con el culo hacia su hinchazón. Al barrenarla por detrás, la empuja y la obliga a que chupe la vulva chorreante de su esposa. Lo que jamás imaginó ninguno de los tres fue que la regazón de El Albino, unido a la que su esposa tenía, sin quererlo y sin poder evitarlo debido a los meneos de la lengua de la otra mujer y que le devuelve el alma al cuerpo, sería la última que éste tendría. Ni termina de vaciarse y manda a traer otra garrafilia de guaro, que comienza a engañitarse de inmediato. Su plan se cumple: ya es dueño de todo.

Las mujeres, de nuevo en una esquina de la cama, lo veían re-lamerse de triunfo al irse quedando dormido. Un escalofrío lamió sus espaldas. A partir de ahora dejaban de tener utilidad. El bicho de rabia de El Albino se fue adormilando pensando que lo que faltaba era esperar al abogado, con quien había arreglado desde hace días. Llegaría a media tarde del día siguiente para hacer el testamento con el papel donde estaba la firma del político, sus legítimas iniciales. Tendría que aplancharlo con mucho cuidado para convertirse en el genuino y legal dueño de todas las tierras. Se las heredaba a El Albino por voluntad del jefe, según lo confirmaba la firma del cura, testigo y custodio del testamento, y a quien el político se lo entregara hacía su rato, en presencia del propio licenciado. Imaginando esto se metió entre el sueño. Más blanco que

siempre, hasta relucía en la oscuridad. Roncando como un bendito, boca arriba. Las mujeres lo veían. Sabían, todavía sólo con el cuerpo, que ellas serían las siguientes en morir. Esta bestia de hombre nunca dejaba cabos sueltos ni testigos de nada. Y era claro que más rápido de lo que a las dos se les enfriara la huesera, tendrían a otras mujeres con él.

La noche se hizo honda. La luna brilló más fría que de costumbre. Por instinto las dos mujeres se abrazaron, paralizadas por los ronquidos de quien la víbora de cuajada. Las horas se hicieron cada vez más pesadas y los cuerpos morados y abotagados. La oscuridad se escurría entre los dedos. Un espasmo anunciaba un vómito ácido y verde que pujaba por salir. Sin embargo el cuerpo de El Albino se hallaba solo. Las mujeres estaban dormidas, contra su voluntad, hechas un puño en una punta de la cama. Si tan sólo le hubieran dado vuelta... Si éste hubiera regresado de donde andaba soñando... Si el cuerpo hubiera reaccionado... El vómito no lo habría ahogado. Pero él cuerpo solo no podía. Y Dios no quiso. A lo mejor porque ni al Diablo que tenía adentro dejaba en paz El Albino. El cuerpo dejó de respirar cuando el primer filito del sol se asomó. En paz. Sin darse cuenta. Como se van los angelitos recién nacidos.

## **XLVIII**

El abogado recoge la carpeta y se fija en que cada detalle esté en orden y firmado. Mete los documentos en un sobre amarillo. Delante de su cliente y de dos enfermeros que hacen de testigos, lo sella y lo introduce en un sobre más grande, lacrado, donde pega unos timbres ensalivados. Sobre estos, al igual que en el protocolo, firman los testigos y Sandoval, por última vez. Unos trazos autentican lo hecho.

—Mañana es la operación —dijo

Sandoval mira a quien pudo haber considerado su único amigo, si no hubiera tenido que pagarle para que mostrara interés por sus problemas. Se conocieron en la universidad. El otro se graduó en leyes y él en ninguna de las cuatro carreras que dejó botadas.

—Aquí está lo que pediste —responde al fin—. También la dirección del hotel. Ahora es cuestión de mandar los documentos y listo. A esperar que Elena se comunique con tu despacho.

—Mirá, ni te preocupés —El abogado se acomoda la corbata azul, que hace juego con su traje—. Los papeles te los preparé para que estuvieras tranquilo. En unos días la vas a estar llamando para ponerte atrás de ese nuevo amor, vas a ver...

“Pero no voy a ver”, piensa Sandoval al toser con lentitud. “Ya no. Y no era ni un nuevo ni un viejo amor. Qué iba a entender este idiota. No era amor. Yo no supe qué era eso, si bien esta muchacha me despertó los huesos y lo que empuja para que uno respire como nunca antes. No es que hubiera muchos antes, y los que hubo no fueron muy buenos. Tampoco debería hablar de “despertar”, a lo sumo sacudir, quitar el polvillo de los rituales de la agüevazón sin llegar a suficiente. Nada más.”

El otro aprovecha para usar la excusa de “hay que dejarte descansar”. Le molesta la sala de hospital. Sus descascaradas paredes verde mar. Sus viejas camas cubiertas por sábanas arrugadas y usadas. Los demás pacientes “más allá que acá”. El ruido, demasiado alto, de un televisor que nadie ve. Pero lo que más le incomoda, sin que llegue a precisarlo con exactitud, es el olor. A medicamento, orina y rezadera. A aferrarse a la pudrición de la carne como última esperanza para no terminar de morir. Por instinto y de manera inconsciente, se huele y se alisa la ropa. Sólo Sandoval nota. Ha aprendido a especializarse en “ver” ciertas cosas. Insignificantes, invisibles para los demás. Descubrió que sus observaciones enseñaban el miedo. No tanto el de los otros, que le aburría, como el propio. Él no entendía por qué no sentía miedo de morir. Por mucho que lo intentara, resultaba igual que las tortas de huevo. Las que al calentarse la mezcolanza contra el fondo de la sartén, se inflan con una ostentación casi erótica. Y lo hacen salivar al surgir los contornos turgentes y dorados, que al enfriar dejan un escuálido y apachurrado bultillo perdido en medio del plato. O tal vez sí lo tenía, el miedo, y no se daba cuenta. Por eso hacía la mueca que más de uno siente como asco, sin imaginar que es de frustración y hasta de envidia. El abogado se despide deseando que el olor a miedo no se le haya pegado al traje o, peor, a la misma piel. No tiene tiempo de ir a la casa para bañarse y cambiarse la ropa. Quedó de verse con la rubia teñida de la librería, la de las inmensas tetas y cintura estrecha, cimbreada, de caderas anchas, con quien tuvo el mejor fin de semana de sexo de los últimos meses.

Una inesperada erección precede un ligero sonrojo del que nadie se entera. Trata de controlarla apurando el paso, apretando las nalgas. Sandoval no más lo ve alejarse y lo olvida. Sin reparar en lo intrascendente que “el licenciado” le resulta. Sin negar que lo hace venir una vez por semana por el pequeño placer de verlo incómodo al obligarlo a igualarse con él. Hoy, sin embargo, hacerlo llegar para que recogiera los papeles de Elena no ha producido el acostumbrado estúpido gusto de insignificante victoria ante “los triunfadores”. Al

abogado lo tiene sin cuidado entender por qué este cliente terminal, ha tomado esta decisión. “Si tan sólo hubiera podido pagar uno de esos hospitales privados donde huele bien, hasta lo que huele mal... tenía que ser un limpio”, anota en algún lado de su agenda interior. Le interesa hacer un buen trabajo, pese a reconocer que haberle prestado una computadora portátil de las del bufete haya sido algo excesivo. “Alguna cosa debe tener este güevón”, reflexiona. Como todos espera, no que la operación sea un éxito, pues en el mejor de los casos le darían unos pocos y dolorosos meses más, que el final llegue lo más pronto posible. Por Sandoval. Para que no sufra más, pues no hay más opciones. Pero en particular por él mismo que no entiende por qué desde que lo visita no aguanta la nariz y menos por qué le deja sus pertenencias a esa mujer. Sólo el enfermo sabe la razón para que sean de Elena, que cada día se le desdibuja más, principalmente la cara. Si bien puede, sin ningún esfuerzo, volver a hacer presente la exactitud de su culo. Que ahora le resulta tan excitante como imaginar las patas de la silla, en el restaurante del hotel, donde algunas veces comió. Feo y caro, por cierto.

“¿Qué estará haciendo el MANAGER JUNIOR?”, rumia Sandoval, para olvidarlo al sumergirse en sus justificaciones. Son para Elena, en buena parte porque no quería que ningún desconocido se aprovechara. Que sin más esfuerzo que el engaño, quedara nombrado dueño de sus pertenencias. Había oído de la mafia denunciada alrededor de las propiedades de quienes se morían y no dejaban en regla sus asuntos. Además de la del gobierno, donde “otros hijueputas ladrones se apropiaría de lo suyo por una mierda”. Le dejaba sus cosas tratando de convencerse sin mucha convicción de que aquella mujer se merecía una oportunidad. Una verdadera. También se afirmó, sin mucho convencimiento, que lo hacía por Sandoval, el otro, a quien, de haber podido, habría elegido abuelo. No es que fuera mejor sino que la gana le daba hacia la revancha. Por rebelarse contra la propia sangre. La misma que, sin sospecharlo, lo unía de una manera retorcida con la joven mujer que conoció como EDECANA. Riéndose por última vez de lo que encontró, y más de sí, prefería, en caso de que tuviera que ser por causa de un Sandoval, que fuera por el pirata. Hasta por el hotel. También es cierto que podría haber dicho que lo hacía por La Negra. Podría haberlo dicho. Debió hacerlo.

## **XLIX**

Por temor, pero no. Pudieron hacer lo mínimo posible y no lo hicie-

ron. Fue por gusto y por costumbre. Que de tanto beber guaro les hacía falta. Les daba fuerza. La vida misma se veía menos fea. Por un rato al menos. Con el olvido como una inundación. Despertaron, una sobre la otra, cuando la mañana iba por la mitad. Uñita y Carnita. Sin tener idea de qué hacer. Con ninguno de los dos cuerpos ni con ellas. Lo primero que acataron fue bajarse un trago. Luego otro. Y otro. Hasta que la esposa de El Albino dijo, y la otra la siguió, ambas todavía tiritando, que por nada del mundo podían dejar que las acusaran de algo que no era culpa de ellas. Para esto tenían que palabrearse con el abogado que llegaría pasadito el mediodía. Si alguien las podía orientar acerca de lo que tendrían que hacer con los que comenzaban a oler a muerto, la piel pálida, tiesísimos, era él.

La esposa de El Albino fue la primera en arrimarse a ver los cadáveres, la otra detrás. De pronto, envalentonadas por el guaro, empezaron a darles puntazos con los pies descalzos. Era patear leños. Pies y tobillos se les amorataron, llenándolas de puntiagudos y picantes dolores. Ambas escupieron sobre los cuerpos para comenzar a chillar, poseídas por un escalofrío desconocido, oscuro. Estaban libres por primera y única vez, y lo ignoraban. Aún entendiéndolo no hubieran sabido qué hacer. Se abrazaron y brincaron, jaloneándose las tetas y los colgajos de carne para todos lados, mientras gruñían. Beber más de la garrafa les dio más atrevimiento y felicidad bruta. La mujer de Sandoval pateó el miembro tieso entre las piernas del jefe político, que más semejaba un retoño de carne morada, al fondo de la dura panza. La esposa de El Albino se sentó sobre éste y lo empezó a golpear de manera errática.

La primera, riendo como idiota, trató de beber consiguiendo que el guaro le resbalara, regándole las estrías del pecho, ardiéndoselo y despuntándole los pezones. La otra se abalanzó, apartando las sábanas, que fueron a caer sobre los cuerpos, y comenzó a chuparla persiguiendo los hilos de alcohol, que se fueron a perder hacia el nudo agrio de la entrepierna. Fue en medio de tal enredo de gemidos y sudores, que las encontró el licenciado. Tocó la puerta y nadie abrió. Paró la oreja en la madera y oyó gemidos suaves. Volvió a tocar y no hubo respuesta. Descubrió que la puerta no tenía tranca. Los gemidos fueron en aumento hasta que se convirtieron en un ardor duro, entre las piernas. La garganta se le secó. Paladeó sal. Con la sangre agitada sintió miedo de que El Albino pudiera dispararle, pero la curiosidad pudo más y se atrevió a empujar, con lentitud. Sin hacer ruido se asomó. Descubrió una mujer sobre otra. Desnudas. Hechas un nudo de sudor. La boca de una entre las piernas de la otra. Nadie más. El recién llegado trató de vislumbrar a sus jefes. Entonces em-

pujó un poco más de lo debido y la puerta crujió. Se quedó inmóvil. Pálido como un muerto. Las mujeres se detuvieron y volvieron a ver hacia la entrada al mismo tiempo. La esposa de El Albino se quitó de encima el culo de la otra, la cual se enderezó con torpeza. Ambas intercambiaron una mirada vidriosa antes de sonreír con la desvergüenza que desparrama el alcohol, y darse un largo y lento intercambio de lenguas, que iban y venían, se anudaban y se soltaban, de una boca a otra. La muerte les ha toreado las ganas. El deseo se les desboca hasta que se transforma en un mordisco invisible que se lanza directo a la entrepierna del recién llegado, quien, vacilante y alerta, se dirige a donde la trenza de cuerpos lo espera.

## L

El abogado iba a quedarse unas horas. Tenía que regresar lo más rápido posible a la capital para terminar de arreglar las cosas y evitar cualquier inconveniente de última hora, según lo planeado por El Albino. Estuvo tres días. Durante el primero escribió cuatro escrituras, arregló que enterraran el par de cuerpos hediondos en un zanjón que, en un principio, debía ser sólo para el político, y que ahora tendría que compartir. En los otros dos, aparte de cogerse aquel par de hembras, de todas las maneras que imaginó y hasta algunas que ni sabía que existían, se pegó la borrachera más grande de su vida. Y que no volvería a echarse en tal medida, sin dejar de beber poquitos todos los días, lo que igual llegaría a reventarle el hígado. Al principio, al hombrecito de leyes le costó aceptar aquellas muertes, en especial la de El Albino. Luego hasta se rió, lo que casi no hacía, mientras limpiaba y limpiaba sin necesidad los anteojillos. “Lo que es la vida, que hasta al más allá el patrón terminó llevándose a El Albino con él”, y empezó a trabajar.

Con una sensación de malestar en la boca del estómago. Que pudo deberse al asombro que causaba el olor a muerto. A los efectos de la borrachera, y que se quitó de todas formas con un par de tragos y una grasosa sopa de pollo. De todas formas se reunió con los Gallos, los antiguos hombres de confianza de El Albino, quienes habían convenido en venir a encargarse del muerto. Era a esos cuatro que el licenciado, bañado, afeitado y mudado con su infaltable pantalón caqui y una camisa manchada de blanco, de manga larga, hizo pasar a la sala de reuniones del ranchón. Allí les explicó que también se había muerto el Albino, de pura “ahogazón de guaro”. Los Gallos veían que aquel carajo era bien labioso, pero no tragaban.

—¡Muchachos! —Continuó al limpiar sus pequeños y gruesos lentes—. A pesar de que éste es un momento difícil, no quiero, mejor dicho, la nueva patrona no quiere que vayan a preocuparse acerca de lo que va a pasar en el ranchón, ahora que se nos ha ido el patrón. ¡Sólo Dios sabe por qué hace las cosas! Nosotros sólo podemos aceptar que estamos en sus manos y resignarnos.

Los otros, sin contestarle, intercambiaron una larga mirada y se levantaron puyados por el desprecio. A paso lento, en silenciosa fila y con la cabeza hacia el suelo, fueron a discutir alrededor del viejo tronco donde el finado jefe acostumbraba vigilar, rumiar y planear sus lances. Mientras tanto, la ahora viuda y la que fuera mujer de Sandoval llamaron al abogado para decirle que tratara de lograr lo más posible y al final aceptara lo que pidieran si las carajadas se calmaban. Al regresar a paso más lento, y siempre con la mirada clavada, cada uno volvió a sentarse en el sitio donde estuvo, menos Gallón. Habían decidido que éste debía comprobar si era cierto que el cuerpo del patrón llegó a tan amarillo, y con cada vez más olor a difunto, por la pura “ahogazón de guaro”. Gallón conocía de esto. Ahora lo que cabía era esperar. Un silencio cada vez más pegajoso se entretejió alrededor de los tres Gallos que se quedaron entre el respirar y el acariciar las cachas de los puñales, y el abogado, que sólo acataba a sudar y esconder el miedo, en lo que era un experto, con su cara de *yonofui*. Al rato, al salir Gallón del cuartillo, en lugar de venir hacia ellos, se fue hasta el armario más grande de la sala, donde revolcó y revolcó hasta sacar unos amarillentos papeles cuidadosamente doblados. Con lentitud los ojeó hasta que separó cuatro, que volvió a espiar para devolver el resto al armario. Al regresar a donde estaba el cuerpo en su tiesera, hizo una seña al licenciado para que lo siguiera.

—La jugada está así — aparenta una rama seca que agitara un puñado de papeles— usted, o la patrona, nos da una de estas a cada uno y asunto arreglado.

Gallón está al tanto que aquél conoce que ninguno de los Gallos sabe leer, pero que no sería capaz de hacerles una jugarreta. No es que no les tenga miedo, sino que es de a por derecho en lo que hace. Por ello entrega con tranquilidad las antiguas carta-ventas, donde quedaba arreglado que las tierras se las “vendieron” a El Albino.

—Cada una —continúa el primero, acariciando con suavidad, “por si las moscas”, piensa, el cuchillo que se agazapa al cinto— debe ser escriturada por usted. Nosotros esperamos que su trabajo será legal, igual que se lo haría al finado patrón. Y rapidito, que al muerto no se le aguanta la hediondez.



Mientras el abogado va a hacer sus consultas con las mujeres, Gallón se sienta en medio de los demás Gallos sin decir palabra. Una mirada basta. Los cuatro se quedan, los ojos vidriosos, apuntando la callazón con el correr de la sangre, tan espesa y lenta que deja un gusto salado en el paladar. Alejan y acercan las manos a las brillantes empuñaduras de los cuchillos, con mucha lentitud. La reunión con la nueva patrona y con la otra mujer, en adelante serían inseparables, tanto que a la primera llegarían a llamarla Uñita y a la segunda Carnita, fue rápida. Ambas querían estar en paz, y si ésta costaba unas tierras que ni conocían y les incumbía una mierda, que así fuera. Al regresar, el licenciado le extiende la mano a Gallón. Este se levanta, se quita el sombrero, y la estrecha con excesiva fuerza. Los tres Gallos se ponen de pie y descubren y bajan la cabeza. Como si fuera una señal de duelo. Tienen un trato.

—Ya mismo —carraspea el primero— voy a levantar un acta donde quedarán legal y oficialmente confirmadas las verdaderas causas del triste fallecimiento de El Albino. ¡Ah!, por poco se me olvida, también del jefe político. Pondré de testigas principales a la ahora nueva dueña, a la otra mujer, amiga de la familia, y a ustedes cuatro como declarantes, en calidad de gente de confianza.

Una ráfaga ilumina los rostros enjutos de aquellos hombres curtidos que tocan los mangos de sus cuchillos mientras se ponen los sombreros. Bufan. El abogado entiende.

—Bueno, creo que con las dos mujeres puestas de testigas principales será suficiente.

Los Gallos se relajan. Se ve que el abogadillo se la juega.

—Lo que sí necesito es que me firmen estos papeles para lo del traspaso de las tierras. Si alguno no sabe escribir que me ponga una equis acá —y el licenciado despliega una pluma de tinta azul y una hoja sin letras pero con números al principio de cada línea; señala hacia el centro de la parte de atrás—. Lo otro es que ocupó tres días más, por lo que voy a pedirles que entierren los cuerpos de una vez, pues se están poniendo malos. Ustedes conocen que soy de palabra, les aseguro que pasado mañana estarán listas las escrituras. Otros cien pesos será registrarlas, habrá que tener paciencia.

Gallón rasca su barbilla por unos segundos hasta que asiente con la cabeza ladeada. Le arrebató pluma y papel, para escupir una mancha, que quiere simular una cruz acuchillada sobre el blanco de la hoja. Los demás lo siguen. Incrustan unas temblorosas marcas en el pliego, debajo de la del primero. Luego se van a guardar los muertos, sin hacer ningún ruido. En medio del calor los cuchillos semejan serpientes. El abogado se mete a buscar un trago pero al salir no

encuentra a nadie. No cabía duda del por qué Los Gallos eran los mejores para hacer el trabajo sucio. Tan rápidos que nadie notaba lo que hacían. Al tragar el líquido seco y quemante, los vislumbra como muescas que reverberan contra el atardecer, al fondo de un hoci-co de anaranjados que amenaza con devorar lo que se ponga por delante. Los Gallos no miran hacia atrás. Nunca lo hacen. Van lentos, pesados, casi inexistentes. Con la certeza de que sólo les resta esperar en sus ranchos por el par de días de duelo. Esta vez nadie les hará ninguna jugada. Lo último que se ve es una raquílica nube de polvo rojo, que se adelgaza con rapidez contra la tarde espesa.

El abogado comienza a escribir. No parará a pesar de que se le entuma la mano, sangre, o sude hasta estar a punto de desmayarse. No bebe, no habla. Igual que si volteara a pico y pala las tierras que traspasará. No se levantará hasta que termine o muera. Más allá de la medianoche, con el frescor zumbándole, el abogado termina de escribir. Sólo entonces se percata que de tanto sudor los lentes se le han puesto lechosos. Un dolor agudo se le clava en el centro de la espalda. Miles de diminutas hormigas invisibles recorren sus entumecidos pies. Con los papeles listos, se obliga a levantarse. Cruje. Mancha los anteojos al tratar de limpiarlos con la manga de la también sudada camisa. Sale en busca de un trago. Descubre que las dos mujeres se han quedado dormidas en una silla, una sobre la otra. Las sacude. Sin fuerzas, más dormidas que despiertas, entumidas, amaratadas de frío, las mujeres miraron rumbo a la tumba de El Albino. A un lado del ranchón, al pie de un limonero. Una tumba sin marca, ni mucho menos cruz. Una que comparte con quien había sido el jefe político, alguien que nadie recordará, en el fondo de la podredumbre. Sería cosa del guaro, pero el abogadito propuso y sus mujeres, así las pensaba desde entonces, aceptaron acompañarlo. Entre bostezos el crujir de huesos compartieron una cobija y el dolor de espalda al seguirlo con pasos erráticos y lentos. Querían asegurarse de que aquel diablo blanco iba a estarse tranquilo, al menos como muerto. El licenciado, igual que las mujeres que no quisieron arrimarse mucho, tiene una risa de triunfo idiota. Tambaleante se abre el pantalón y vierte un chorrillo humeante sobre la tierra removida de la tumba, que se llenaría de monte y jamás volvería a recibir visita alguna.

Al tercer día llegaron a trote lento Los Gallos. No tuvieron que apearse de las sillas. El abogado se adelantó y les dio una copia a cada uno, hecha de su puño y letra, de las respectivas escrituras. Las otras copias, les explicó con parsimonia y firmeza, él se las llevaba en las

alforjas de su bestia, recubiertas por dos bolsas de cuero para evitar daños a causa de una inesperada lluvia, o del sereno de la noche. Serían para hacer los trámites de inscripción que los terminaría de convertir en los dueños de las tierras. Altivo, barrió con una mirada los alrededores, admirando cómo el gigantesco hocico de lo verde se cerraba sobre el hueso de agua. El pensamiento de que las inscripciones sufrirían más atrasos de los pensados zumbó un par de veces. Sonrió sin que los demás entendieran. Sin que le importara. Siempre realizó el trabajo de a callado, oculto. Para que otros se atiboraran. Con honestidad cumplió con su deber hasta el mínimo detalle, sin tomar más que lo que le daban. Nunca robó para él. Tal vez por esto Dios se acordó de su alma al ponerlo frente a tal oportunidad. Siguió sonriendo aún y cuando los Gallos fueron estrías que reverberaban contra el horizonte. La justicia tarda pero no olvida, mascó, antes de dirigirse al nudo de piernas de sus mujeres entre cuyas nalgas se hundió y barrenó hasta que no pudo más. Había llegado su suerte y, por qué no, hasta la de su par de hembras. Esta vez no tiene que disimular una sonrisa. Por primera vez no de agazapado o humillado, sino de las que siempre codició, de las de triunfo.

## LI

Semana y pico después, con el inútil pretexto de que llegaba para evitar sospechas, el abogado se dejó venir hasta el ranchón para estarse con las viuditas, de quienes empezó a enviciarse. Y ellas de él. Los tres agujeros se les hacía un puro caldo por “aquel varillón” que no era jugando. Alguna vez, entre cogida y cogida, el licenciado les dijo que tenían que acompañarlo a la capital en vista de que la ahora viuda de El Albino debía sacar documentos de identidad para hacer unos traspasos. Ninguna quería salir del ranchón. El abogado les insistió en que si no hacían aquello, cualquiera podían quitarles lo que les pertenecía. Las mujeres insistieron en que habían convenido que fuera él quien manejara lo que tenía que ver con las tierras y demás cochinas de valor que dejara el difunto, así como la tierrilla que fue de Sandoval. El licenciadito sentenció que para ser el encargado con valor legal debían hacer los tales trámites. Con unos cuantos billetes podía conseguir los documentos pero lo que en verdad quería era impresionarlas llevándolas a sus dominios en la capital.

Ellas, habían acordado a poco de conocerlo que fuera él que dirigiera cualquier negocio. Sabía leer, y por si faltara, ninguna de las dos mujeres había probado un hombre que saborearan tanto.

Sin embargo lo que terminó de convencerlas de que éste era el indicado, en medio de su eterna ebriedad, fue el regalo de unos suaves zapatos blancos y un par de vestidos. Llenos de colores y telas delicadas, el abogado se los trajo sin otra intención que vérselos puestos para poder quitárselos. Para complementar trajo un gran espejo rectangular que mandó a pegar sobre la puerta del ropero de las viejas. Jamás les regalaron nada. Hasta convidó con dos vestidillos a la gemela, y unos pantalones y una camisa al gemelo, a quienes a lo mucho vio un par de veces. Las al principio perdidas visitas del licenciado, siempre correctamente vestido y afeitado, con el pelo con mucho fijador, igual que los galanes de la época, aumentaron en duración y repetición. Fue tanta la costumbre, que quienes continuaban trabajando: un par de peones ganaderos, dos chapeadores que peleaban siempre para que el monte no se tragara el ranchón, y un par de muchachitas encargadas de cocinar, limpiar la casa y cuidar a la pareja de los gemelillos, lo extrañaban si no se presentaba alguna semana. Pero los que más se impacientaban eran Los Gallos. Siempre estaban a la espera de nuevas acerca de cómo iba el asunto del traspaso de sus tierras. Tranquilos y confiados con el licenciado, siempre valoraban cualquier buena noticia. Los Gallos eran más crueles y leales que ambiciosos, más asesinos que ladrones. Nadie tenía la menor sospecha, ni el propio abogado, de que sería él, que ahora les traspasaba los terrenos, quien haría que los perdieran. Sin proponérselo, como a muchos otros, entre el guaro y el juego en La Nueva Tierra. Al principio así nombraron al más famoso burdel de la región, hasta que les gustó más llamarlo El Cielo de las Putas.

Las venidas del licenciado y las idas de los tres a la capital de provincia llegarían a sumar más de dos años. Los viajes a la ciudad, en un principio, tenían el fin de ver cómo iban los trámites. Si bien desde el primer día ambas quedaron impresionadas por cuanto vaina veían, y más por la oficina, los títulos en la pared, que ni leer sabían, y los trajes del licenciado, siempre, al final, regresaban al ranchón, donde se sentían por completo a gusto. Para las visitas, el licenciado les consiguió un cuarto enorme en una pensión con entrada independiente por donde podía visitarlas con tranquilidad, llevarlas a conocer la ciudad y volver a la hora que fuera. Desde la primera vez se paseaba con la viuda de El Albino y la de Sandoval en cada brazo. Uñita y Carnita. Sus hembras. Que resaltaban en un bamboleo errático, incrustadas en unos inusuales zapatos blancos, que siempre terminaban por quitarse. En especial después de haberse mamado los licores de la ciudad que ni por asomo se arri-

maban al guaro del ranchón. Con las más extrañas y ridículas combinaciones de ropa, las dos mujeres ocasionaban miradas y cuchicheos. De quienes se topaban por la calle, de los comensales de los restaurantes, de los funcionarios de las distintas oficinas que tuvieron que visitar, y, en un principio, de los asiduos a los distintos bares y puteros que comenzaron a frecuentar.

Los tres despreciaban las reacciones por igual. Fuera que sólo buscaran burlarse o incluso humillarlas. Con El Albino, las dos mujeres tuvieron de esto último suficiente como para regalar. Si sobrevivieron a éste, lo demás era pan comido. O, como más les gustaba decir: “guaro chupado”. Para el abogado llamar la atención así era sentirse importante ante los demás, pero principalmente ante su par de hembras, desencajadas e insaciables. Las llevaba a comer cosas que ni soñaban que existían. Paseaban, bebían mucho. No paraban de comprar lo que fuera que les llamara la atención, sin pensar que en dos borracheras las cosas terminarían en algún rincón, debajo de la cama, antes de finalizar en la basura. Al dilatarse las visitas, en particular a las cantinas y burdeles de mala muerte donde se sentían como en casa, el abogado les tuvo que explicar a las mujeres que para seguir disfrutando aquel tipo de vida tenían que comenzar a vender algunas de las tierras. Las mujeres, que no sabían ser dueñas de nada, aceptaron con alivio. Y así, en menos de lo que cantó el guaro y desearon, se quedaron casi en la quiebra.

Hasta el ranchón tuvieron que llegar negociar con empresarios de la capital, que más tarde venderían a su vez a un par de extranjeros que lo venderían a otros, y estos a algunos más hasta que lo compraría un holandés que levantaría un hotel incrustado entre vegetación y con la mejor vista al mar. La primera vez, sin embargo, tuvieron que cambiar el ranchón por una vieja casona en el nuevo centro del pueblo, que de crecer estaba convertido en puerto y medio, y por una platilla en efectivo. No era mucha, pero nadie iba a dar más. Como la casona estaba en malas condiciones, el licenciado propuso arreglarla a cambio de hacerse socio. Con sus ahorros alcanzó para pasarla de basurero a más o menos. La idea de ponerse la primera oficina de abogado de aquellos lugares, no pasó de deseo. Su debilidad no era tanto la avaricia, la lujuria, o el encariñamiento por sus dos mujeres, sino la vanidad que da el que los otros lo supieran el principal. El miedo de perder esa posición hizo que no robara y que jamás permitiera que nada perjudicara a su par de hembras, quienes *sin querer queriendo* se le habían ido encarnando. Despacio, con suavidad, como espinas de necesidad en el calorcillo del pecho. Tenía algo más valioso que la misma plata: por primera vez

era el principal. Protegía a sus hembras, les cuidaba las cosas. Era lo más cercano a un amigo. Uno que, por si poco fuera, según el decir de las mismas viejas, se las cogía “de lo más ricamente rico”. Sin darse cuenta llegaría a administrar la casona, que serviría para un negocio mejor y más placentero que el de abogado. Aunque, ahora, a dos años de haberse levantado el acta de defunción del jefe político y de El Albino, y que resultaba la misma fecha en que muriera Sandoval, el licenciado se creía en el paraíso. Toda vez que lo llamaban al cuarto que las dos viuditas escogieron para ellas, desnudas, lamiéndose y chupándose, igual de tomadas que siempre, como si el tiempo les perteneciera sólo a ellas. Una vez se le salió, y a partir de entonces se volvió una costumbre de tanto que les gustó, en voz alta, orgulloso, arrogante, provocando que siempre rieran, y lo volvieran a ver embobadas de enguarado respeto:

—Como en el cielo verdad, como en el cielo de las putas.

## LII

La casona, de dos pisos, estaba hecha de largas tablas de madera. El frente era verde, los costados en azul hasta la mitad y luego en rojo, hasta el techo. El interior lo tenía de blanco manchado. La vieja construcción, incrustada en medio de unos frondosos árboles de guanacaste era fresca en verano, con goteras en invierno y con ratas toda la vida. Lo mejor era que siempre podía verse el mar al ser tragado por el atardecer con sus chorros de fuego, en todos los de jaspes de anaranjado y amarillo imaginables. En aquella casona los gemelillos pudieron crecer sin que les faltara sustento ni vestido, pese a no tener una gota de cariño, guía, ni tampoco golpes ni humillaciones, son fantasmas entre los muchos cuartos que las dos viejas y el abogadillo llenaron de lámparas y de cuantas cortinas de colores chillones encontraron. A la parejilla le gustaba deambular, en particular por las noches, en la parte más metida de la casa. Ahí estaban varias pilas grandes y de doble batea, con un alambique para que la viuda de El Albino hiciera su apetecido licorcito. Más de una les salvó de morirse de hambre hasta que por fin decidieron dedicarse en serio a su fabricación.

Quienes lo descubrían se aficionaban tanto a aquel guaro que no podían dejarlo. No fue uno el que perdió todo entre los tragos, el juego y los gemidos de los deseables y jugosos cuerpos, siempre semidesnudos. Aquellas mujeres, las más alegres de toda la región, se paseaban orondas entre los cuartos donde vivían y trabajaban pa-

ra el licenciadito y sus dos hembras. Más de una, mantecosa e inflada de guaro, terminó sus días en la casona que años más tarde, acabaría quemada. Alguno dijo que fue el fantasma de El Albino, aquél que un carajo que perdió hasta el modo de andar. Hasta se murmuró que fue el último de Los Gallos que quedaba vivo, y al que no se volvió a ver más. Ahora, sin embargo, a poco de llegar a la casona fue cosa de un par de brincos para que comenzaran a armarse unas fiestas que duraban hasta el día siguiente. Primero sólo el abogado y sus dos hembras. Pronto el olor a buen guaro comenzó a atraer quien se pusiera por delante. Venían más y más carajos con quienes Carnita y Uñita terminaban acostándose. De uno en uno o en grupo, por el puro placer siempre. Juntas o separadas, con el consentimiento del licenciado, que bebía de a poquitos para estar vigilante. No como los demás que casi ni podían sostenerse en pie de tanto guaro enterrado entre pecho y espalda.

El abogado vio que con las fiestas podían cobrar por trago y por cogida. Al no existir un lugar ni semejante, y no había otro par de hembras que se entregaran así, fue fácil que los ahora clientes comenzaran a soltar el billete. El licenciado aprendió a medir lo que tomaba para quedarse en una llamita y lograr mantener las cuentas claras. Un poco más adelante, no se supo si de Uñita o de Carnita, vino la ocurrencia de traer más mujeres a trabajar en la casona. Tan perdidas estaban en las nublazones del guaro que lo único que les interesaba era que estuvieran los tres juntos.

Los gemelillos, cada día estaban más grandes, ni para su madre, en especial, ni para los otros dos, en general, representaban casi nada. No por maldad ni por revancha, sino por indiferencia. Las criaturas se criaron solas, sin entender ni hablar mucho, apenas comiendo y jugando entre ellos dos, y ver lo que sucedía en la casona. No faltó más de un cliente que pidió a la gemela para culiársela, sin tomar en cuenta que era si acaso un proyecto de muchachita, lo que al principio hizo que ni las viudas ni el licenciado aceptaran. El plato de comida, la ropilla y dónde dormir no les faltó a los gemelillos. Jugaban que eran los cachorros de las putas de la casona. “Mi perrita, mi perrito”, decían arrastrando las erres. Y ellos que se carcajeaban porque habían pasado de fantasmas a animales.

Los tres pronto encontraron sencillo poner a la orden de la creciente clientela a algunas muchachillas que fueron llegando. Siempre y cuando fueran probadas primero por el abogado y a veces hasta por las dos viudas. En algún momento a la que fuera esposa de El Albi-

no hasta se le ocurrió que si no sería la hora de que la gemelilla, que andaba no lejos de cumplir los quince años, entrara en el negocio. Nadie sospechaba, ni el gemelo, a quien llamaban Maceta pues casi nunca pasaba del corredor, era que hacía poco el abogado, ahora administrador en jefe, desvirgó a la muchachita la tarde en que se le metió gustosa en el cuarto, habiendo probado en secreto el guaro de la casa, mientras él estaba en una siesta pasadilla de tragos. A los dos les gustó mucho. A ella por ser el primero, a él más que con las otras chicas pero menos que con las viudas, quienes en los últimos tiempos sólo tenían tiempo para ellas mismas. Y eso que la gemelilla tenía un culito que ardía y trababa como pocos. Al proponer Uñita que el despuntar de las teticas de la gemela era la señal para que entrara en el negocio, el ahora encargado no sólo estuvo de acuerdo sino que dijo que él iba a palabrearla para desvirgarla e irla introduciendo, poco a poco en el trabajo.

—Lo mejor para una muchacha —agregó Uñita, tartamudeando por los efectos del guaro—, es que un hombre con buen leño la estrene y le enseñe bien.

Carnita respondió moviendo la cabeza, con la mirada perdida en la nada y echando babas sin poder controlarse. Siempre que alguien mencionaba a los gemelos se ponía igual. Como si las criaturas no existieran. O como si aquellos fantasmas de hijos no fueran de ella.

En cuanto a Maceta, sucedió que desde el día en el que murieron Sandoval, el político y El Albino, su padre, amaneció como si viviera en un mundo aparte. Así creció. Rápido e inofensivo, comiendo poco y bañándose dos veces al día. No hablaba y se quedaba horas de horas sentado en el corredor del ranchón, y más tarde de la casona en el puerto. Nadie supo que lo único que había en su mente eran los recuerdos de los abrazos con que su hermana lo cubría. Alguna vez perdida sonreía, de medio lado, sin ver lo que estaba a su alrededor, sólo a su hermana cuando eran chiquititos. Dando vueltas, entrelazados, riendo. Mientras montones de libélulas les revoloteaban alrededor hasta que se callaba y los bichos se iban por donde llegaron. Él creía que eran astillas de arco iris. De no ser por esto, nadie lo hubiera recordado después de que dejó de respirar, recién cumplidos los dieciséis años del cuerpo, pero por dentro ni cinco, la noche que siguió a la muerte de su madre.

### LIII

El antiguo hombre de leyes ni tiempo tenía para lo que no fuera



revisar cuentas, vigilar el local y elegir, estrenar y entrenar a las nuevas, quienes tenían que ser bonitas, limpias, honradas y con chispa. Ni se enteró de que estaba descuidando a su propia nueva hembra, la gemela, a quien sólo le estaba permitido atenderlo a él, pues Uñita y Carnita parecían haberlo olvidado por completo. Nunca las obligó a acostarse ni con él ni con nadie, ni tampoco les impidió hacerlo en el instante que quisieran. Les respetó que con el paso de las semanas las viudas decidieran sólo dedicarse la una a la otra, creándole fama al lugar. Esto fue aprovechado por el ahora administrador para mandar a poner unos enormes espejos en el cuarto de ellas que ni advirtieron en un principio de lo tomadas que pasaban, y que permitían ver del otro lado los detalles de lo que hacían. Decía que era sólo para finos que pagaran por ver cómo se cogían entre sí las cada vez más famosas viuditas. Tanto gustó la novedad que pronto dio más plata que las mejores putas de la casona. En especial al colocar espejos en los cuartos de las jóvenes, y poner no sólo parejas de hembras sino grupos. Después de que el licenciado se refirió alguna vez al lugar como El cielo de las putas, así lo siguieron llamando. Salvo cuando por primera vez venían políticos o empresarios de la capital, y repartían unas tarjeticas con el nombre en relieve: LA NUEVA TIERRA: SERVICIOS DE ACOMPAÑAMIENTO. Pero ésta es otra historia.

#### LIV

Una noche pasó por El Cielo... un vendedor de éstos que van de puerta en puerta. Uno de esos finos y rápidos de lengua. De pelo lacio peinado para atrás, bigotito recortado en una línea. Pletórico de colonia barata. Uno de esos que siempre andaba antecedido por el tintinear del par de gruesas cadenas de oro de las que colgaban como cencerros las iniciales de su nombre, en rebuscada caligrafía: “J” y “M”. De mediana estatura, paso fino, sonrisa amplia que dejaba ver una fila de dientes blancos y parejos, siempre tenía una cadanita, un perfumito, hasta algún anillo que regalaba a la mujer de turno. La que le cuadró con sólo verla fue la gemela, a quien comenzó a llenar de labiales y “povos para los cachetitos”. Zumbaba al besarle el cuello, haciendo que la muchacha temblara y se le mojara la entrepierna de un sopapo. “Mi porcelanita”, le puso por lo lechosita que era al darle un par de vestidos y algunas pulseras, lo que no habría hecho con ninguna otra de sus muchas conquistas. La frecuentaba cada sábado y domingo, y algunas ocasiones entre semana,

en poco menos de un mes de conocida, pagándole doble para que en los otros días no se acostara con ningún otro cliente.

Ella dijo “Está bien”. Se le ablandó la tontera que tenía en la cabeza y entre las piernas y se enamoró del vendedor. Todos lo veían menos el antiguo licenciado de tan demasiado ocupado que pasaba como administrador. A nadie extrañó que un día la muchacha se fuera con el vendedor hacia la capital. Todo pasó porque ella contó, para darse importancia ante su nuevo hombre, acerca de que el abogado, “el mandamás del Cielo”, la última vez que se la cogió, muy pasado de guaro, le dio una escritura para que la resguardara, desdoblándola y mirándola como si supiera leer. El abogado confesó, al orinar en una bacinilla escarapelada, para no tener que ir al baño que quedaba al fondo de la casona, que aquella escritura era del terrenillo que daba a la playa de un antiguo y sonado enemigo de El Albino. Un tal Sandoval. Y que regresó a sus manos por esas vueltas de la vida. Una noche de dados, guaro y hembras. Guardaba el documento para darles una sorpresa a sus dos socias, Uñita y Carnita, el día en que lo volvieran a buscar para que les diera verga.

La ráfaga de avidez que iluminó la cara al vendedor fue confundida por la gemela con más deseo. Que, sumado al interés y palabreo que a partir de ese día tuvo con ella la convenció para que viniera con él a la capital además de que esa noche y las siguientes se la cogió como nunca, hasta la estrenó por detrás, lo que después de unas veces le encantó. La muchacha puso ojos de vaca degollada al pensar que al oírlo decir “la capital” no sólo era algo superior que ella merecía, junto a su muñecote, sino que significaba que lo de ellos sí era verdadero “amorrrr”, palabra que ronroneaba su vendedor al ensartarla como si quisiera traspasarla. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ninguno ni preguntó por ella, que por entonces andaba por los diecisiete. “El mandamás del Cielo” medio gruñó “Nadie está conmigo amarrado”. A su madre, si antes no le importó, menos ahora. La viuda de El Albino, Uñita, al año, una noche de sólo lluvia, cerró los ojos “Como los angelitos recién paridos que nacen muertos”. Dicen que igualito pasó con Carnita, a la mañana siguiente, si bien no hubo seguridad. También dicen que esa noche, el gemelillo, Maceta, que semejava una mariposa blanca, se echó a dormir y no despertó. Sólo el viejo abogado duró unos añillos más hasta que un mediodía cualquiera se murió de cagar sangre.

En la capital, la gemela no supo lo que sucedió con su hermano, su madre, ni con la tía Uña, ni con el abogado. Apenas llegó y tenía trabajo. Primero en el cargo de ayudanta, poquito después en calidad de empleada, en una casa que consiguió “su muñecote”. “Una igualtita que la que pronto iban a tener, ¡Mi Porcelanita!”, aseguraba el vendedor. “Claro mi amor, sólo que para lograrlo vamos a tener que platear la escritura de las tierras de la playa que el abogadillo de mierda aquél le dio”, insistía alguna tarde perdida. Al visitarla en el trabajo, siempre por la entrada de atrás, para aprovechar y llevársela a un rinconcillo en donde correrle la falda y el calzón y echarle un polvo e gallo de a parado. “Igual y hasta más linda que la de los patrones, y con agua caliente”. Decía sin haber terminado de regarse y se la estaba sacando, para que no los sorprendieran en medio de los “rapiditos”. La casa estaría pintada verde suave igual que la de los patrones, donde la gemela tenía que quedarse a dormir de lunes a viernes y sábados hasta las seis de la tarde.

Al vendedor aquel horario le resultaba de maravillas en vista de que podía paladear a otra mujer que visitaba, y con la que tenía un hijo, igualito que él: con cara de idiota y dientes de conejo. La idea de aquel labioso era persuadir a la muchacha para que aflojara la escritura que costó mucho hacer que la trajera con ella. Decía que él quería el escrito como “una prueba de amor.” Que si “era que no confiaba en él”. Que era “para que pudieran tener la casita de ellos lo más rápido posible”, y un montón de babosadas más. Cada sábado a las ocho de la noche, al principio sonriente y bien vestido, el vendedor iba a recogerla. La llevaba a comer a un restaurantillo chino en pleno centro de la capital antes de ir a un salón de baile con orquesta. En la madrugada terminaban en el cuarto que alquilaba en una pensión de mala muerte, donde planeaba las giras y llevaba a cuanta hembra se pusiera medio tonta y abriera las piernas.

Al no aflojar la gemela la escritura, el vendedor se ausentaba por varios días sólo para volver más perfumado, llevarla a bailar apretado, a comer más sofritos del chino y luego a la habitación para cogérsela de todas las formas habidas y por haber. Hasta asegurarse de dejarla atacada de lo satisfecha que quedaba, y poder hablarle finito de que si daba la escritura tendrían un mejor futuro. “Nuestro futuro, ¡Mi Porcelanita!”, remarcando un “nuestro”, que se lo merecían. Y volvía a meterle mano a la entropierna. Ella se emperó en no aflojar si primero no se casaban. Y por la iglesia, conforme estaban enseñándole que tenían que ser las cosas en la casa donde trabajaba. Como último recurso, una noche el vendedor trabajó para estar particularmente cariñoso e irresistible, montándola hasta cinco ve-

ces, pidió que cerrara los ojos para enseguida ponerle un bulto envuelto en papel de regalo. Era un oso de peluche que consiguió en un almacén donde compraba cortes de tela y zapatos para revender, de segunda pero “enteritito”. La muchacha lo besó, diciéndole que nunca había amado a alguien así, y que era suya, y otro montón de tonteras, pensaba el vendedor, sin que dejara de seguir emperrada en que primero casamiento y después el resto.

Camino de la casa donde trabajaba, la gemela estaba que no cabía de contenta. No sólo por la maravilla del trato de su amor, sino porque en la misma casa estaban contentos por lo bien que aprendía. Una noche de conversa, después de que no paró de vomitar, y eso que no había comido, y de tener la panza revuelta, la cocinera, al enterarse de que hacía más de tres meses que no le venía la regla, explicó, como para rematar su ataque de felicidad, que estaba embarazada. Ella creyó que al tener lo que faltaba para terminar de amarrar a su hombre, no era necesario sacar cuentas para ver si el padre era él o el antiguo abogado de la casona. Por eso en adelante no volvió a pensar en éste, ni en la tía Uñita, en su madre, ni siquiera en su hermano. Nada que no fuera formalizar con el vendedor.

Puesto que ya ni lo veía, la gemela imaginó que la noticia los volvería a acercar, lo único que preguntaba, de mala gana y sin que la hubiera vuelto a llevar ni a comer ni a bailar, era por la escritura de la famosa tierra que estaba frente a la playa. Hasta dos fines de semana permanecía sin ir por ella, con lo que tenía que quedarse en la casa aburriéndose tanto que terminaba por trabajar. Ella respondía que la escriturita estaba bien guardada, que no se preocupara, que si estaba bravo con ella. Él que no, que cómo piensa así. Ella que cómo llevaba días sin venir, y le echaba una sonrisa, limpia, pura, ignorante de lo que en verdad sucedía. Tengo mucho qué hacer, tiene que acostumbrarse, así es mi trabajo, contestaba el vendedor, sin ninguna convicción. Había conocido una mulata que trabajaba en una cantina en el atlántico, y que se reventaba de lo rica que estaba. Fue cuando la gemela le contó que estaba embarazada. Que la cocinera y la empleada en jefe se lo aseguraron. Tan segura estaba que aquello los volvería a enlazar, que lo abrazó como para fundirse con su papucho. Por ello no se entera de la mueca de asco y miedo que el vendedor disimula al apercollarla fuerte y por bastante rato. La gemela cree que es porque está igual de feliz que ella, o hasta más. Ahora sí tienen que casarse. Ella, más en la capital, además de ser su mujer quiere ser su esposa. Él dice que sí pero primero la escritura, y ella que no. Que primero el casamiento. Él contesta que de acuerdo, que espere unos días para hacer los arreglos y sacar campo

en la iglesia. Ella queda hecha una contentera y lo besa frente a la entrada de atrás de la casa de los patrones.

Esperanzada, ve alejarse al que se le ha metido hasta los huesos. Con su pelo lacio peinado para atrás. Su bigotito recortado en una línea, y que hace las cosquillitas tan ricas en el cuello y entre las piernas y las nalgas. Con el olor tan fino a colonia que la pone tan caliente. Con su par de cadenas de oro tan elegantes con las iniciales “J” y “M”, Que a veces se le enredan entre los pechos al regarse su amado en lo más profundo del vientre. Y a ella la ataca aquella nublazón y aquel jadear. Una vez que la temblorera electricada se le espolvorea desde lo profundo y hacia fuera, para sobarle el cuerpo. No sabe que ésta sería la última vez que lo ve alejarse, igual de tan “guapísimo” que toda la vida, si bien ahora no la vuelve a mirar para regalarle la sonrisa amplia que deja ver sus adorados dientes tan blancos y parejitos, hasta doblar por la esquina rumbo al centro. Ella no sabe.

## LVI

“El señor sugirió que la llevaran al hospital. La patrona no vio cómo. La empleada no tenía papeles ni de nacimiento ni de nada, sólo el recuerdo de su apellido. No podían exponerse a un escándalo. Así que mandaron a traer la partera que conocía la cocinera. Se haría como en el campo. De por sí las personas del ahí están acostumbradas a esos modos de hacer las cosas. Y se recuperan más rápido. ‘Por algo son más fuertes’, insistió la patrona.

“Para el alumbramiento hasta invitados hubo. El chiquito parece que entendía y no quiso dar gusto. Nació rápido y bastante sin gracia. Contrario a lo que siguió. Justo en el momento en que todos, menos la gemela ahora convertida en pálida, casi transparente mamá, y la partera, comenzaban a sentirse desilusionados, sucedió.

“Primero resulta que el niño venía enorme y envuelto en tantos serullitos de grasa blanca que brillaba. Más de una se santiguó. El recién nacido no lloraba. La partera lo agarró de los piecitos para darle su nalgada. Pero en lo que la mano iba, el niño se enderezó, sabrá Dios cómo, y con ambas dos manitas agarró la de la mujer y se le quedó viendo, como si estuviera furiosísimo.

“Del susto la partera lo dejó caer. Si no es por la cocinera, el niño no hubiera contado el cuento. La cosa se fue calmando hasta que a los días la señora mandó a celebrar una misa. Ella decía que para agradecer el nacimiento, aunque sabíamos que era para limpiar la

casa de cualquier cochinada extraña. Algo haría porque ninguna cosa rara volvió a pasar”. Así recuerda Sandoval cómo la más vieja de las cocineras siempre contaba la forma de nacer del niño, o sea él. Una cosa fue segura: a la gemela, su madre, y a él, desde bebé, los patrones no los abandonaron. Así lo aseguraron la vieja criada y alguna que otra vecina de las épocas en que no quedaba otro remedio que oír las hablar, cuando escaparse podía por la muerte de alguien, por un cumpleaños. Aquellos días antes de que saliera de la casa de los viejos, “los patrones”, rumbo a su nuevo apartamento a poder estirar el sueldo.

“Él tiene apellido alemán, los ojos verdes, claritos, y mientan que de jovencillo tenía mucho pelo, lacio, lacio y rubiecito. Dicen que era muy guapo. Aún ahora, con el pelo blanco recortado para tratar de disimular la calva. Más de una todavía suspira al verlo pasar. Dicen, insisto, dicen, que en la corte un montonón de viejas terminaron hechas un nudo con el hombrote del patrón.

“Ella se puso el apellido del esposo siendo de una familia acomodada de acá. No millonaria pero pudientillos. Era muy bonita. Se cuidaba mucho, nunca aparentaba la edad que tenía, ¡Claro!, ayudó que se teñía, todavía lo hace, el pelo negrito, y que siempre fue tan delgada. Dicen, repito, dicen, que tuvo un gran amorío con el jardinero de la quinta que tenían en el campo. Pobre muchacho, no se va estrellando en una moto que le regaló la misma patrona. Quedó idiotizado de la cabeza y sin poder caminar.

“Ahora están viejos, se acompañan. Tienen tres hijos. La mayor que se casó con un gringo y se fue a vivir a Europa. A veces viene, en especial para navidad, y hasta trae a la parejita que tuvo con el esposo, bastante mayor que ella, por cierto. El muchachito de en medio es igualito que el tata y hasta juez llegó a ser, no se casó y, dicen, que es medio raro. Usted entiende, que es del otro lado, del otro equipo. ¡Ay qué vergüenza! De los que mi nietillo dice que se les cae el yoyo, que llaman. Usted sabe... ¡Idiay!

“Por último está la menor, una diabla entera. Tuvieron que mandarla a estudiar en el extranjero. Dicen, repito, dicen, que fue para esconder una panza que le pegó el jardinero. Claro, antes del accidente, si fue accidente. La verdad mucho se habló pero al final nadie aclaró nada. En la quinta hacían barbaridades... La cosa es que ahora la diabla practica una religión rarísima y anda con la cabeza toda calva, no tiene hijos y ni come huevos ni carne”.

(Gente de su condición, “temerosos de Dios”. Él, un europeo nacido aquí, juez pensionado de la Corte de Justicia, ella su “Señora de”, fina, educada. No podían dejar de dar la caridad que les era co-

nocida y esperada.)

“Cuando la mamá tuvo que ser internada en el psiquiátrico, la pareja se hizo cargo del niño. Y la volvieron a recibir igual que si de una de la casa se tratara, el día el que por fin la dieron de alta. No fue extraño que creciera la admiración y el respeto entre los amigos de los Señores. Hasta el resto de los trabajadores de la casa los ponían como verdaderos ejemplos en el barrio”.

(Me los imagino, en los cada vez más seguidos almuerzos y cenas. La costumbre, primero, de presentar a “la gemela” a los invitados. Y, cada vez más, de convidarla a la propia mesa, donde los presentes podían mirarla con aprobación y competir por ser el que mejor mostrara piedad.)

“La joven madre, “La Porcelanita”, así la llamaba el vendedorcillo que la embarcó y le jodió el poco de vida que le quedó, sonreía apenas probaba la comida. Y en después se quedaba con ese aire de ida que le quedó con lo que le hicieron en el hospital psiquiátrico”.

(El mencionar “electroshock” era prender una mecha de los más variados comentarios e infaltables recomendaciones.)

“La reunión era un fracaso si al final la madre del niño, a quien a veces incluso mandaban que la acompañara, y a quien ella veía como a un extraño, no daba una sonrisa. Después de que la madre murió, y para quien hicieron todas las misas y rezos habidos y por haber, el niño dejó de ser presentado a cada vez menos invitados, que llegaban más distanciadamente, hasta que dejaron de venir.”

## **LVII**

Quienes frecuentaban la casa dejarían ver su admiración, por lo que calificarían de “dulce”, refiriéndose en especial a la sonrisa de mi madre cuidando de quedar siempre en una posición de humilde señorío. A pesar de estar tan chiquito, supe que los demás ignoraban que la mueca de risa era causada por los helados de vainilla que siempre servían de postre, lo único que le devolvía a mi madre un poco de sentido idiota de lo real, que los demás interpretaban como felicidad. Llegaría a entender que así actuaban pues para ellos era una ocasión para que la caridad, para mí la lástima que da el sentirse superiores a los otros, hiciera sentir buenas a dichas personas. Sin mala intención, tal vez porque así son las cosas de natural. Estaba muy pequeño para saber cómo los retortijones de las cosas se presentan, casi siempre, en lugar de las cosas. Aún así, en los viejos, “los patrones”, pesaba más su honestidad que la vanidad, creada en

la satisfacción de sentirse admirados por hacer “lo correcto”. La fuerza de la costumbre, y el reconocer que este proceder no me perjudicó sino que por el contrario me dio techo, comida y estudio, me permitió no juzgar la sinceridad de las intenciones de los dos viejos. Nunca les tuve rencor. Tampoco cariño. Una distancia que se confundía sin problemas con sumisión, que no tenía necesidad de justificar. Una obediencia que sin mucho esfuerzo pasaba por respeto, creado, aceptado y engordado por la fuerza de la rutina.

Mi madre murió muy joven. Dicen que no pudo rehacer ninguna ligadura de sentimientos que nos llevara a creer que éramos mamá e hijo, aparte de una cierta amabilidad establecida por la práctica. Ella no reclamó cuando los viejos me registraron en el acta de nacimiento con el apellido de ella y por partida doble, según se acostumbraba en aquella época: Sandoval Sandoval. Como si el universo se ensañara en su ironía. El primero una cuchillada. El segundo una mueca de desprecio. Con los años me convertí en un retraído que en la adolescencia tuvo un puesto de oficinista en la Corte. Esto me permitió alquilar un apartamento, cumplida la mayoría de edad, con la excusa de que quedaba cerca de la universidad. Quería vivir solo más que alejarme de la casa de los viejos, a quienes de todas formas veía poco. No por rencor sino porque los demás me asfixian. Supe que fallecieron, los dos juntos, de manera natural. Al leer la esquila en el periódico llamé a la casa. Resulta que al no estar nombrado en el testamento, los familiares dieron por sentado que otro me llamaría, con lo que nadie al final lo hizo. A veces pasa.

No les guardo rencor. No les guardo nada. Bueno, a la menor sí. Por los viejos tiempos. Con ella me acosté por primera vez. Fue durante unas vacaciones en que me llevaron a la quinta que poseían allá en el campo. Tenían piscina. Una tarde pasó. Sólo estábamos ella y yo. Se quedó con la excusa de que tenía dolor de estómago y cabeza. Pero de pronto apareció desnuda, sonriendo, hecha un destello, antes de echarse un clavado en media piscina. Ni recuerdo cómo, terminé entre sus nalgas, chapaleando en medio de la frescura del agua. Penetrándola como un loco por detrás. Me guiaba, decía que era mayor. Yo me dejé. Ella fue la que vino hasta mi apartamento luego de que encontrara un sobre amarillo donde sus papás pedían que, al morir ellos, me lo dieran. Nos saludamos con un par de sílabas. No quiso entrar. Me sentí aliviado. Se fue sin decir adiós, cantando un largo y agudo “OM”. Estaba arrugada y tenía manchas café en la cabeza rapada. Oía bastante mal. Adentro del sobre amarillo venía uno blanco con la supuesta escritura de unas supuestas tierras que eran mías a partir de ahora debido a aquella supuesta



herencia. No entiendo mucho, ni me interesa en particular. Mañana consulto con mi abogado. A buenas horas me viene a tocar algo.

## **LVIII**

Sandoval Sandoval llegó a probar cuatro carreras nocturnas en la universidad. No terminó ninguna, pero ayudó a que encontrara un trabajo donde casi no tenía que relacionarse con nadie en el Ministerio de Educación. Era un tipo sin amigos, ni mujer, ni hijos. Trabajaba bien y no se metía con nadie. Uno que padecía cáncer entrando en la madurez y que murió del corazón en plena sala de operaciones, una soleada mañana de cielo muy azul.

## **LIX**

A tanto llegó su alejamiento que el día en el que lo abandonaron la seca de su mujer y los cuatro güilas para marcharse hacia el ranchón de su enemigo lo que sintió fue alivio. Y cómo no, si ahora sabía lo que tenía que hacer. Qué le iba a importar lo que pensara cualquiera. Menos la mierdosa de su hembra, mucho menos aquel malnacido. Para él lo primordial era que había descubierto cómo derrotarlo. A poco de comenzar su venganza, supo que a su enemigo sólo le faltaban tres propiedades para que, junto al jefe político, se adueñaran de todo. Calculaba que a él no iban a forzarlo ni lo mandarían a matar, igual que a varios. Preveía que sería el último y que trataría de quitarle su tierra en cuanto no aguantara más humillación.

Pero El Albino no sabía. No sabía.

El trecho era largo, así que cuanto más temprano comenzara más temprano terminaría. Trabajaría todos los días, de sol a sol. Al principio cocinaba los frijoles que quedaron, sin siquiera sal, ni lo que fuera, acaso un chorrillo de agua de mar. Sancochaba los peces y los cangrejos que todavía se enredaban en las maltrechas trampas que no se habían podrido, lo mismo que algún pajarillo y hasta un conejo que alguna vez encontró tieso debajo de un árbol. A los días sólo comía pescado, cada vez más crudo para que no perder tiempo cocinando. Al final se los hartaba en el río, que llegó a ser un hilo de tan bravo que vino el verano, arrojándole las tripas y las espinas al hueserío de perro en que se había convertido El Pato, que seguía sin ladrar aunque a su lado. No es que lo quisiera, pero al menos se podía conversar con él.

Desde la entrada de su casa hasta el final de lo que sería su ca-

mino, su calle, se levantaban varios árboles de pochote de mediana edad, cubiertos de grises espinas y sin hojas, que antecedían al gran árbol de guanacaste del final. Al centro de su calle estaba el tronco al que le cayera el rayo. A su alrededor, los pedazos estaban calcinados, más tarde los guardaría para usarlos como carbón. Con los primeros pochotes, que podía abrazar sobrándole las manos, los días se alargaron hasta convertirse en semanas. No sólo tuvo que cortarlos lo más de raíz posible, si no que no era fácil quitar la madera del camino. Más adelante, pensaba Sandoval, se haría una nueva casa, “más que un ranchón, un verdadero ranchazo”, de puro pochote. Con los árboles jóvenes tardó más al ser mayor la cantidad. Tanto que al final la época lluviosa mostraba los dientes. En medio estaban dos enormes piedras que quitaría poniéndole los dos cartuchos de dinamita que un vecino le dio en pago por ayudarlo a clarear unas parcelas. Chapear y quitar las piedras pequeñas fue más difícil de lo que pensó. Los meses se fueron y vinieron escurriéndole las carnes pero no el ánimo. Ésa sería su calle y él la haría a como diera lugar. Ningún hijueputa tendría que decirle nada. Al terminar clavaría en la entrada la tabla con las brillantes letras azules: CALLE SANDOVAL. Y se sentaría a beber lo que quedara del guaro del mundo y a saberse triunfador sobre El Albino y sobre el resto. Él solo haría su calle, sin ayuda de peones ni mucho menos de cuadrillas. Él solo, el único y verdadero más hombre. Ya verían.

Ni cuando cayó el invierno como un gran saco de piedras haciendo que diluviara por las tardes, mientras que de la mañana hacia el medio día caían pedazos de tizón del cielo, Sandoval se detuvo. De desramar, cortar y echarse al hombro lo que hubiera, el cuerpo le se puso tieso y dejó escapar unas ronchas, que pasaron a ampollas de bañarse en leche de árbol mezclado con sudor. Al caerle el cielo en agua, el tufo a añejo se toreaba, y al terminar de quitar los estorbos del camino, el cuerpo era una llaga al que ni el perro se arimaba. Solamente las moscas, feroces, insaciables. Tuvo que curarse en el mar. Entre chillidos, el yodo y la sal. Al cicatrizarse la cara, que se había hinchado y desfigurado, llegó a ser una naranja verrugosa sembrada sobre unos palillos de huesos que al caminar cojeaba. En más de una oportunidad pensó en comerse al Pato y hasta intentó agarrarlo un par de veces pero el perro fue más rápido. Tuvo que detenerse para pescar y comer enredaderas de monte y cocos hasta recuperar las fuerzas. Se odió por esto, si bien no tenía más remedio. Si quería terminar su calle tendría que dejar el morirse para luego. En adelante El Pato nunca más se acercó tanto, excepto en dos casos. El primero, apenas lo que le tocó de amo cortara y

quitara la fila de pochotes más crecidos, luego de partir el árbol quemado por el rayo, y decidiera usar los viejos cartuchos de dinamita con las dos piedras más grandes. Pasó al principio del estruendo, cuando El Pato llegó disparado para enrollársele entre las piernas, antes desaparecer por las patadas entre el monte por un par de días como un salvazo de tembladera.

Con la roca más cercana resultó mejor: los pedazos no fueron muy grandes y rápidamente quedaron a la orilla de lo que tomaba forma de calle. Con la segunda piedra la cosa resultó difícil. La dinamita la partió en pedazos tan grandes que él no podía moverlos solo, tuvo que partirlas a puro mazo en un nunca acabar que lo dejaba consumido. Después de noches sin descanso soñaba que cuanto más partía la roca más crecía. Una tarde por fin pudo ver cómo el último de los grandes cascajos caía pulverizado por el peso del mazo, el cual se partía en dos. Con un largo trago quiso celebrar su triunfo sobre la piedra por lo que se fue a la casa a traer una de las últimas garrafillas que guardaba con su propio licor. De paso encendió el fogón para cocinar un pájaro zanate que en la mañana había caído en una de las últimas trampas que no estaban quebradas, y regresó a sentarse en el pedazo de piedra que faltaba hacer a un lado.

La tarde comenzó a adelgazarse y el hombre siguió en su bebedera de alcohol. Por fin, en cuanto las primeras estrellas se comenzaron a prender, decidió que era la hora de quitar el estorbo. Lo que no notó fue que al pararse, la estaca del guaro se hundió en su cabeza, haciendo que con dificultad pudiera tambalearse, al tiempo que se sentía el carajo más fuerte de toda la tierra. Maldiciendo a nadie, levantó el pedazo de piedra para tirarlo junto a los otros, que reposaban como minúsculo ganado, congelado a unos cuantos pasos. Sin embargo los brazos no hicieron caso. Al enredarse, Sandoval no soltó la piedra de modo que al caer, un golpe seco de su filo contra el borde del más cercano pedazo le cortó los dedos meñique, anular y medio de la mano izquierda. De lo brutal que fue el grito, la noche se encogió y hasta el mar se echó atrás. Temblando de pies a cabeza, ni el adormecimiento del alcohol que había tragado evitó que sintiera que algo lo quemaba por dentro, conforme trataba de sacarle las entrañas por las puntas chorreantes de los dedos.

Arrastrándose, tomó por instinto la garrafilla y se la echó sobre los muñones sangrantes para de inmediato atiborrarse de más guaro y culebrear con pesadez hacia su casa. Vomitó del dolor antes de arrastrarse hacia el fogón de donde agarró el primer leño en brazos para untarse fuego en la mano triturada. Tenía que parar la

hemorragia a cualquier costo. Todo se puso más oscuro que la noche más honda y no supo más sino hasta bastante entrada la noche, cuando el viento restregó la helazón de la luna llena contra su ropa empapada de sudor. Al levantarse, el cimbronazo de la mano le recordó que no había sido un sueño y que tenía que ir por unas hierbas que impidieran que la debilidad lo empujara al guindo de la muerte adelantada de las infecciones, las cuales mascó antes de ponérselas en la carne viva y caer dormido donde estaba. A la mañana siguiente, al regresar a donde se había destrozado la mano, Sandoval sólo encontró la mancha de sangre ya negra contra los filos de las piedras. Ni sospechó que El Pato se arrimó, en cuanto él se hubo arrastrado hacia su casa, y en silencio, con el hambre y el rencor punzándolo, engullera de un bocado los pedazos de los dedos, humeantes de sangre y alcohol.

## LX

Son las cuatro de la mañana. Una asistenta obesa y con la ropa pegada al cuerpo, me despierta con un “mi amor” que de haber tenido fuerzas me hubiera dado náuseas. El enfermero en jefe llega con un bulto rectangular, envuelto en un papel verde.

—¡Buenas mi rey! —dice el individuo.

Calvo, flaco, pequeño, con nariz en forma de gancho, pálido como si estuviera enfermo, de manos demasiado delicadas. Acerca un carrito que hace mucho fue de acero inoxidable. Una vez estrechado el látex en sus manos, desenvuelve con lentitud el paquetito. Los otros pacientes, dormidos, más bien idiotizados de cansancio y medicamentos, casi ni perciben a los asistentes que les ponen termómetros en las axilas cada cuatro horas. El enfermero en jefe primero sacude un canuto de plástico duro de unos veinte centímetros de largo y del grueso de una pajilla. Luego lo introduce en una manguerita de hule amarillo escasamente más estrecha.

—Esta sonda que le voy a poner es para que no tenga problemas al orinar durante la operación. Es que al estar anestesiados los pacientitos no controlan ni el orinar ni el defecar. Bueno, por lo último no nos preocupemos... ¿ya se tomó sus laxantes, verdad?

Conecta el extremo suelto de la manguerita, que tendrá un metro y medio de largo, a una bolsa plástica transparente con rayas que medirá la cantidad de orina. Una llave lechosa hace ancla en la parte de abajo. Explica que el procedimiento es sencillo: nada más tiene que meterme la agujetita por entre el cañito del penito para que la

orinita salga hacia a la bolsita.

—Espere —trato de argumentar, sudando—, ¿por qué tiene que hacerlo ahora si la operación es hasta las diez de la mañana? ¿No puede ponerla al estar en la sala de operaciones?

El calvo dice que son procedimientos. Sólo el jefe de enfermeros pone las benditas sondas. Insisto en que más tarde hay otro jefe. Deteniéndose, concluye que no puede ser pues el paquete de la sonda está a su nombre. Él lo sacó, él firmó la requisición y, entonces, él es el responsable... Me sube la bata y me agarra el pene al que cubre con un buen chorro de lubricante. Lo estira. No veo que su iris oscuro crece y la boca saliva en exceso. Trago. Él También. Por distintas razones. Me dice que respire profundo y me sujete de las barandas de la cama. Veo la aguja más ancha que el huequito de mi pene. Me agarro todo lo duro que puedo pero es insuficiente. El enfermero pone la aguja en la entrada. Crujo.

—No se preocupe mi rey

Riendo, me introduce la punta que rellena con la manguera, la cual ya no siento. Chillo. Me raspa, lija, lima. Me ralla, pica, muerde, me desgarras. Me quema. Grito, acuchillado y despojado por aquel pico de metal que me desgarras. No puedo ni maldecir al enfermero. Sudo, tiemblo, me dejo caer en el instante que dice:

—Ve qué fácil mi rey. Listo. Se portó como un hombre. Otros han gritado mucho pero, claro, no conmigo. Por algo me llaman “Manos de Ángel”.

El enfermero se va. De haber sabido que la sonda se pudo colocar al estar anestesiado, según me contaron demasiado tarde unos “tocayos de cáncer”, juro que de haber tenido con qué le disparo.

“Son las diez mañana”, se dice Sandoval. “Hará media hora el que me trasladó me dejó solo en medio del pasadizo blanco. Hace un día hermoso. Cielo azul, luz acabada de estrenar. Está fresco. Apenas puedo moverme, la bolsa a donde van mis orines sin que yo lo decida pega en la silla y me cimbra hasta la entraña. Me habría gustado que estuviera aquí, Negra. Para que pudiéramos conversar. Pronto abrirán esas puertas donde soy la fila. No tengo temor. Estoy cansado. Ya no me pregunto ¿Por qué a mí? No después de que supe lo del niño. Arriba de los doce años y ya le habían determinado una enfermedad incurable, muy dolorosa, que se lo llevaría pronto. El chiquillo escribió unos poemas que se convirtieron en el libro de mayor venta durante no sé cuánto tiempo, en no recuerdo qué lugar. Tanto se vendió que la criatura se convirtió en un fenómeno al que cayeron encima los

periodistas. En un programa de televisión le preguntaron que si no había reclamado alguna vez por qué eso le sucedía a él. El niño contestó que sí y que después de un rato se respondió “¿Por qué yo no?” Desde ese momento no creyó que lo que vivía era injusto.

“Negra”, se dice como si hablara con ella, “lo que me conmueve hasta la entraña donde crece la enfermedad, no es si existe o no el Dios en quien creía ese niño, sino que él creyera que existe. Que su padecer era muestra de un amor que los humanos no entendemos. Su creer en aquel imposible, en aquel impensable, era el acto más bello visto en toda mi vida, en vista de su indisputable inutilidad. No es que me volviera creyente. A estas alturas qué puede valer, aparte de saber que si no es por los que creen en Él, Dios no existiría. Tampoco me volví arrogante, Negra. Es sencillo. Me dio envidia. El mocoso, en el verdadero límite de su existencia, descubría que él decidió creer. Antes de esto si decía que creía era puro amaestramiento. Sólo a partir de lo vivido se convertía en una verdad de pensamiento, acción y palabra. He ahí mi envidia. Lo confieso Negra, ahora que no tengo nada que ganar y, mucho menos, qué perder.

“Sin embargo”, continúa “gracias al niño me di cuenta de que yo también tenía lo mío: rendición. Me sentí con esa tranquilidad que brota como si me naciera agua desde el pecho. Estoy rendido y el mocosito este igual. Él tomó su rendición con alegría y decidió creer, repito no importa en qué, al final de sus días. Yo tomo el mío con mayor cansancio. No tengo alegría sino un asunto más valioso: estoy lúcido respecto de mi hastío. Cosas así son las que habría querido compartir con usted por si en un futuro le sirve, o a quien usted disponga. Estoy seguro de que me diría: ‘¿Dígame algo que no sepa, Sandovalito!’, y que son muchas palabras para la sencilla cuestión de la que se trata: vivir. Sencilla para usted. ¿Qué raras suenan estas palabras justo ahora: vivir, futuro! Me hubiera gustado oír qué pensaba. Qué su Dios. Es una pena Negra... pero así es la vida. Mejor dicho, así es la muerte.”

## LXI

Son las siete de la mañana. El encargado de traer la comida se enreda y me sirve un té de manzanilla con unas galletas dulces. Es una bestia, me río. Si no estuviera alerta me hubiera bebido el agua arrimada a tibia que en el hospital confunden con té. Las galletas no, tengo náuseas. Me gustan con chocolate aunque aquí no dejan. Si me hubiera bebido la infusión con sabor a vaso plástico, la opera-

ción se habría cancelado. “Es que con anestesia total no podemos permitir que el pacientito beba ni un traguito, no ve que luego se le va para los pulmones y se nos muere ahogadito. No señor”, dice la asistenta, mientras me pasa la ropa esterilizada para que me cambie. “Ya casi vienen por usted”. Falta mucho, digo. Así es acá, me contesta y se da vuelta. Con la camisa no tengo problemas, pese a que un par de veces el movimiento de la manguerita de la sonda me hace sentir que me quiere succionar los testículos para sacármelos por el caño de la orina. Sudo, me siento. No tengo prisa. Con el pantalón es jodido. Se me cae y tienen que traerme otro esterilizado. “Son las reglas”, me advierte, molesta, la asistenta. Se ve que no aguanta que uno se equivoque con la ropa. Ni modo, nunca he practicado moverme con una aguja que roe con rencor y busca ensartarse por entre el huequito de la verga, que comienza a hincharse y no de placer precisamente.

Al final de la siguiente oportunidad, no sé cómo, lo logro. Estoy listo. Como me sobra tiempo, me pongo a recordar al señor que se murió ayer: “Cáncer en el estómago. Nada que hacer”. “Era un arbolito de navidad... Iluminado de cáncer por todas partes”. “Le dimos toda la morfina que quiso. Por lo menos no sintió dolor...” Ni ninguna cosa, y menos la presencia de los hijos, me digo. “Ya lo sabían. Era cuestión de esperar. ¡Pobres... he aquí los caminos del Señor...!”

Era un señor, digo, el muerto, de no menos de cincuenta años. Grande, de ojos color miel de abeja, de la clara. De la que endulza y colorea el sol del atardecer. La cara muy lozana para su edad. Con pocas arrugas y un gran bigote que le daba un aire de abuelo del mundo. La familia me cayó bien. Gente humilde, campesinos. El señor estaba entero. “Cachetón y colorado”, habría dicho la cocinera en la casa donde me crié. Sentí raro verlo morir. Una especie de culpa virgen por poder yo seguir viviendo, y esto sí es decir mucho. Tal vez fue lo más cercano a ver morir a alguien de la familia, aunque fuera de otros. Lo peor vino con el cambio de guardia: nuevos enfermeros, jefes, asistentes. Uno de estos, de un metro sesenta y tantos, forzado hasta casi romper la a propósito tallada camiseta blanca contra la que se bamboleaban seis gruesas cadenas de oro, que tintineaban contra la medianoche. Únicamente le gustaba ese horario. Cambiaba con cualquiera, me enteré una vez. De día iba al gimnasio. En los libres a salas de masajes. No fumaba ni bebía alcohol ni café: sólo té de manzanilla. Y como el muerto pasó al final del turno anterior, el recién llegado asistente amenazó con que era “de él”. Yo no entendí. Lo vi salir igual que quien se arrima a un ventanal a ver cachorros y pajarillos enjaulados.

El asistente regresó a los minutos. Los ojos le brillaban con ardor. Temblaba y respiraba con fuerza. De un momento a otro se abalanzó sobre el cadáver, todavía tibio, supuse. De un bolsillo sacó un tubito de plástico azul que comenzó a descargar contra la cara del muerto. Parecía que macheteaba para alejar al diablo. Sólo el muerto, el asistente y yo supimos lo que pasó. La única hija que lo acompañaba estaba afuera. Entre sollozos, trataba de calmar y reunir a sus hermanos. En un chasquido el asistente rasuró la barba y el grueso y ancestral bigote. “Quedó como nalguita de bebé”, me explicó, sin determinar mi presencia. Sin que quedara duda de que estaba por completo conmovido con la rasurada que acaba de darle al muerto, le acarició las mejillas y el mentón en tanto las diez letras de su nombre, una por cada anillo cuadrado y de oro macizo, encajados en sus regordetas y sudadas manos, tintinearón contra la luz. Exaltado, el asistente le quitó la ropa al que acaba de dejar de ser amigo, padre, esposo, abuelo, sin que ninguno de los nietos pequeños lo hubiera podido reconocer debido a lo hecho por sus esforzadas manos, para amortajarlo con sábanas blancas, dejándole visible la cara, más redonda y brillante que nunca.

El asistente se fue despacio. Orgulloso por el deber cumplido. Hasta anclar cerca de la entrada. Para ver sin ser visto. Un compañero se acercó en silencio. El puñado de hijos y nietos penetró de golpe y de porrazo quedaron congelados en la puerta, mirando al muerto recién hecho. Las quijadas se desencajaron. Una tiesura de palidez invadió las caras. La hija que lo cuidaba se acercó y comenzó a llorar, sólo yo supe que por algo más que dolor, antes de urgir a sus hermanos para que se arrimaran. Chillaron ahogadamente. “¿Cómo ha sido posible?” “¿Por qué?” Un nieto no pudo evitar un “¿Dónde está mi abuelo?”, al lanzarse sobre los brazos de uno de los tíos.

Confundidos, furiosos, en especial derrotados, por la sorpresa de ver por primera vez al papá, esposo, amigo, abuelo, con aquel rostro. Uno de ellos, y tras éste fue el resto, se dirigió a reclamar hacia la pequeña oficina donde estaba la enfermera en jefe de turno. Sólo se quedó, clavada, la muchacha que lo cuidara. Entonces los dos asistentes aprovecharon y entraron. El que lo había afeitado sentenció “Tenemos que dejarlo en la morgue, ahí lo podrán recoger. Son las reglas”. Luego comenzaron a tirar de la camilla. La mujer los siguió, flotando. No lejos, el ruido de los reclamos crecía. Al pasar frente a mi cama, sin determinarme, el asistente murmuró al otro “Qué triste verdad, y yo que lo dejé tan bien arreglado que hasta se ve demasíadamente joven para haberse muerto”. Este sí que no supo lo que hizo. Ni del golpe seco que producían sus diez dorados y



gruesos anillos contra la baranda de metal que empujaba y que por una brevedad, que para mí fue para siempre, hicieron que chillaran de chispas, al reflejar la luz de las lámparas del pasadizo, las letras de su nombre: JOSE RAFAEL.

## **LXII**

Son las diez pasadas, muy pasadas, hasta que por fin una enfermera abre, le sonrío a Sandoval y empuja la silla hacia la panza fría de una sala azul. No supo por qué preguntó acerca del frío. “Para evitar que se propagaran las bacterias”, respondieron. Como si le importaran las bacterias. Son amables. Demasiado. Van a operarlo y “Si el asunto sale bien, vamos a darle la última generación de quimioterapia”, explica alguien. “No hay que perder la fe”... Una enfermera intenta convencerlo. Sandoval ve su boca moverse pero no la escucha. Apenas siente unos chorritos fríos por la cara y el resto del cuerpo. El personal de la sala se extraña que le diera un ataque de sudor, el último. No saben que fue de recuerdos.

Días atrás. Sandoval reflexiona: “Estoy tan agotado que no tengo campo para enojarme lo cual me molesta particularmente. Me van a llevar a una sesión con el psicólogo de la unidad de no sé qué sala de no sé qué “...gía”. ‘Es mixto’, me dicen. Siento escalofríos. He visto algunas veces a las del pabellón femenino. Sus pechos son crujidos congelados por la enfermedad. La mayoría de fácil observación a través de las enormes batas de hospital, que aunque esta vez no atraen, al menos de una forma que no sea torcida, igual el cuerpo responde al resorte a las hormonas y terminan los ojos anudados a las tetas. ‘Es, remarca la asistente del psicólogo, para una mejor preparación para los tratamientos de la enfermedad...’ Fui porque ese día ni me quedaba para tener pereza ni para decir no, ni sí, ni nada. Cualquiera me habría llevado a lo que fuera. Aquello dolió, o casi. Me dieron no sé qué tratamiento con pastillas e inyecciones, lo último en terapias, produciéndome náuseas y una anulación casi total de los pensamientos y deseos. En otra circunstancia habría sido mi paraíso. Al decidir que no quería más química, los doctores me amenazaron sin convicción. Sabía que a esas alturas mi caso no tenía esperanza. Ellos también. Pero querían estudiar qué efectos tenía a corto plazo en un paciente como yo. Los jodí. No por revancha, simplemente no quería aguantar aquella mierda. Como estaba medio estúpido del cuerpo, la tarde en que vino el psicólogo a llevarme, fui. Me senté a disgusto, evidente para los presentes. Si bien nadie insinuó nada, excepto en

el bajar de cabeza. En otro momento me hubiera hecho sentir una estúpida e intrascendente sensación de superioridad.

“En su lugar una náusea me dijo: ‘La cercanía de la muerte vuelve a cualquiera indulgente y piadoso’. ‘¡Qué asco!’, me respondí. Decidí irme en cuanto tuviera energía para levantarme, lo cual sería pasados tres testimonios de aquel grupo de premuertos, a juzgar por lo que tardó el primero de ellos. Me siento pésimo, había balbuceado. El segundo del grupo me había atiborrado de “insoportismo”, al fumigarme con una retahíla de conmiseración, disfrazada de ilusión mal digerida. Dudé en aguantar un tercero, cuando tocó el turno del hombre embarazado. Tuve que quedarme. Tenía una bola en la panza. Un tumor de varios kilos daba la apariencia de que esperaba un hijo. No pude evitar sonreír por adentro. No lo hice por fuera por respeto sino por falta de fuerzas.

“Lo trajeron en avión desde el puerto no sé dónde. ‘Nadie’, contó el embarazo, ‘me daba ningún chance de sobrevivir. ¡Alabado sea Dios! Resulta que en el hospital de allá intentaron operarme de emergencia un tumor que amenazaba con estallar y que era el doble de éste’. El hombre se acaricia la voluminosa panza. Imposible no ver que exagera. A nadie le interesa esto, sólo que cada uno pueda montarse en ese viaje y poder así aportar su granito de mierda.

‘El doctor’, contó, ‘era un novatillo y no supo ni continuar ni comerse. Lo que quedaba era enviarme en avión a la capital, y que fuera lo que Dios quisiera. Y Dios quiso’, contó, ‘que me salvara primero de morir desangrado, de una infección, o de una reventazón de tripas. ¡Bendito sea su Santo Nombre! Yo venía agarrándome la panza: una sandía abierta por la mitad, encomendado a la virgencita, por supuesto, y a todos los santos. En medio del charcal de sangre le dije al Hombre: Dios, si me salvas de ésta te prometo hacerme uno en tu congregación. Una vez lo hicistes. Hacía un par de años’, contó, ‘salí de la cantina, una tarde rumbo a la casa, en una motona que tenía, con una botella de guaro y seis birras entre pecho y espalda. Iba a tanta velocidad, con tanta borrachera, que no puede agarrar una curva y terminé ensartado en un tronco de la orilla. La pierna derecha me quedó con el pie viendo para el otro lado. Creo que no se desgajó porque el pantalón la sostuvo y por las gracias infinitas del Hombre, de Diosito’.

‘Los doctores dijeron que lo mejor era amputar. Aún volviendo a poner el hueso en su lugar, la posibilidad de una gangrena era inminente. Yo les dije que nunca. Que iban a ver. Me fui en muletas pidiéndole a nuestro Señor Todopoderoso. Si me salvaba la pierna iba a dejar de tomar. Para hacérselas corta, como el Hombre

me cumplió yo también le cumplí y desde entonces no he vuelto a beber guaro. No fue cuento’, contó, ‘al año pasé por el hospital y los doctores no podían creerlo. Un milagro, decían. Tenían razón. Mi Diosito es Todopoderoso y quien en Él cree nada le va a faltar, hermano. Yo les digo que hay que tener fe... ¡Aleluya! Bueno, hermanos y hermanas en nuestro Señor Dios, resulta que al venir en el avión, sin nadie que diera algo por mí, más muerto que vivo, yo le dije otra vez al Hombre, y de esto hace meses, que si me salvaba de esa yo iba a volver a la iglesia igual que cualquier otro de su rebaño... Ya ven, contrario a lo que decían, y a pesar de la barbaridad de operación que me hizo el doctorcillo allá en el pueblo, los médicos de aquí creen que me salvaron. Yo sé que fue mi Dios el que me salvó. Él tiene un plan para mí... para cada uno... ¡Aleluya hermano, aleluya hermana!...’

“Varios cierran con fuerza los ojos, como si tuvieran ganas de ir al baño, o de ser sanados, y dicen: *¡Aleluya! ¡Dios es grande!*

‘Cuando hace no mucho’, contó el hombre embarazado, ‘me encontraron que el tumor se convirtió en maligno, yo le dije al doctor que le entráramos a las carajadas esas de la quimioterapia y radioterapia, pero que yo tenía, y tengo, hermanos y hermanas, el mejor tratamiento: Mi Diosito. Le dije al Hombre, Dios, si me salvas de esta, te prometo que vendo mis cosas y me dedico a predicar tu bendita y santa palabra... Compañeros, compañeras, véamen. Soy sólo un humilde ejemplo de la infinita misericordia y amor de nuestro Padre Celestial. Tengan fe, pídanlen. Si no tienen fe, pídanlen igual. Dios es amorrrr y nada nos faltará si estamos en su Bendita y Santa Gracia. Si a mí, un humilde pecador, no me ha fallado, no va a fallarle a ninguno. Claro, que si el Hombre cumple uno no puede fallarle, hay que cumplirle. Tengan fe, hermanitas y hermanitos...’

“No pude más. Mientras decían *¡Aleluyas!*, se persignaban diez veces, se tocaban y abrazaban, yo me levanté y me fui a vomitar al baño. Dicen que se oyó como si estuvieran ahorcando un chanchito. Yo no sé. Sólo recuerdo que esa noche no pude dormir y que no me volvieron a invitar a ninguna otra reunión. Ni nadie me volvió a decir que tuviera fe, ni rezaron por mí, sin que al final dejaran de perdonarme. En especial por los ruegos del hombre embarazado.”

*Si el asunto sale bien, después podríamos darle la última generación de quimioterapia, cree escuchar que indican. Señor Sandoval, dice una enfermera, ¿se siente mal?, y le toma el pulso y le seca un extraño sudor frío que de pronto le cubre la cara. Alguien le inyecta*

una viscosidad densa, dolorosa. “Debí de no haber recordado al hombre embarazado. Siempre me cae mal”, piensa Sandoval. *No hay que perder la fe*, oye que señalan, buscando convencerlo, sin demasiados ánimos. “¿Cuál fe?”, se lo guarda.

No va a pelear. Sabe que aquello es lo último. Le dijeron que una vez anestesiado, no sentirá. Es lo que espera. No sentir. El dolor sólo sirve para que duela. Nunca para redimirse, y menos sin saber de qué. De los pecados dicen muchos. “Por mí que se metan un palo de dolor en el culo” se dice. “Perdone la vulgaridad. Cómo son las cosas Negra, ni pecar supe. Si sirviera para dejar de ser tan ignorante pero no. El dolor, digo”. Lo suben a las “tres” a la mesa, que está fría como un muerto. ¡Vaya humor! Antes de que le abran los brazos en cruz, ¿otra broma del universo?, y se los sujeten, entrega su libreta a una enfermera que se comprometió a dársela a su abogado. No escribiría más y por primera vez se sentía aliviado. Sobre todo de sí.

Enseguida le pegan unos electrodos, que siente congelados, en pecho y cabeza. Se siente casi confortable: le tocó la crucifixión azul. La anestesia comienza a hacer efecto. El cuerpo ya no duele. No recordaba lo que era vivir sin dolor. Oye que tratan de convencerlo, otra vez, de que las cosas van a salir bien. Lo último que piensa es que ojalá su abogado la encuentre. A Elena. “Ojalá lo haga”, y es lo último que se habló. Porque justo cuando el bisturí se acerca, el cuerpo comienza a temblar muy fuerte. Los médicos corren y dan órdenes de inyectarle tanto de esto y un poco de lo otro. En ese momento lo desconocen, pero fue desde el pecho. Las enfermeras vigilan en unas pantallas cómo sus latidos comienzan a escurrírsele y el pulso empieza a decaer. Ponen una máquina con electricidad. Sobre el pecho. Tres veces. Sube en cada uno la fuerza del choque.

De haberle respondido el cuerpo hubiera sonreído. Ninguno sabe que desde antes de entrar las cosas estaban como debían ser. Mejor no podía. Sin que se lo proponga, un último recuerdo sale como una burbuja. Es ella. Sonriendo. Viéndolo con la verdad de su fragilidad. Amable. Como el sol. Viéndolo a él y no a la imagen de él en ella. Mostrándole su fila de dientes blancos y rectos, flanqueados por dos hoyuelos perfectos, en el fondo de su cara que centellea para siempre unos ojos demasiado azules como semillas de cielo. De poder le habría gustado que ella supiera. Al comenzar a sentirse libre de sí... de que su corazón se rindiera. Igual que la lluvia ante las hojas secas. Dicen que fue ataque cardíaco masivo. Ni imaginan que fue el silencio. Hizo silencio por primera vez y todo se hizo claro.

## LXIII

Elena abre la caja. Lo primero que hace es confirmar que sea en su nombre que vienen las cosas. Tuvo que presentar su cédula en la ventanilla. Únicamente personal, decía por fuera. Ella no tiene ni la menor idea de quién será el abogado que autentica la nota que tiene que firmar en el correo, junto con los oficinistas que hacen de testigos. En la caja viene un primer sobre, también a su nombre, con un S. M. Ríe, siempre que vio algo así en el hotel, escrito por el infaltable MANAGER JUNIOR, pensaba que S. M. era: Somos Mierda. Al abrir el sobre encuentra la indicación de que a la brevedad llame al bufete a fin de fijar una cita. Deberá presentarse con su cédula de identidad al día para arreglar los asuntos legales con respecto a la herencia que le dejara... Comienza a temblar. Siente mareos, le flaquean las piernas, quiere vomitar. Los empleados la sientan, le dan agua, hacen aire con un periódico. Uno llama un taxi. En la casa, la mamá le hace un té de flores de tilo. No quiere ver más del paquete que le dieron en el correo sino hasta llegar a su cuarto y haber recuperado la tranquilidad.

Recostada en la cama, acomoda el cuerpo y vuelve a abrir el paquete. Repasa lo visto. Descubre, agitada pero decidida, otro sobre. Con una libreta y una carpeta. Allí está escrito lo que Sandoval pudo averiguar acerca de quien él creyó que era “el padre de su madre”, Sandoval, el viejo. Lo ordenó, dicen unos garabatos al margen, en el tiempo que duró en el hospital, con una computadora portátil prestada por su abogado. Adjunta tres discos compactos, dos son respaldo, y una copia impresa. Es lo que hay. Al final de las páginas hay un comentario, también a mano: *Ojalá sus notas sirvan para terminar de armar la historia. Que recuerde las que dejó en el hotel el día que tuvo que salir de emergencia hasta la capital.* Las mismas que él estuvo trabajando en la computadora portátil que se quedó en la habitación, y que de no tenerla ella deberá reclamar, con la autorización autenticada que mandaba por si acaso. Si continuaba con la idea de querer escribir. La clave para abrir la portátil es *piratasandovalabuelo*. También viene una carta la cual no abre. Ni lo hará en años. Al final hay un sobre lacrado y sellado. Unos timbres de la cruz roja, y de otro montón de instituciones, están sumergidos en unos garabatos en tinta negra. Uno es el del propio Sandoval. Adentro, un memorando del bufete resume lo que ahora es suyo. Lo pone sobre el escritorio.

Sandoval no supo que ella había perdido el empleo al poco tiempo de su partida. Ni conoció cómo se encerró en sí misma y en su

cuarto. Ni que llegó a saberse de memoria las hojas escritas que él había dejado en la habitación del hotel. No se enteró que fue como si a Elena le pegaran con un costal de semillas, al enterarse que La Negra había muerto. Fue a una semana de que él se marchara. Cuando manchas de pericos cortaron en dos la época lluviosa que acostumbraba hacer por aquellas lejanías. Dejó de llover por tres semanas y sólo hasta que los pájaros se fueron, en la misma ráfaga en la que llegaron, volvió a venirse el agua. Y con ella reaccionó Elena a las amenazas finales de sus padres. Si no comía, se levantaba y peleaba por su vida, tendrían que internarla. Ella no tenía fuerza para oponerse. Todavía no. Por eso comenzó a escribir, y a comer.

El memorando hecho en el bufete cae. La claridad del sol, que se cuele como un filazo por la ventana de arriba, lo hace ver una hojuela de luz que carcome la nada de su cuarto. Lo toma. Lo desdobra mientras vuelve a ver las hojas impresas. Ignora que al terminar de leer los retazos de la historia que le acaban de mandar, y que pronto ordenará en carpetas de colores, ella llegará a estar de acuerdo en que el viejo Sandoval fue “el único en la familia que mereció morir”. Algún día, al ver hacia atrás, podrá ordenar y escribir acerca de lo que pasó. Lo haría con su Sandoval, a pesar de que compartieron una astilla de tiempo. Elena comenzaría a escribir otra cosa, antes de sumergirse por entero en su propio mundo, desentendiéndose casi por completo del externo. Semejante a lo que pasó con los Sandovales, por distintas razones, y que los demás confundieron con locura. Lo haría a partir de un sueño, que desde esa misma noche no la abandonaría ni en el último suspiro. Ser perseguida, en la noche más oscura, fría y lluviosa, por una silueta alta en un abrigo y un gran sombrero negros y con el escalofriante rostro de una iguana.

Ahora, la muchacha apenas se entera que garabatea en el primer cuaderno lo que llegaría a llamarse “En el reino de la sal”, antes de haber pasado por “Sandoval”, “Calle Sandoval”, “El señor de las piedras”, “Calle Lara”, cuando alguna vez pensó en cambiar el apellido y el feto dio las primeras patadas en su panza:

—A veces lo que nos queda de digno es encerrarnos donde no llegue ninguno, ni se pueda salir, ni logre nadie, en particular uno, robarse el lugar donde nada puede derrotar. Sobrevivir... en especial de sí mismo.

Ahora, no tiene la menor idea de lo que descubrirá acerca de ella. Por el momento sólo entiende que “su Sandoval” no debió irse sin saberlo. Si bien se trató de un accidente, un descuido en realidad y no hubo una historia detrás de ellos, habría merecido saberlo. Por lo bueno que lo pasaron. Porque en otras circunstancias... La mucha-

cha vuelve a anotar en el cuaderno:

—¿Qué estoy haciendo? ¿Para dónde voy?...

Ahora posee la convicción de que ella hará cuanto esté a su alcance para que, junto con la criatura que se le espiga en la entraña, sean los únicos en la familia en elegir llegar a ser seres humanos. Tenían ese derecho y lo tomarían.

## LXIV

Al recibir el paquete en el correo, lo primero que encontró Elena fue el sobre con el resumen de lo que Sandoval le heredaba. Ella no entendió de qué se trataba aquello, ni le dio importancia. Ahora, amparado a su silencio, el memorando que se calló y se quedó flotando luego de que moviera el paquete de la mesita de noche a su cama, era una guillotina de sombras de otro tiempo para la luz del sol de su mundo y de su cuarto. Los haces lumínicos que se escurrían por entre las verjas de su ventana lo convertían en una imposible hojuela de luz que, meciéndose en medio del vacío de la habitación, juntaba universos vivos con muertos, distantes con cercanos. La hoja se hubiera mantenido en el aire si Elena no la hubiera apretujado cuando el cuerpo era un temblor, y su ser como pudo encontró por donde volver a metérsele antes de leer:

- *Una casa de tres habitaciones (antigua, de madera, en perfectas condiciones, en las afueras.)*
- *Un antiguo automóvil Volkswagen escarabajo (en impecable estado, color rojo, con los derechos al día.)*
- *Una carta de recomendación (para un profesor de la Escuela de Arqueología con el fin de que la recibieran como estudiante asistente a cambio de aceptar entregarles la colección de piedras y fósiles de Sandoval, la más completa hecha por un aficionado, y que tenía ofertas de varias universidades extranjeras.)*
- *Un traspaso (que la nombraba beneficiaria de un certificado en dólares a plazo fijo en el banco estatal.)*

## LXV

Fueron tres semanas en las que Sandoval no trabajó. Habría sido más pero aquel hombre se macheteó las molestias y forzó el cuerpo hasta que consideró que podía aporrearse sin sangrar demasiado. El

dolor, con los días, se convirtió en otro perro que lo seguía por cualquier lado. Uno que no tenía que alimentar. Al Pato siempre tenía que darle alguna sobra de pescado, una patada, un hueso, alguna pluma. El calor del verano convertía los contornos en sequedad y rameros que no terminaban de morir nunca. Las montañas eran devoradas por la sarna de la quemazón que roía cuanto encontraba.

Si las trampas medio funcionaban, no ofrecían presas dignas ni de escupir, por lo que a aquel gargajo de hombre no le quedó otra que robarse alguna gallina ciertas noches más oscuras que su hambre. Mientras la mano no se arreglara tendría que recurrir a lo que fuera. Robar no era para él, pero menos morir sin llegar a terminar su venganza. Faltaba tan poco. Forzándose a ponerse bien, Sandoval volvió a nadar en el mar sin dejar de pasar, con un brazo, el rastrillo para engalanar su calle, dejándolo mocho y desdentado, como el dueño. Al saber que la mano aguantaría maltrato comenzó a estudiar la manera de quitar el último árbol: el frondoso, grueso y fuerte guanacaste. Él sólo no resistiría traérselo abajo a pura hacha. Unió cada pedazo de cuerda hasta formar una sola gran culebra despellejada, la cual amarró en posición triangular con otros dos árboles que no interrumpían su calle, y que podían apuntalar y dirigir la caída del guanacaste. Luego comenzó a excavar la base del tronco. El viejo pico y el pedazo de pala sacaron chispas contra las piedras y los nudos de árbol que fueron surgiendo. Trabajaba sin detenerse, a ritmo sostenido. “Espacio porque precisa”, mascullaba. De manera que no quedaba exhausto al final de la jornada, que terminaba muy entrada la noche. Si la furia y su ceguera hubieran dejado un campito, habría sentido el polvo caliente escociéndole la garganta y la nariz, el ardor de la moledura de pellejo en que se le había convertido la piel, abrasada por el sol brutal, incommovible, que a veces parecía evaporar el camino que engendraba a mano limpia.

Sandoval, descalzo, caminaba por entre la tierra recién movida sin sentir las puntas de piedra que quedaban por barrer. Hacía mucho había destrozado las viejas botas de cuero, cuya suela incluso llegó a encarnarse en la planta de los pies, debido al calor de la tierra y su andar por todas partes. Su última camisa, un terrón innecesario para sus carnes flacas y estiradas como coyundas, la guardó para estar presentable el día en que inaugurará su calle. Los jirones de lo que un día fue una pantalón, eran una tiesura en cuyos recovecos anidaban colonias de hormigas que comían su sudor mezclado con orines, tierra y sobras de carne cruda de pescado, que caían y se adherían a lo que hacía mucho habría sido tela. Por fin, cuando no podía ni ver con claridad debido a los chorros de



sudor mezclados con polvo que le escocían los ojos, hinchándose los, comenzaron a revelarse entre el olor de la tierra aflojada las primeras raíces, profundas, antiguas, poderosas. Las descubría y seguía su rastro por la tierra hasta donde podía, sacándola hasta tener lo suficiente para llenar su magullado balde, un gruñido de óxido, y al hombro hacer los viajes para tirar el desperdicio camino abajo. Con los días, era como si hiciera un gigantesco queso, de esos que tienen grandes huecos y que huelen a pies rancios. Sólo que su queso era de tierra y raíces, y el olor a podrido era debido a la brotación que llevaba por piel. Al tener un mínimo de campo en el entretejido, Sandoval amputaba las raíces con lo que quedaba de cuchillo o con su gastada hacha de mano. Pensaba que era como limpiar los dientes de la tierra.

Acumulaba leños que sacaba y amontonaba, hasta hacer atados que cargaba con dificultad para ir a dejarlos, crujiendo, para que les diera sol cerca de la entrada de la cocina de la cueva maloliente de lo que alguna vez fue una casa, la suya. Mientras aquella costra de hombre iba y venía, doblado por fuera por el peso de la madera y por dentro por el peso del odio, un último pensamiento cruzó por su cabeza, casi desconectado de su conciencia, o alma, si quedaba. Cada carga que tiraba se imaginaba que era un puñado de las letras o de la salumbre de la tierra. Duró más de lo que en un principio calculó, pero no tenía otra opción. Él solo tenía que poder y pudo. Una tarde, igual a cualquiera. Gotas de sudor frío cosieron la frente de quien no hacía mucho había sido humano. Un temblor incontrolable lo cubrió por ráfagas. Echó hilillos de espuma, barrió los alrededores con una mirada rabiosa. No supo por qué. Respiraba agitado. Se supo cerca de su triunfo. Cuando el árbol comenzó a inclinarse, percibió algo que creyó respeto. En otra época se habría sentido avergonzado de haberlo arrancado, al tiempo que orgulloso de poder hacerlo, si su deseo de revancha con El Albino, y con la vida misma, no hubiera sido mayor. Un crujido siguió a otro. Luego otro, y otro, hasta que el viejo árbol cedió ante la falta de tierra y, apuntalado por los mecates, cayó hacia un lado, pendiente arriba, de lo que pronto sería su calle. Ese fue el estruendo que muchos oyeron en la distancia. Al ver al árbol derrotado, Sandoval lloró y lloró hasta tragar sus propias lágrimas, mezcladas con la tierra recién excavada que se le pegaba como sarna en cada rincón del cuerpo, pegostéandole el pelo, abriéndole estrías en la cara. De pena, quizás. De orgullo, tal vez. De delirio, sin duda. Pero sobre todo de porque sí.

## LXVI

Quienes oyeron la caída creyeron que era debido a los trabajos que los Gallos hicieron en los últimos días, sin que nadie supiera para qué, en especial con los estallidos de la dinamita, hacia atrás de la montaña. Sólo El Albino entendía que lo que mandó a hacer montaña adentro, era por Sandoval. Como una mordedura de leche rabiosa, frunció el ceño y maldijo entre dientes al único que lo retó, y a quien pronto vería arrastrándose, suplicándole que no le quitara las tierras. Sería él, y frente a todos, quien pronto llegaría, al haberse asegurado el resto de las propiedades y con su enemigo a punto de hundirse. Llegaría con su esposa de un brazo y la mujer del propio Sandoval del otro. Que no le quedara duda de que eran suyas. Luego lo mandaría a agarrar y lo obligaría a que firmara la venta de sus terrenos. Él sabía cómo hacer para que doliera mucho y durara bastante. Él sabía. Y si no aflojaba pues que reventara. Total, a esas alturas de todas formas lo tiraría en la balsa mal hecha que sus muchachos terminaron hacía días: largas tablas entreabiertas, amarradas con mecatillos y unos clavos perdidos. En el pilote que mandó a asegurar en el centro, como un inútil mástil, lo trabaría, le pondría un sombrero y le pegaría un parche en el ojo. Con sus propias manos se encargaría de que fuera más que un adorno. En medio del griterío de su gente lo echaría al mar y escupiría el papel donde le traspasaba sus tierras. Ahora, no obstante, El Albino maja la saliva que acaba de lanzar en dirección de Sandoval antes de darse media vuelta y esfumarse entre los recovecos de su ranchón.

## LXVII

Al día siguiente, Sandoval, con su mano y media para trabajar, comenzó a golpear, desgajar, cortar, quitar y ordenar hasta que trezó un puño de horas, siempre espiado por uno de los Gallos, quien, al final de la jornada, regresaba a contarle los avances del otro al patrón. El Albino supo que del viejo árbol de guanacaste no quedaba nada y que tan sólo tres piedras impedían llegar hasta la ensenada que formaba el río, no lejos del recodo donde estaba la calle de su adversario. Fue cuando giró las órdenes que había estado quemándose por dar. Sería pasado el mediodía, calculó el patrón, quien conocía cómo trabajaba su enemigo. Haría demasiado calor. Tanto que la noche en que imaginaba aquello necesitó de varios tragos adelantados para bajarse el bochorno. La montaña quería alejarse del sol,

pero se quedaba colgando del brillante azul. Hacia el lado opuesto, hacia el mar, donde un par de blancas nubes que parecían huevos recién puestos se recortaban contra la luz.

## LXVIII

Los ojos de Sandoval, azules, iguales que antiguas pepitas de cielo, lo único reconocible que queda del que fue, se inyectan de poderío ahora que se sabe a punto de lograr su venganza. El definitivo y final triunfo. Los de El Albino, negros y fríos, a pesar del calor inmenso, se llenan de sangre a falta de más instinto, al saberse a un zarpazo de su triunfo. A ambos los empareja la revancha. Si alguien los hubiera visto no habría podido diferenciar sus caras: tiznadas de rabia y de desquite. Para el segundo todo se acomodaba. La llegada del jefe político era inminente. “¡La última!”, masticaba al saborear su saliva, agria y abundante. Y terminar de conseguir las firmas que faltaban para tener los demás terrenos. Ambos vuelven a ver hacia donde los separa varios kilómetros como un muro de suampo. A mismo tiempo, toman sus respectivas garrafillas y gruñen: ¡salud!, a la flecha de odio y montaña que los aleja y los une. Engullen. Terminan riéndose a carcajadas que nadie entiende, ni la soledad de Sandoval, ni quienes rodeaban a El Albino. Sólo ellos.

Sandoval se quita el sudor y echa una mirada de gargajo al Pato. El perro mete la cola entre las patas y se lanza entre las raíces del árbol. Allí llegaría a quedar la orilla de la calle de quien hace mucho no le tira pedazos de pájaro y armazones de pescado. El zagüate sube por entre los bulbos hasta quedar sobre la parte ancha del tronco. Se echa a tostar mientras de vez en vez intenta comerse alguna pulga.

—¡Vago de mierda! —gorgotea lo que queda de hombre y lanza fuerte su pico contra las piedras.

Falta tan poquito que su corazón se zarandea como un trapo al viento. Lástima por él, que sumergido en aquel vapor no ve cómo a sus espaldas uno de los Gallo'e Queso hace una señal con un espejo. El otro, en la copa de un árbol cerca de lo que será un delta donde el agua está a punto de desembocar, hace que su espejo muerda el espacio hacia en interior de la montaña y se marcha hacia donde fue su señal. Hacía unos días había sido detonada una enorme carga de explosivos que mordieron el cauce hasta destruirlo y desviarlo hacia una represa que mandó a montar El Albino. El animal desmembrado del río, pronto llenó el dique. Ahora que ya se rebalsaba, la señal del espejo hizo que Gallo'e Sopa accionara una segunda y

definitiva carga. La represa se desgajó y vomitó una descomunal cabeza de agua que devoró lo que encontró a su paso.

Para Sandoval sin embargo, nada importa. Está a punto de triunfar. Tres piedras faltan por quitar para terminar su calle. Agarra la primera, enorme, y la levanta como si fuera de algodón. A pocos pasos la lanza. Se imagina cómo relumbrarán las letras en pintura azul del nombre de su calle, que todos querrán cruzar para ir al río. Una segunda roca es levantada a duras penas por aquél que en otras circunstancias no habría podido ni moverla. Sobre la primera llega a desplomarse, sazónada por el sudor y la sangre de sus muñones. Él no oye ni siente ni ve otra cosa que no sea su calle. Atisba que el cielo es azul, excepto por una nube en forma de barco, o de pájaro. Una mueca que nadie emparentaría con una risa, se queda a medias, atravesada en la masa sudorosa que fue su cara. Un retumbo, que aquel sobro de hombre no determina, retrocede ante el abismo que ha construido contra lo que no sea su venganza. Cuando está a punto de levantar la tercera piedra, no ve de dónde ha salido el brutal hocico de agua que arrastra árboles, piedras, cauce; lo que hubiera. Y que lo golpea en el pecho, lanzándolo como si fuera una ramilla.

En el instante en que el agua quiere meterle sus culebras transparentes entre la boca y los hoyos de la nariz, Sandoval apenas se entera de que es arrastrado por un río que ha salido de la nada. Detrás de él, los árboles que había tirado se levantan y lo persiguen. Chocan unos con otros, se enredan entre sí hasta formar una jaula de ruido y otra de ramas, troncos y raíces, encima de él, y que comienza a crujir ante la presión del agua. Sandoval está en el hueco que dejó el último de los árboles, el guanacaste, el cual se llena con rapidez. Algo lo muerde desde la médula de la pierna derecha al tratar de apoyarse, hasta que le estalla la rodilla. Con el dolor inundándolo como vidrio molido ve su única oportunidad. Un boquete, por donde podría pasar un hombre, se aclara entre la trabazón de la madera. El pecho se le pone frío. El frío se transforma en una presión puntiaguda, muy fuerte, oprimiéndolo desde el centro del torso que, por un momento, confunde con una sensación de plenitud. Luego sólo queda dolor. Uno que se extiende, mecha encendida por los hombros, por el cuello, hasta estallarle en la mandíbula.

Vuelve a sudar, helado, pegajoso. Casi no puede respirar. No es por el agua, siente que las tripas se hacen un nudo, quiere vomitar pero no tiene qué. Si bien lo fuerte de la cabeza de agua ha pasado, todavía se mete lo suficiente por entre la prisión de ramas y raíces

para ahogarlo. Por una hendidura ve la punta de la cuerda con que apuntaló el guanacaste. Se estira unas migajas, más allá de lo que puede, con costos alcanza a rozarla con la punta del anular. Se fuerza a adentrarse contra los troncos, enterrándose las muchas astillas salidas. Si acaso el índice toca la punta de la cuerda un par de veces. Se desgarran los brazos y araña los dedos al tratar de estirarse. El mecate se mueve igual que una culebra a la que recién hubieran cortado la cabeza. Son tres puntas de dedos las que tocan el extremo. De pronto una bola de pelos brota del agua. Es El Pato que escupe antes de agarrarse a una raicilla por la que sube, tambaleante, hasta quedar sobre una rama. Al sacudirse mueve la cuerda. Sandoval intenta silbarle. El animal lo mira y de inmediato vuelve la mirada hacia las fibras mojadas que le señala. El otro se estira hasta clavar-se una espina de uno de los troncos. Se rompe la nariz.

Casi lo logra: roza los empapados hilos de su salvación. El perro huele los dedos, después el mecate. Mientras el agua trata de mor-derle la boca a lo que le tocó de amo, el animal husmea la cuerda, la atenaza y se queda inmóvil, levemente más cerca de donde estaba, en tanto el boquete entre el nudo de raíces y ramas se acerca. No lo suficiente. El pecho le salta a Sandoval, que suda helado, a chorros, y tiembla sin poder controlarse. Esto le da rabia. Aunque por lo menos, y es lo último que debió pensar si el corazón hubiera dejado, no daría gusto y no se iba a morir ahogado. El Pato tuerce el pescuezo, ladea el tronco y suelta la cuerda antes de bambolearse entre la res-baladiza madera. Medio camina y vuelve a detenerse. Ve la cuerda a un imposible palmo de la mano del hombre, quien no se revuelca más entre el charco y deja los ojos tan abiertos que parecen a punto de estallarle. Con el azul tan pálido que se ve blanco. Y por primera y única vez en su vida ensaya, malamente, un rasposo quejido que le saca sangre al gaznate y que pretende ser aullido. El hocico, chupado por el agua, apunta al cielo. Parece ver la nube, minúscula, como un pájaro que de haber podido se la habría comido. Una sacudida precede su marcha antes de voltear, para alejarse, el resto de las tripas, la armazón de huesos, la sombra y la cola, todo envuelto en el colgadero del pellejo mojado. Sólo la cabeza se queda unos instantes hacia el amo. Espera que en un último momento haga algo, pero Sandoval permanece como otra rama entre el agua.

San José,  
2004-2008.



## **CRONOLOGÍA**

- La Negra: 1927—1995: 68 años.
- Sandoval el viejo: 1902—1946: 44 años.
- La mujer de Sandoval (Carnita): 1917—1961?: 44? años.
- Hija de Sandoval el viejo, abuela de Elena: 1931—1950: 19 años.
- Hijo de Sandoval el viejo, (Pedrada): 1932—1948: 16 años.
- Madre de Elena (bisnieta de Sandoval, el viejo): 1950—1975?: 25? años.
- Elena: 1973 -...
- La esposa de El Albino (Uñita): 1912—1961?: 49? años.
- El Albino: 1917- 1946: 35 años.
- Hijo gemelo de El Albino, con la mujer de Sandoval, (Maceta): 1943—1960: 17 años.
- Hija gemela de El Albino, con la mujer de Sandoval, Porcelanita), madre de Sandoval el joven: 1943—1966: 23 años.
- Sandoval el joven: 1961—1995 (murió en el Hospital Baptista): 34 años.

## **EN ORDEN DE APARICIÓN**

- Sandoval: nombre de origen español, del latín "saltus novalis", o sea "nuevo monte, nuevo cultivo".
- Elena: nombre de origen griego, "Bella como el sol".
- Cita sobre Theodore Roosevelt, del historiador panameño Alfonso Roy, pág. 56y 57.
- El Cielo de las Putas, de la película Blue Velvet, de David Lynch, págs. 116, 117, 121.
- Hospital Baptista, por Joao Baptista Da Palma, oncólogo y amigo.

## A QUIEN CORRESPONDA

La mentira es siempre hacia uno. Por mucho que parezca ir hacia los otros y cubrirlo todo para evitar que lo de adentro, y por eso afuera, se muestre.

La verdad es desde y hacia uno. Aunque en este “uno” pueda haber otros. Y una vez vista, nada puede evitar su presencia, aún oculta. Sólo así se puede ver: de adentro hacia fuera.

La mentira necesita al menos un partidario. No importa si en alianza o en discordia. Como encender una mecha. Y que se tuerza el corazón para dejarse llevar por el miedo que, siendo de la mayoría, parece únicamente de uno.

La verdad no.

Una vez que uno eligió la mentira ya no hay más que la ola del todos. Nunca un camino propio sino el de la mentira.

La primera mentira, no importa cuál parezca —la única— es mentirse a uno mismo. Dejar de ser cada cual y sólo aparentar en el reflejo de la aceptación de los demás.

La mentira es la ilusión del poder y, en consecuencia, es el poder: creer que se consigue tener. La mentira es separar lo que se hace de lo que se piensa y de lo que se dice. La mentira es el deseo. La mentira es inmortal.

La mentira es todo. Que somos el centro de las cosas y no que estamos en el centro, que es cualquier parte, de ellas.

La verdad es inaplazable, intransferible a lo que no sea el corazón propio. La verdad no busca convencer a nadie de ninguna cosa. Empezando por uno. La verdad no sirve para nada, ni nos hace libres, ni nos hace esclavos. De uno mismo o de otros. Es uno quien decide ser libre o cautivo, de uno o de cualquier cosa.



La verdad no es artefacto, ni se conquista afuera, sino en el interior. Como el universo. La verdad no es utensilio. La verdad es decisión.

Si el tiempo, lo vivo, lo que muere, y sus afanes, son nada al final de todo, la verdad, aún más, es nada.

Pero una nada que resulta:

-Inocultable, porque está desde y para cada uno, según la profundidad de la búsqueda.

-Incomprable, porque su poder sin poder está en lo efímero, según la hondura de la escucha.

-Inapresable, porque su fuente está en el darse, según la anchura de lo logrado en la tarea de convertirse en ser humano.

-Inacumulable, porque cuanto más se vea menos se tiene y menos -y mejor- aún se necesita. Su fuerza radica en que deshace.

Señala que no es tanto lo nos falta para terminar de ser nosotros mismos sino cuanto nos sobra.

La mentira no es las intenciones.

La verdad tampoco.

La mentira es el yo.

La verdad no, aunque ahí también.

Oh love, you were a sickly child  
And how the wind knocked you down  
Put on your spurs, swagger around  
In the desperate kingdom of love

Holy water cannot help you now  
Your mysterious eyes cannot help you  
Selling your reason will not bring you through  
The desperate kingdom of love

There's another who looks from behind your eyes  
I learn from you how to hide  
From the desperate kingdom of love

At the end of this burning world  
You'll stand proud, face upheld  
And I'll follow you, into Heaven or Hell  
And I'll become, as a girl  
In the desperate kingdom of love.

*The Desperate Kingdom Of Love*  
P. J. Harvey.

**EN EL REINO DE LA SAL,**  
se imprimió en los talleres de Mundo Gráfico  
con un tiraje de 300 ejemplares numerados,  
en papel editor de 20 gramos  
y cartulina C 12,  
en marzo del 2008.

Jorge Arturo: (Costa Rica, 1961)

Ha publicado:

-En poesía: *Se alquila esta ventana* (1988); *Un paraguas llamado Adrián* (1989); *El blues del aprendiz* (1992); *Perrumbre* (1994); *V (Cinco)* -poemario colectivo inglés-español (2000); *De un solo lado* (2001) y *La casa del tejedor* (2001) -en un mismo volumen; *El país de los ausentes* (2002) y *Dorsal -gráfica y poesía*, (2002), *La horda del yo -tríptico-*: con los libros *Viajes*, *Nadir* -el libro de los lugares- y *La casa del polvo*, (2005), y *Tribu*, (2008).

-En narrativa: *La hoguera verde* (novela, 1998), *Los correos del diablo* (cuentos, 1999), *Las aventuras de Liu Yuan, Capitán de ultramar* (novela, 2004), *En el reino de la sal*, (novela, 2008). Tiene inédito, *El pájaro del sol* (libro con canciones, dibujos, poemas, juegos y cuentos infantiles) y *Polverías* (libro con dibujos y cuentos eróticos).

-Co-fundó, integró y dirigió el colectivo y revista *Kasandra* (1989 y 1990).

ISBN 978-9968-839-20-4

Editores  Alambique

TODO TIENE SU TIEMPO,  
Y TODO LO QUE SE QUIERE DEBAJO DEL CIELO TIENE SU HORA;

TIEMPO DE LLORAR, TIEMPO DE REIR,  
TIEMPO DE ENDECHA, Y TIEMPO DE BAILAR  
TIEMPO DE ABRAZAR, TIEMPO DE ABSTENERSE DE ABRAZAR  
TIEMPO DE ROMPER, TIEMPO DE COSER  
TIEMPO DE CALLAR, TIEMPO DE HABLAR  
TIEMPO DE MATAR, TIEMPO DE CURAR

TIEMPO DE ESPARCIR PIEDRAS, TIEMPO DE JUNTAR PIEDRAS  
TIEMPO DE GUERRA, TIEMPO DE PAZ

KOHELET III, 1.8